

II

ACADEMIA

9

JOSE GREGORIO HERNANDEZ



EL "DIREMOS MAÑANA" DE LA LECCION PERENNE

El doctor José Gregorio Hernández, sabio y santo, ha venido a convertirse en una especie de mito popular. El pueblo lo ha canonizado antes de que lo hagan las autoridades eclesiásticas. Por otra parte, constituye referencia obligada cada vez que se hace mención del desarrollo de las ciencias médicas en la enseñanza universitaria y en la práctica profesional en Venezuela. Está en trámite su causa de beatificación y se le rinde veneración como a Siervo de Dios. Al mismo tiempo, su nombre enriquece la eponimia de hospitales, institutos de educación y centros de cultura. Nacido en Isnotú, Estado Trujillo, el año de 1864, murió en Caracas el 29 de junio de 1919, atropellado por un automóvil cuando iba a buscar a una farmacia el remedio que había indicado a un paciente. A su vida se refiere el presente discurso, pronunciado en el Paraninfo del Palacio de las Academias (antigua Universidad Central), el 29 de junio de 1949, en la ocasión de los treinta años de su fallecimiento.

Fue de esta misma casa, fue de esta misma sala de donde salió el féretro del doctor José Gregorio Hernández la tarde del 29 de junio de 1919. Afuera, el pueblo lo esperaba impaciente dispuesto a arrebatarlo de los hombros estudiantiles, en batalla de póstuma lealtad. Adentro, negros crespones realzaban la noble severidad del viejo claustro. Los jardines se quedaron sin flores, porque éstas eran pocas ante la abundancia de solícitas manos que fueron a troncharlas para la ofrenda del afecto. El aroma intenso de rosas y gardenias no bastaba a borrar la tragedia del semblante de los concurrentes. Razetti estaba lívido. Las manos de Francisco Antonio Rísquez y de Miguel Ruiz sostenían la corona de la Academia Nacional de Medicina, homenaje de la más alta corporación científica. Alumnos universitarios se habían turnado sin descanso en la guardia de honor del maestro. Sus nombres, hoy, representan valores positivos en las diversas ramas médicas de la Venezuela contemporánea. Todo Caracas estaba presente. "Cada cual había concurrido con lo mejor de sí mismo —apreció un ilustre circunstante—; con su dolor los que lo amaron, con su gratitud los que recibieron de él dones o enseñanzas, con su justicia los que lo admiraron, con su desfallecimiento tantos para quienes su virtud acaso fue horma de perfeccionamiento espiritual y hasta la trivial curiosidad de los que fueron atraídos por la resonancia de la catástrofe se ennoblecía allí por la elevación del objeto que la mantenía. No era un muerto a quien se llevaba a enterrar; era un ideal humano que pasaba en triunfo, electrizando los corazones; puede asegurarse que en pos del féretro del doctor Hernández todos experimentamos el deseo de ser buenos... ;Inolvidable tarde aquella en que el frívolo corazón de la ciudad tuvo una palpitación generosa y puso en sus vuelcos el dolor de la muerte del doctor Hernández! Fue un momento puro, contra cuya virtud redentora no prevalecerán las horas de desaliento" ¹.

Constituyó esta misma tribuna la primera antorcha de glorificación. Distinguidas personalidades hicieron el elogio de Hernández. Por los labios del doctor David Lobo salió, hecha oración, la palpitación de la gratitud colectiva: "¿Dónde hubo —decía el ilustre científico, Presidente entonces de la Academia de Medi-

cina— dónde hubo dolor que no aliviara? ¿Dónde penas que no socorriera? ¿Dónde flaquezas que no perdonara? En su pecho generoso no germinaron nunca el odio ni el rencor; y si alguna vez probó las amarguras de la deslealtad o la ingratitud, desechólas pronto en su memoria, como para no dejar tras de sí, a la hora de su muerte, huella alguna que empañase la blancura de su espíritu y el recuerdo de sus actos” 2.

Treinta y un años antes el doctor José Gregorio Hernández era también figura central del Paraninfo. La tribuna del Angélico no cantaba entonces la elegía de su vida. Era su grado de doctor. Lo que para muchos constituye el adiós a la Universidad, para él fue definitiva promesa de consagrarse a su servicio. Por ello aparece su existencia, acción constante de servicio humano, dominada por su consagración a la Universidad. Pero no la Universidad muerta, de intelectualismo egoísta. No la Universidad factoría, de seco tecnicismo. La Universidad que es vida. La Universidad que es ciencia y técnica, pero que se proyecta hacia el ideal y hacia la acción. Su Universidad fue, podríamos decirlo con frase actualizada pero entendida en la más noble de las acepciones, la Universidad al servicio del pueblo.

El carácter universitario de la vida de Hernández lo va marcando con un claro signo. Su amor a la investigación y a la docencia fue base de sus conocimientos y de su actividad. Nunca temió que sus estudios experimentales pudieran conducirle a la negación de su filosofía. Sus libros (*Elementos de Filosofía, Elementos de Bacteriología, sus proyectados Elementos de Histología y de Embriología*) son fruto de un propósito universitario. La amplitud generosa de su vida fue expresión de *universitas*, de universalidad, de humanismo. Y por eso, en el momento de su tránsito, no fueron sólo quienes pensaban como él los que emocionado tributo le rindieron. De Rómulo Gallegos fue la interpretación que cité arriba sobre el momento de su muerte. Y de Luis Razetti, el más encendido y rotundo testimonio, algunas de cuyas palabras citaré hacia el final. Ellos, y como ellos, muchos representaron el homenaje al doctor José Gregorio Hernández, del lado de quienes no compartieron las ideas filosóficas que sostuvo con integridad ejemplar y a las que en todo momento sometió el ejercicio heroico de su limpia existencia.

Largo sería seguir, paso a paso, los rasgos biográficos de Hernández. Largo, e innecesario. La materia ha sido tratada por Núñez Ponte, Domínicí, Carvallo y otros distinguidos escritores. Cada uno de los aspectos de su paso por la tierra ha sido objeto de cuidadoso análisis e interpretación. Lo que fue, lo que hizo, lo que significó, está hoy por encima de toda discusión. Apenas cabe recordarlo, pero sobre todo, hacer presente lo que nunca dejará de ser.

Ni siquiera cuando acababa de graduarse y comenzaba a transitar la dura prueba de la primera actividad profesional, la Universidad dejó de constituir en su mente una como noble obsesión. Le angustiaba la suerte del viejo instituto. Se hallaba pendiente de las cátedras, de los profesores, del desarrollo de la investigación y la enseñanza. Sus mismos honorarios (esos anhelados honorarios de los primeros días de la carrera) representaban fundamentalmente para él una ambición que no era pecuniaria: la ambición de ir a Europa, a aprender en los mejores laboratorios e institutos del mundo, de labios de los mejores profesores, las más recientes adquisiciones de la ciencia, para revolucionar en la Universidad de Bello y de Vargas los estudios médicos que éste realizó con su republicana prestancia y que había traído hasta la Real y Pontificia el mallorquín Campins y Ballester.

El viaje a la Provincia para iniciarse en su ejercicio médico fue una especie de redescubrimiento de la tierra. Venido niño aún, había llegado a olvidar en la metrópoli, el lejano rincón de savia generosa donde recibió el ser. "Puebla muda y sin lumbre" le llamó Carbonell³; pero ¿qué más voz que la suya, ni qué lumbre mejor, brillo de ciencia y calor de bondad generosa, para darle rango de alcurnia en el concierto nacional?

Remota parecía la montaña para el novato médico que salía de Caracas en agosto del 88. Había que pernoctar en Puerto Cabello, Curazao y Maracaibo, en viaje interminable. Había que combinar enlaces marítimos y medios de transporte, para llegar hasta Isnotú, donde viera la luz el 26 de octubre del 64. ¡Si las cartas al amigo de la capital —con cuya publicación nos ha regalado su destinatario el Dr. Santos A. Domínici, un rico filón para el conocimiento de su psicología— habían de llevar estampillas para el exterior, y no se excusaron a veces de ir a Nueva York y marcarse con la gala exótica de los sellos de sus oficinas postales, para cumplir el viaje desde Isnotú a Caracas!⁴.

Llenas de ingenuidad, desbordada en la intimidad del amigo, pero no exentas de penetración, son sus observaciones sobre el medio social venezolano, desnudo ahora ante sus ojos en aquellas que llama "caprichosas cordilleras, que hay veces —dice— en que creo que se complacen en humillar la imaginación más viva presentándole un cambio continuo de paisajes a cual más atrevido y variando al infinito la temperatura en insignificantes distancias"⁵.

Día a día se familiariza con el ambiente. De mañana y tarde va desde Isnotú a Betijoque para ver sus enfermos. Visita y describe

a Valera y Boconó, donde rivalidades profesionales, complicadas con circunstancias de otra índole, le impiden en definitiva establecerse. Va a Mérida y al Táchira, y nos lega a través del amigo el testimonio cierto e inmediato de sus impresiones. No es un turista. Son doce días a lomo de su mula los que le obligan a intimar con el paisaje. Recoge la "extraña sensación que se experimenta al contemplar el páramo" y se apasiona cuando acaba de subir: "una cruz gigantesca marca el punto más alto y ese punto se encuentra a un poco más de cuatro mil metros sobre el mar" ⁶.

Esta es, precisamente, la época en que se reconcilia con su tierra. Ya no aparecen los desahogos íntimos de las primeras cartas, al tropezar en diversos aspectos con la dolorosa realidad nacional de la Provincia, cuyos cuadros podrían repetirse sin agregar un pincelazo en toda Venezuela. Entonces le "causa más admiración la sabiduría de Elías Rodríguez, cuando recuerda su consejo de no ir a Europa hasta después de haber practicado un tiempo" ⁷.

El medio lo sorprende, lo sobrecoge a veces, pero, en definitiva, le imprime más profundamente en el fondo del alma el sello de la nacionalidad. La realidad venezolana, misteriosa, apasionante; sus problemas y angustias, todo en lo sucesivo se le hará más presente. Irá a Europa, sí, pero a aprender más para que su acción sea más fecunda; irá a buscar mejor semilla, pero para sembrar en la entraña generosa de la Patria.

El médico de pueblo no se deja ganar por la idea del lucro fácil y de elementales apetencias. Su pasión es saber. Necesita comentar sus casos, sus problemas, pedir informes que esclarezcan sus dudas. Al amigo le ruega avisarle "cuando llegue un medicamento nuevo y la terapéutica que traiga";⁸ habla con fruición de los libros que piensa encargar;⁹ le obsesiona aprender la técnica del microscopio ¹⁰ y cuando pequeños intereses amenazan enredarlo en complicaciones que sólo buscan hacerlo desalojar la plaza, estampa la confesión sincera, que podría parecer más adecuada a un estudiante o profesor en ambiente de Universidad que a un médico joven en ejercicio interiorano en busca de labrarse un porvenir: "solamente me preocupan mis libros" ¹¹.

La idea de ir a Europa toma posesión de su voluntad. No es un capricho personal. La intuición le dice que es una necesidad nacional. Ya antes deseó hacer ese viaje. Ha comprendido ahora que era más justa la opinión del Dr. Elías Rodríguez. La práctica adquirida le hará conocer mejor sus propias deficiencias y le aprovechará el conocimiento del medio, de las necesidades ambientales. El viaje es para él "una idea que lo hace tan feliz que cree no poderla realizar nunca" ¹². Pero era propósito de aquella firme voluntad, y no habría omitido sacrificio para lograrlo. Si

el gobierno de Rojas Paúl no hubiera, por iniciativa del Dr. Calixto González, decidido mandarle a París, de todos modos se hubiera ido. Pero el Gobierno, en esta ocasión, hace justicia. Con creces recibiría el país el fruto de aquella inversión, dentro de la transformación que iba a operarse en nuestros estudios universitarios. Nadie podría decir que fue pequeña la influencia de Hernández, entre las que contribuyeron a hacer una sana revolución en nuestra vieja y querida Alma Mater.

“Severo, justo y bueno”

Una honda reforma iba a cumplirse, de veras, en la Facultad de Medicina. Duras habían sido las conocidas frases del doctor Elías Toro al enjuiciar, en el Discurso de Orden del Primer Congreso Venezolano de Medicina (1911), el momento anterior a esa reforma, que llamó “torpe movimiento regresivo, que la habría llevado a los más ignominiosos términos”. El mismo Hernández vierte en la intimidad del epistolario, durante su año de ejercicio en provincia, su preocupación por los males de la Universidad: Algunos nombramientos le inquietan. Tiene, al mismo tiempo, para sus profesores frases que revelan sincero cariño y elevado aprecio. Pero está convencido de la obra que es necesario realizar.

Se va a Europa y regresa cargado de ciencia y voluntad. Le tocará la gloria, que nunca podrá arrebatarle, de haber fundado la Cátedra de Histología Normal y Patológica, Fisiología y Bacteriología, para la cual se le nombró el 5 de noviembre de 1891 y cuyas funciones comenzó —demostración palmaria de un temperamento y de una responsabilidad— al día siguiente de haberle sido expedido el nombramiento. Según testimonio de Razetti, “su laboratorio de bacteriología fue el primero que se estableció en Venezuela”¹³. Fue el fundador de los estudios de medicina experimental en nuestra Patria; al así reconocerlo la Asamblea Nacional Constituyente de 1947 en forma unánime acordó dar su nombre —acuerdo ratificado por el Consejo Universitario— al Instituto de Medicina Experimental que es orgullo de la Universidad.

Su figura en la cátedra aparece rodeada de sugestivos caracteres. Su puntualidad es proverbial. Su severidad aureola su justicia. “Fui durante más de cuatro años su preparador —dice un distinguido discípulo—, y en ese tiempo me convencí de que el doctor Hernández era el hombre más severo, más justo y más bueno que he conocido”¹⁴. Severo, justo y bueno, magnífica y armónica expresión de un carácter. Porque severidad sin justicia

es arbitrariedad, es despotismo; severidad sin bondad, rigor inexorable e infecundo, antipático y antipedagógico.

Fue, esa severidad, constante exigencia de su clase, amor por ella e interés por el discípulo. Lejos de él, el condenable y contra-productivo rigorismo. “¡Santo Dios! —había exclamado el año 89— penas correccionales, como quien dice, caminar hacia atrás. Ahora particularmente que estando la Universidad tan bien servida, de seguro que los estudiantes no necesitarán de ningún esfuerzo para que cumplan su deber; recuerdo que Elías Rodríguez decía que del catedrático dependía que los alumnos fueran a clase”¹⁵.

Enamorado de su tarea docente, ha podido afirmarse que fue su novia la Universidad¹⁶. Investiga y enseña. Sus lecciones, en la expresión de sus discípulos, son obra acabada de claridad y método. Publica. Organiza. Prepara. Forma discípulos que honrarán su método de investigación y deja escuela a través de hombres que tendrán a orgullo seguir su ejemplo en la enseñanza. Rafael Rangel y Jesús Rísquez, descubridor aquél de los secretos de la naturaleza, profesor éste en su cátedra de bacteriología, señalan la doble dirección que corresponde a su enseñanza. Rangel, el sabio ilustre, promesa en flor tronchada por el destino trágico, recuerda con llaneza sus primeras experiencias bajo la dirección de Hernández¹⁷. Rísquez hijo, profesor y académico, proclama con ardor a Hernández como pionero y fundador de la bacteriología venezolana. La jubilación no lo detiene. ¡Como que para él la única jubilación efectiva habría de ser la bienaventuranza!

“El doctor Hernández es nuestro”

No podía la ciencia pura ser alimento suficiente para su naturaleza humana. Aliviar el dolor era, en definitiva, la finalidad de su ciencia. ¿Cuál es, en fin de cuentas, el objetivo del trabajo y del estudio, sino el desarrollo del hombre y su mejoramiento integral? Otros que se dediquen exclusivamente a descubrir nociones que sólo llegarán por vía indirecta a provecho de la humanidad. Hernández no puede conformarse con ello. Necesita administrar el refrigerio de sus conocimientos para consolar a los que sufren... “y te encargo mucho —aconseja por ello a uno de sus sobrinos—, que no pierdas de vista el fin de tus estudios y que no es para ser buen histólogo, ni fisiólogo, ni bacteriólogo que tú estudias, sino para ser buen médico y es buen médico el que sabe curar enfermos, lo cual se empieza a aprender no en el laboratorio sino en el hospital; el laboratorio es simplemente un auxiliar, pero la clínica es lo esencial”¹⁸.

En quien maneja el laboratorio con insuperable maestría, este consejo es más valioso. No constituye menosprecio de la técnica, sino conciencia de que la técnica ha de servir al hombre. Se funda el Hospital Vargas cuando él está en Los Andes, y no puede contener su emoción: "La idea del hospital me entusiasmó... y toda la alegría que yo pudiera tener sería poca si junto con crear el hospital lo organizaran bien creando clínicas y nombrando para desempeñarlas a hombres competentes y serios" ¹⁹. Con razón serían hospitales, en Trujillo y Caracas, los primeros institutos en ostentar su nombre.

No es tampoco el médico Hernández simple máquina de curar enfermos. Sus enfermos lo aman; pero ese amor es obligada retribución al amor que les pone su médico. Lo muestra la necesidad que sintió de comunicar al confidente el dolor de ver por vez primera morírsele un enfermo ²⁰. No sólo atiende el cuerpo; trata el alma. Y como, a semejanza del Angélico, sabe que la miseria no sólo produce daños materiales sino que agota la virtud, le sorprendieron muchas veces, como le sorprendió la muerte, buscando él mismo para sus enfermos indigentes la medicina necesaria y dejando casi con rubor entre sus manos el fraternal auxilio, que era más que limosna, ayuda, consuelo, tributo de solidaridad.

No se hablaba mucho entre nosotros de justicia social en la época del doctor Hernández. El la entendía y la practicaba. El pueblo lo sabía. "En la Catedral —un testigo presencial lo refiere—, el pueblo gritaba a las puertas: ¡el doctor Hernández es nuestro!... Al salir el féretro el pueblo lo arrebató a los estudiantes que lo llevaban y no hubo medio de evitarlo" ²¹. Hermosa fue esa lucha. Estudiantes y pueblo, hermanados en el tributo del afecto, como lo han estado en grandes momentos de la historia. Satisfecha de dejarse vencer, consciente tal vez de que así, ante un despojo venerado, mejor que nunca se sellaba el pacto indestructible entre la Universidad y su pueblo porque el pueblo tomaba como suyo propio un fruto ilustre de la Universidad, la muchachada estudiantil expresó en significativos términos el calor de aquel gesto; y la Revista del Centro de Estudiantes de Derecho concluyó sus palabras de homenaje con el siguiente párrafo: "Pero por encima de todas estas ofrendas está una, la palpitante y la bella: ¡el pueblo, que en la muerte del compatriota excepcional, entrevé el principio de la solidaridad, en la comunión de su dolor; descubre en minutos el poder de su fuerza y pocos días después triunfa en su emancipación de la esclavitud capitalista por medio de una huelga pacífica; ha dejado también sobre la tumba del doctor José Gregorio Hernández, el vivo retoño de su redención obrera! ²². El mismo pueblo obrero y artesano quiso colocar sobre su tumba un epitafio. Y el maestro Aveledo,

el Padre Peñalver y Eloy González, jurado de aquella noble justa, escogieron el sobrio y elocuente de José E. Machado: "Médico eminente y cristiano ejemplar. Por su ciencia fue sabio y por su virtud, justo. Su muerte asumió las proporciones de una desgracia nacional. Caracas, que le ofrendó el tributo de sus lágrimas, consagra a su memoria este sencillo epitafio, que la gratitud dicta y la justicia impone".

"Un santo de estos tiempos"

Pero es imposible hablar de Hernández, el sabio, el universitario, el apóstol de la medicina, sin hablar del creyente. No pudieron hacerlo Razetti, Rísquez, Lobo, Carbonell, ni nadie que se refiera a su figura, fuera cual fuera su posición en este aspecto. En él la ciencia y sobre todo el apostolado de la caridad, tenía su fuente en caudaloso sentimiento cristiano. En él "todo era uno", como proclama en su filosofía. "Desprovista de la aureola sobrenatural, la vida de Hernández no se explica", señala un comentario ante su muerte²³. Pero esa aureola sobrenatural, ese inagotable misticismo, eran sentidos y vividos en su integridad. El amor de Dios, en la conciencia del doctor Hernández, no era genuino si no se reflejaba en el amor del prójimo.

Del hogar le vino, sin duda, aquella religiosidad característica. El padre debió ser un noble ejemplar de bonhomía. Sobre la madre, prematuramente perdida, se escribieron en el momento de su fallecimiento, frases que puestas en masculino habrían parecido dichas para el hijo en el homenaje que le rindió Caracas. ¿No se dijo de ella en 1872 ante su muerte: "Por doquiera se oyen los gemidos de un pueblo afligido que rodea su cadáver pagando un tributo de gratitud: el uno lamenta la pérdida de su consoladora; el otro llora sin consuelo a su medianera; el huérfano expresa su dolor en el fallecimiento de su protectora; la viuda, el asilo de su necesidad; el pobre, la que socorría su miseria... El enfermo y paciente postrado en su lecho, no verá ya a su cabecera aquella mujer caritativa que aliviaba su dolencia; y encarecía su sufrimiento para inclinar en su auxilio a los profesores y curiosos"...? ²⁴.

Lo significativo de Hernández era que esa fe se acendrabá, en ambiente impropicio, en época en que parecía imposible realizar estudios biológicos conservando la convicción del espiritualismo. En sus cartas no falta nunca la mención, llena de naturalidad, del cumplimiento de los actos del culto. Con satisfacción anota en Curazao, en viaje hacia los Andes, describiendo al amigo Domínici lo relativo al hospital: "hay mucho aseo, como que está servido por hermanas de la caridad, y me he convencido de la

utilidad de esta institución, ya que las monjas lo hacen todo con una heroicidad que sólo da el catolicismo”²⁵. Hace referencia al caso de un enfermo, y pocas veces su estilo epistolar se reviste de tanta emoción como cuando se siente cerca de la santidad: “en la cara de la hermana que lo asistía —expresa— vi tanta santidad durante la cura, que tuve deseos de venerarla como si estuviera ya canonizada”.

En aquellos momentos, la posición de Hernández parece incomprendible. Un fanático del microscopio y del escalpelo ¿cómo podía ser fanático de la Providencia y de la religión? No se trataba solamente de que el materialismo tomara cuerpo y difusión como doctrina dominante en filosofía y en biología; sino que el entusiasmo de su propagación casi lo llegaba a imponer como doctrina única. Parecía olvidado el caso de Pasteur, armonía indestructible entre la fe y la ciencia. Bastaría leer los juicios sobre Hernández, de la mayoría de los más renombrados valores científicos de su época, para ver cómo consideraban milagroso el que pudiera ser cristiano un hombre de tantos y de tan versados conocimientos en las ciencias experimentales. Y ése es el valor especial que yo atribuyo a su comentada respuesta a la Academia Nacional de Medicina sobre la cuestión del transformismo: “Hay dos opiniones para explicar la aparición de los seres vivos en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Yo soy creacionista. Pero opino además que la Academia no debe adoptar como principio de doctrina, ninguna hipótesis, porque enseña la historia que el adoptar las academias científicas tal o cual hipótesis, como principio de doctrina, lejos de favorecer, dificulta notablemente el adelantamiento de la ciencia”²⁶.

Sabía él que en el momento histórico la corriente evolucionista avasallaba en forma tal que parecía estéril la polémica. Pero sabía también que, cualesquiera que fueran los méritos científicos de aquella hipótesis, ellos no podían restar a la otra hipótesis el rango científico de una interpretación fundada, a la que no se podía negar legítima beligerancia aun en el campo meramente positivo.

Este es el sentido que en mi opinión ofrece su respuesta. No podía someter al fallo de un tribunal científico la decisión de una polémica cuyo planteamiento en el campo biológico es cuestión ardua que todavía subsiste. No podía ser desdén, en hombre de ejemplar modestia. No podía ser miedo a razonar en quien no sólo era naturalista sino como verdadero naturalista, filósofo. A lo más pudo influir su temperamento, ajeno a la polémica. Pero lo que quiso quien para el doctor Diego Carbonell fue “el biólogo más ilustre que haya brillado en la Escuela Médica de Caracas”²⁷, y quien, a la vez, según el mismo juicio

“fue el más tolerante y amplio de los sabios nuestros”²⁸, fue afirmar el postulado universitario, fecundo y generoso, de que se mantuviera en plano de respeto la consideración de la doctrina creacionista, no como la expresión pura y simple de una creencia religiosa, sino también como la manifestación de una teoría científica, apoyada en elementos objetivos²⁹.

Tuvo, es cierto, el doctor Hernández una “aureola sobrenatural”. Pero el mayor valor de ese atributo es su carácter activo, moderno, desinteresado. Quizás hubo un tanto de ironía en quien dijo: “fue un santo de estos tiempos, que curaba enfermos con la terapéutica del siglo”³⁰, pero ello le enaltece. Fue, sí, un “beato” sin aspavientos de mojigatería. Y quizás el deseo de mostrar la armonía de la creencia religiosa con la fisonomía de su tiempo pudo contribuir a su decisión de reemplazar sus austeros trajes por vestidos “de moda” en los que nadie pudo acostumbrarse a verle.

Estaba hecho para la acción fecunda

Promovida por reciente disposición eclesiástica la causa de su beatificación, se hace oportuno precisar el concepto de la beatitud en Hernández.

Si se me permitiera la expresión, me atrevería a decir que la de Hernández no es beatitud estática: es beatitud dinámica. A pesar del gran poder contemplativo de su espíritu, a pesar de su natural reacio a la polémica, no fue un contemplativo. Fue un hombre de acción, en su sentido típico. De acción, tal vez no de combate. Su lucha fue contra las dificultades que se oponen a toda obra grande; aunque frente a lo que juzgaba erróneo más que la negación del mismo error prefería la serena afirmación de la verdad.

“El optimismo de Hernández era el sano optimismo de acción”, dijo de él su biógrafo y amante sobrino el doctor Temístocles Carvallo³¹. Un rasgo sencillo revela este carácter: su retrato. El retrato que ha llegado hasta nosotros. En él está de pie. Y al enviarlo a su hermano le explica: “No te mando un retrato sentado, porque yo no salgo bien en esa posición; será porque estoy siempre caminando”³².

Su vida fue un incesante movimiento hacia la perfección. En lo privado, era pulquérrimo. Carbonell nos ha dicho, con frase bien lograda, de su “castidad varonil y edificante”. En lo público era intachable. “Es un médico que habla bien de los otros médicos, dijo don Francisco de Sales Pérez —y podría añadir quien lea su epistolario: no porque en algunas ocasiones le faltaran

motivos de quejas—. . . Aunque no fuera más que por esta rareza, agrega con su fino humorismo el escritor, le daría un elevado puesto en la Facultad, como se lo tengo dado en mi afecto y consideración”³³.

¿Qué podía, pues, tener de raro su deseo de ir a la Cartuja? Era, para su espíritu, el anhelo del supremo descanso en la Divinidad. Probablemente, la muerte del hermano menor, acompañada por la punzante espina de su tardío diagnóstico, ese diagnóstico que era una de sus grandes propiedades y que le había llevado a la cumbre de la fama, pusiera en marcha su propósito. ¿Qué conjunto de delicados sentimientos contendrían sus diálogos con el arzobispo Castro, al calor afectuoso de ambos, para llegar hasta la grave determinación! ¿Cuánto significaría, en ansiado perfeccionamiento de su alma, no sólo el previsto ejercicio de la cartuja actividad sino después el amargo contratiempo de la vocación dos veces frustrada!

Irse a la Cartuja era el acto de la renunciación suprema, pero todavía había de verse sublimado por el pesar del camino inconcluso. Hernández amaba su familia, amaba su cátedra universitaria, amaba su apostolado médico. Sabía que iba a sentir “en la soledad de la celda la nostalgia de la cátedra; en la quietud de la vida contemplativa la falta de agitación de la vida profesional”³⁴. Lo que por él pasó al marcharse se refleja en la forma de la despedida. Desde Puerto Cabello escribe a su hermano César para que lo despida de toda la familia: “Tú comprendes, le dice, lo doloroso que es para mí esta separación de mi familia, a quien quiero entrañablemente”³⁵. Del amor a su patria, había dado fe su alistamiento como voluntario, en la emergencia triste del bloqueo³⁶.

Pero era más aún lo que había de pasar. Ido entre la general expectación, había de regresar de la Cartuja. La Providencia, en la que creyó firmemente, lo había dispuesto para la acción social hasta el último día. Sus fuerzas físicas no resistieron la regla del claustro, la cual, como Carvallo observa, no es sólo penitencia lo que exige sino ejercicio físico que pueda compensar la reclusión³⁷. Su orientación vocacional, además, era otra: “era para la vida activa”³⁸.

Soporta el choque, pero ha de realizar un nuevo ensayo. Ha regresado el año 9, y el año 13 se dirige a Roma. Desde el Colegio Pío Latino escribe a su familia y dice nuevamente, en frase simple cuajada de ternura: “soy muy cobarde para las despedidas”³⁹. De nuevo, todo será inútil. La salud no responde. Un ataque de pleuresía pone de manifiesto en sus pulmones la presencia del bacilo de Koch. ¿Acaso el invierno sin fuego de la Cartuja había ocasionado o predispuesto la incubación del mal? La regla

impedía toda calefacción y el invierno llega hasta diez grados bajo cero ⁴⁰. La incapacidad para el trabajo físico lo había obligado cuatro años atrás a dejar la Farnetta. Ahora el daño es mayor. El lucha todavía. El médico le ordena volver al trópico antes de que llegue el invierno. Ni siquiera le deja ir a Lourdes. Ni siquiera, a despedirse a Roma. Sólo a su hermano hace partícipe de su sufrimiento: "nadie comprende lo que sería para mí tener que regresar a Caracas después de haberme despedido de todo, y verme obligado a seguir la vida de antes; pero que en todo se cumpla la voluntad del Señor" ⁴¹.

El sacrificio está consumado. La inmolación es definitiva, total. Para aumentar voluntariamente su pena, usa esos trajes a la moda que no cuadran a sus antecedentes y que tanto llaman la atención. Se ha resignado a todo. Sabe que muchos le juzgarán hipócrita. Ello le servirá para aumentar el menosprecio de sí mismo, místico aspecto de la ansiada renunciación.

No estaba hecha, no, para el doctor Hernández la silenciosa beatitud del monasterio. Estaba para él la beatitud creadora y agitada. Hasta en su muerte súbita había de conmover su vida. De su paso por la Farnetta y por el Pío Latino quedaría un sosegado, y firme por unánime, olor de santidad. Sea como fuere, aquí le tenemos de nuevo. Quiere volver a Europa para perfeccionar su texto de *Histología y Embriología*, pero la guerra le hace regresar desde los Estados Unidos. Está escrito que su vida discorra por estas calles de Caracas y, especialmente por estos corredores de la Universidad.

Razetti y Hernández, espíritu universitario

Encontremos, una vez más, su silueta menuda por estos viejos claustros. Es la época del renacimiento de los estudios médicos. Notables profesores se preocupan por poner a tono los conocimientos de su facultad con las últimas novedades de los países más adelantados. Al pensar en esas notables figuras, siempre me ha atraído especialmente la elevada armonía que vinculaba, partiendo de la más honda divergencia, a Razetti y Hernández.

Trabajo me ha costado siempre pensar en el doctor Hernández sin que inmediatamente acuda a mi memoria el nombre del doctor Luis Razetti. Difícil o imposible me ha sido recordar la personalidad de Razetti, sin recordar la personalidad de Hernández.

Es que uno y otro o, mejor dicho, los dos juntos, reflejan lo que ha sido, lo que debiera siempre ser, el espíritu de la Universidad. Vehemente materialista, el uno; el otro, convencido espiritualista y devoto creyente. Apasionado aquél hasta lo último en la defensa

de su convicción; apasionado éste de su credo hasta la propia negación, enseñaban juntos, simultáneamente, y proclamaban los dos un nuevo espíritu universitario, en estas rancias y queridas aulas, crisol del alma nacional.

Eran amigos, ¿por qué no habían de serlo? Eran compañeros, ¿por qué no, si tenían que bregar hombro con hombro en la empresa común?

Creyente Hernández, pensaría siempre que la bondad innata de Razetti y la sinceridad de sus ideas habrían de servirle de abono ante la misericordia infinita de Dios. Incrédulo Razetti, se haría la reflexión de que, si no había para él más allá, tampoco debía molestarle el que para Hernández lo hubiera, puesto que ese más allá de Hernández le volvía más justo y más noble, le empujaba más en la senda de la experimentación honrada y del ejercicio apostólico de la medicina. Uno y otro dejaron legión de discípulos. Quizás la prematura pérdida de Hernández alteró en cierto modo el equilibrio orgánico de la Facultad. Uno y otro han recibido la honra de la posteridad. Juntas decoran sus efigies a ambos lados de Vargas, la gloria de este salón de honor. Para los que han seguido la senda de aquél o de éste; pero sobre todo, para la Universidad y para quienes la queremos digna de su gloria, quizá ningún hecho más enaltecedor que el homenaje de Razetti para Hernández al comentar su obra y, más aún, al sollozar en su sepulcro.

“Como médico práctico —dijo de José Gregorio Hernández, Luis Razetti—, el Dr. Hernández ha tenido en Caracas una de las más brillantes clientelas y sus clientes le profesan especial afecto por la suavidad de su carácter, la cultura de sus modales y el interés con que atiende a sus enfermos. Como profesor, sus discípulos le aman porque les da con paternal cariño alimento bien sazonado de ciencia práctica; y lo respetan, porque ven en él un maestro ilustrado que conoce y domina la materia que enseña. Como individuo social, el doctor Hernández es un carácter: practica el bien sin interés mezquino y sin hipocresía; sostiene sus convicciones con inquebrantable firmeza y jamás se ha desviado del camino que él cree debe seguir. . . . “No obstante que el doctor Hernández y yo pertenecemos a escuelas filosóficas diametralmente opuestas, una sincera amistad nos ha unido siempre y yo me he complacido en toda época en proclamar los indiscutibles méritos que posee como profesor, como hombre de ciencia y como ciudadano de conducta inmaculada” “.

Este juicio, emitido al publicar su *Bacteriología*, había de refrendarlo Razetti la impresionante noche de hace hoy treinta años, cuando su cadáver llegara al cementerio, con este marmóreo colofón: “al desaparecer del mundo de los vivos, no deja ni una

mancha, ni una sombra en el armiño eucarístico de su obra, excelsa, fecunda, honorable, patriótica, toda llena del más puro candor y de la más inquebrantable fe”⁴³.

Diremos mañana

En un precioso y breve artículo, una de cuyas frases comenté más atrás, el doctor Alberto J. Fernández conservó el recuerdo de la última lección del doctor José Gregorio Hernández. “El sábado 28 —relata—, a las tres de la tarde, con su acostumbrada precisión cronométrica, entró el doctor Hernández en el salón de clases de su cátedra. Terminaba la clase práctica a cargo del Preparador. La lección de Bacteriología versó sobre el bacilus de Hansen. El maestro disertó sobre la morfología, coloración, cultivos, inoculaciones, etc., del microbio de la lepra. Como siempre, el maestro enseñó a sus discípulos la última palabra de la ciencia, y terminó su clase hablando rápidamente de las formas clínicas principales de la enfermedad. Anunció a los estudiantes cuál sería la clase próxima, dijo: “En la lección de mañana hablaremos del coco-bacilus de Pfeiffer”... ¡No sabía el maestro que sus discípulos no lo oirían más!”

No sé por qué me ha conmovido tanto esta sencilla narración. Quizás sea porque encuentro rodeada de hondo simbolismo esa referencia a la “lección de mañana”, de un hombre cuya vida había de extinguirse en cosa de muy pocas horas.

“Diremos mañana” pudo sin embargo afirmar el maestro José Gregorio Hernández. Era la ofrecida perennidad de su enseñanza. La lección del ejemplo, vivo e inmortal, elocuente hasta más que la palabra.

Completó así el “decíamos ayer” del santo esteta. Convirtiólo en futuro. Es la misma continuidad de la obra del maestro, suspendida pero no interrumpida, por la cárcel injusta en el caso de Fray Luis de León; por la muerte corpórea, liberación eterna, en el caso del catedrático venezolano.

“Diremos mañana”, afirmó y dijo bien Hernández, la víspera de una muerte que quizás presintió. Tenía conciencia de su lección perenne. ¿Verdad que parece resonar su voz tranquila y firme en este recinto sacrosanto?

Ella recuerda el mandato inexorable que nos manda trabajar por la cultura y por el pueblo. Ser universitarios, ser buenos y ser justos. Y pues no tenemos cerrados los oídos del alma, oigamos la lección vigente, la lección que no muere, del maestro José Gregorio Hernández.

NOTAS

1. Rómulo Gallegos, en *Atenas*, 15 julio de 1919. Véase: Ernesto Hernández Bri-ceño, *Homenajes al Dr. José Gregorio Hernández*, Tip. La Nación, Caracas, 1945, pp. 364-366.
2. *Homenajes*, cit., p. 336.
3. *Homenajes*, p. 732.
4. *Homenajes*, pp. 36, 43 y 64.
5. Carta del 16 de octubre 1888, *Homenajes*, p. 39.
6. Carta de 14 de enero 1889, *Homenajes*, pp. 62-64.
7. 4 de febrero 1889, *Homenajes*, p. 66.
8. Carta de 8 de octubre 1888, *Homenajes*, p. 36.
9. 11 de febrero 1889, *Homenajes*, p. 72.
10. 24 de diciembre 1888, pp. 58-60.
11. 18 febrero 1889, *Homenajes*, p. 75.
12. 8 de octubre 1888, *Homenajes*, p. 35.
13. *Homenajes*, p. 90.
14. Alberto J. Fernández, *La última lección del Maestro*, 1º de julio de 1919, en *Homenajes*, p. 266.
15. Carta a Domínici, 18 de febrero, 1889, *Homenajes*, p. 74.
16. Ambrosio Perera, discurso de 1944, *Homenajes*, p. 802.
17. J. M. Núñez Ponte, *Dr. José Gregorio Hernández, Ensayo crítico-biográfico*, 2ª edición, pp. 59-60.
18. Carta a Benjamín, Nueva York, 12 nov. 1917, *Homenajes*, p. 200.
19. Carta a Domínici, 16 de octubre, 1888, p. 39.
20. *Ibid.*, p. 38.
21. Carta del Dr. B. López de Ceballos al Dr. Domínici, v. *Homenajes*, p. 725.
22. *Homenajes*, p. 285.
23. *Homenajes*, p. 535.
24. F. de P. Moreno, Miguel A. Castro, Jesús María Peña, Betijoque, 30 agosto 1872, *Homenajes*, p. 20.
25. Carta de 30 de agosto 1888, *Homenajes*, p. 25.
26. *Homenajes*, p. 734.
27. *Homenajes*, p. 381.
28. *Ibid.*, p. 732.
29. "Una discusión Académica", por el Dr. T. Carvallo. en *Farmacia*, junio de 1948, p. 9.
30. *Homenajes*, p. 581.
31. *Homenajes*, p. 498.
32. De Nueva York, 12 noviembre 1917, *Homenajes*, p. 199.
33. *Homenajes*, p. 85, julio 1893.
34. V. M. Ovalles, en *Homenajes*, p. 376.
35. 6 junio 1908, *Homenajes*, p. 97.
36. *Homenajes*, pp. 609, 707.
37. Sobre este motivo, v. *Homenajes*, pp. 672, 709.
38. Carta a su hermano César, de La Guaira, 21 abril 1909, *Homenajes*, p. 152.
39. *Homenajes*, p. 189.
40. V. id., p. 722.
41. De París, 21 de mayo 1914, *Homenajes*, p. 192.
42. *Homenajes*, pp. 90-93.
43. *Homenajes*, p. 253.
44. Artículo en *El Nuevo Diario*, 1º julio 1919; v. *Homenajes*, pp. 265-266.

10

HERNANDEZ Y RAZETTI



UNA AMISTAD EJEMPLAR

El doctor Luis Razetti, uno de los profesores y profesionales de mayor influjo en la medicina de este siglo en Venezuela, descendiente del ilustre patricio Miguel José Sanz, nació en Caracas en 1862 y murió en 1932. Después de ejercer la profesión durante los primeros años después de su grado, entre 1884 y 1889 fue a estudiar a Francia. A su regreso se entregó por entero a la Universidad, a la investigación y a la cirugía. Fue brillante profesor, gran cirujano, médico de celo apostólico, profesional de intensa actividad gremial, redactor de un código sobre moral médica, propagandista sanitario, gran polemista y fecundo escritor sobre temas científicos. A la amistad que mantuvo con el doctor José Gregorio Hernández, su colega y amigo, a pesar de las profundas divergencias filosóficas que los separaban, se refieren las palabras pronunciadas por el autor en el Congreso Nacional el día 19 de junio de 1944, con motivo del homenaje a José Gregorio Hernández. En ellas se recuerda la estrecha amistad y colaboración universitaria que mantuvieron Hernández y Razetti, como un símbolo de lo que debe ser la amplitud del espíritu universitario, abierto a la exposición y defensa de las diferentes ideas y proyectado en una línea de amplia comprensión filosófica y humana.

El homenaje que los Senadores y Diputados por el Estado Trujillo promueven a la memoria ilustre del doctor José Gregorio Hernández encontrará, sin duda, la más amplia y fervorosa de las acogidas en todos los Congresantes de Venezuela. Es justo que a aquéllos quedara discernido el honor, mezclado de un legítimo orgullo, de ser los iniciadores de este acto, para reivindicar con toda la satisfacción que debe darle a su gentilicio la circunstancia feliz para el Estado Trujillo de que dentro de su suelo hubiera nacido un hombre de la talla de Hernández.

De no ser así, estoy seguro de que todos nosotros habríamos suscrito ese proyecto dentro del cual se rinde un homenaje de sinceridad hacia un hombre que merece la mayor simpatía; habrían sido nuestras firmas al pie del Proyecto de Acuerdo la votación anticipada, con carácter unánime, sobre los despojos mortales de aquel hombre tronchado en plenitud de florecencia, cuando estaba entregado de lleno a la tarea de difundir la ciencia y de sembrar el bien.

Su muerte significó un intenso homenaje nacional, porque este crisol formidable de venezolanidad que es la capital de la República, donde nos fundimos en un solo corazón venezolano los hombres que llegamos desde todos los rincones de la provincia, se desbordó en las calles a rendir con la espontaneidad más grande el tributo del último adiós a aquel cadáver, que se peleaban los hombros de la gente humilde y de la gente poderosa en aquel entierro hecho eco en la memoria nacional por sus características que representaron sin duda una verdadera apoteosis.

Yo creo, ciudadanos congresantes, que el homenaje que rendimos a Hernández tiene una significación especial, por la significación especialísima que el mismo Hernández representó dentro de la ciencia venezolana. En Venezuela las profesiones liberales (y dentro de ellas la profesión médica, que ha sido la que ha tenido mayor figuración en la vida nacional) se han dividido, desgraciadamente, entre un grupo de hombres de ciencia eminentes, pero algo indiferentes a las necesidades colectivas y un grupo de apóstoles entregados al ejercicio del bien, pero desgraciadamente no versados en forma eficaz en los principios de la

ciencia. Hernández fue un científico, Hernández fue lo que podríamos llamar en el lenguaje de nuestros días un técnico; fue el hombre de laboratorio, fue el maestro de las investigaciones de Rangel, fue el iniciador de un campo vasto dentro del cual la experimentación es viva fuente de conocimientos; pero el doctor Hernández, eminente por su disciplina científica, no quiso refugiarse en una torre de marfil, no se encerró en el laboratorio a hacer sus investigaciones, ni se refugió en el placer hasta cierto punto egoísta de sus libros; el doctor Hernández sabía que más allá del laboratorio y del microscopio, que más allá de las investigaciones científicas existía una realidad social dolorosa, inquietante, necesitada de hombres generosos que se dieran a la obra sin regateo, y Hernández fue hasta el pueblo de Venezuela; y aquel inmenso científico, a quien se debe el haber fundado una escuela de descubrimientos, nunca tuvo el menor desdén por bajar hasta la choza más humilde a curar la más pequeña de las enfermedades con la más simple de las medicinas, siempre que se tratara de una obra de bien.

Hoy, dentro de todas las profesiones liberales, invadidas por un movimiento científico muy loable en sus bases, muy conveniente en sus aspiraciones, deja sentir sin embargo nuestra patria la figura olvidada del profesional apostólico, del profesional humano, del profesional que no dejó que el corazón se atrofiara por la hipertrofia del cerebro. No es el puro cerebro tecnificado lo que representa una salvación para los problemas nacionales, no es tampoco la pura figura del apóstol sin ciencia, el caso ineficaz de corazón hipertrofiado que no tuviera para funcionar la base firme de una doctrina científica.

Hernández fue de aquellos que supieron llenar, quizás, todos los valores del espíritu; que supieron dar a su intelectualidad el cultivo ambicioso y fecundo, pero que al mismo tiempo supieron mantener, para bien de su prójimo y para recuerdo glorioso de su nombre, todo el caudal de humanidad que tiene que desbordar el corazón de un hombre planteado ante un panorama de necesidades innumerables. Es un símbolo para nuestras nuevas generaciones este símbolo de Hernández que bien pueden calificar los médicos, que bien podemos calificar los abogados, que bien pueden calificar los hombres que militan en todas las carreras liberales, porque necesitamos hoy que nuestros técnicos se impregnen vivamente de las necesidades de la patria, porque necesitamos hoy que nuestros técnicos sean hombres, que no sean máquinas puestas al servicio de principios sistematizados sin aplicación directa y fecunda sobre la realidad de nuestra patria. No son sabios simplemente lo que necesita Venezuela. Necesitamos sabios humanos, necesitamos hombres sabios, necesitamos individuos que compartan la doble responsabilidad de entregarse

a las necesidades de su pueblo y de cultivar con tesón y con entusiasmo los principios de la ciencia, sin los cuales es imposible realizar una labor útil, eficaz y duradera.

Yo quiero apreciar en este sentido el homenaje que el Congreso de Venezuela hará a la memoria de Hernández. Es el primer toque de un homenaje nacional que habrá de hacerse para que el 29 del presente mes, cuando se cumplan veinticinco años de su dolorosa muerte, toda Venezuela se ponga de pie y reivindique la huella gloriosa de este hombre y para que glorifique también la figura gloriosa de una época ejemplar. Porque, señores, en la misma época en que Hernández desde el más firme reducto de sus convicciones religiosas abría senderos útiles y profundos en la Universidad de Caracas a la Medicina Experimental, en esa misma época Razetti desde su posición materialista sabía también sembrar una acción fecunda, una acción generosa. Nuestro honorable colega el diputado Pacheco Rojas, al proponer este homenaje en la Cámara de Diputados, leyó un juicio de Luis Razetti para quien las obras de Hernández son una cifra valiosa en el pensamiento y en la cultura de Venezuela. Hernández y Razetti, dos hombres divorciados profundamente por los principios filosóficos, supieron combinar sus esfuerzos en el seno de nuestra "Alma Mater" y realizar una labor que todavía repercute en el horizonte nacional.

Yo comparto plenamente la actitud filosófica de Hernández. No estoy colocado dentro de lo que dice la enseñanza filosófica de Razetti. Yo he visto complacido, sin embargo, cómo en las Cámaras Legislativas y en todos los sectores de Venezuela se ha rendido homenaje a Razetti, a Razetti el científico y a Razetti el hombre, que supo realizar una labor de adelanto en el seno de la Universidad y una labor de bien en la colectividad popular.

Al reivindicar, pues, la gloria legítima de José Gregorio Hernández, quien representa la otra alta figura de esa misma época, de esas mismas aulas universitarias, de esa misma labor creadora, yo creo que el homenaje para Hernández habrá de ser también unánime: por los que compartimos sus convicciones y por aquellos que sin compartirlas, las respetaron siempre como un ejemplo de integridad vivida; por los que sentimos, sobre todo, esa profunda significación de nuestra Universidad Central como techo que cobija todas las preocupaciones generosas, como campo abierto y fecundo para todos los debates científicos que se orientan hacia el engrandecimiento de la patria. Porque, señores, si Hernández y Razetti enseñaron en la Universidad de Caracas desde dos posiciones filosóficas absolutamente irreducibles y si desde esas posiciones pudieron armonizarse, yo quisiera hacer hincapié especialmente sobre una circunstancia: ni

a Razetti ni a Hernández se les exigió nunca (porque eso habría sido un crimen que habrían condenado ellos mismos) el que renunciaran a sus propias convicciones ni a la actitud batalladora por esas convicciones del espíritu. Razetti fue un batallador del darwinismo, Hernández fue un batallador de la fe religiosa católica; Razetti, con la ventaja de que enseñaba unos principios que en aquel momento parecían dominar de una manera absoluta el universo; Hernández, con la desventaja de que aparecía afiliado a una concepción que en aquel momento parecía minoritaria y que muchos inconscientes creían llamada a desaparecer del mundo de la ciencia.

Hernández batalló de frente, con convicción, con integridad y con patriotismo y no fue hombre que escondió sus ideas. No fue el hombre que tuvo que claudicar de ellas para ser la figura señera reconocida en el pensamiento nacional, como tampoco Razetti fue un hombre que pudiera hacer callar sus propias preocupaciones y tuviera que cohibir sus ardores polémicos para realizar una intensa y fructífera labor en el seno de la Universidad. La Universidad de Venezuela debe estar orgullosa de esta tradición y yo formulo votos por que la mantenga siempre. ¡Que lleguen a ella, que es adonde deben llegar, todas las preocupaciones del espíritu, todas las corrientes doctrinales, todos los principios científicos, que al fin y al cabo en este crisol es donde deben depurarse y de ese crisol es de donde han de salir purificadas y creadoras la ciencia y la cultura nacional!

Ese ambiente de respeto, de respeto fructífero, de lo que podríamos llamar respeto positivo y no respeto negativo de silencio o de temor ante la expresión de las ideas, ese clima universitario debe ser una gloria de Venezuela y debe reivindicarse hoy; y el Congreso de Venezuela, en estos momentos en que, precisamente, estamos todos reivindicando como la más preciosa de las cualidades venezolanas, el derecho a la expresión de las propias ideas y al desarrollo de las varias corrientes, cumple en este sentido un homenaje de proyecciones insospechadas. Un homenaje de proyecciones insospechadas que arrastrará consigo —tengo la profunda convicción de ello—, el sentimiento unánime de todas las ideologías pensantes y de todas las capas sociales venezolanas para un hombre cuya vida fue un libro ejemplar: un libro perfectamente nutrido en todas las páginas que hablaban de la ciencia y del bien; un libro cuyas páginas se mantuvieron impecablemente blancas en todo aquello que en la vida de los demás hombres ha podido significar algo de mal, algo de daño o algo negativo para sus semejantes y para las instituciones.

II

TULIO FEBRES CORDERO



Una de las personalidades más entrañablemente unidas a su terrón nativo fue sin duda Don Tulio Febres Cordero, clavado en la altura de los Andes y dedicado con devoción constante a investigar, a enseñar, a buscar, a escribir, guiado por el amor de su provincia merideña. Nacido el 31 de mayo de 1860, me correspondió el honor de pronunciar un discurso en homenaje a su memoria en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes el día centenario de su nacimiento. Tuve la emoción de encontrarlo en mis primeras andanzas como dirigente estudiantil en 1936: sentí el impacto de su presencia patriarcal y recibí de sus labios palabras de aprobación y de aliento. Don Tulio fue sin duda uno de los académicos de mayor altura en nuestro país; cultivó las letras con pasión ejemplar; pero debemos verlo sobre todo como símbolo de esos valores que en la Provincia venezolana han dedicado toda su vida a irradiar luz de ciencia y de bondad y a penetrar el espíritu de las nuevas generaciones.

Encendidas estaban las hogueras en las dilatadas sabanas cuando lo puso Dios, segundo vástago de una familia de once, como atalaya sereno en lo empinado de los Andes. En el vientre materno palpitaba cuando vencía en Coplé, cumplido caballero, el tío abuelo, ejemplo y testimonio que llenaría después, con palabra transida de melancolía y relatos de hazañas, el ávido molde de su curiosidad infantil. Traía en sus venas sangre fértil para la acción heroica; del ancestro arrancaba el sino migratorio que había desplazado a su gente por el Llano (metido en el corazón de la patria a distancias inmensas) o por el Mar (abierto para la navecilla autorizada o furtiva que por mil orificios hace penetrar las corrientes de fuera) o por el Lago (que atrae la vida y la difunde por la inmensidad de sus costas). Pero la hazaña que le tocaba a él era la de la constancia inaudita: y el ansia viajera, que se le quedaría frustrada en lo físico, le entregaría sus alas al espíritu, baqueano de todas las rutas por la emoción y el pensamiento, mientras la materialidad de carne y hueso quedó amarrada por cordel de cariño a su hogar merideño.

Merideño incurable

Afectos puros lo incrustaron por siempre en la ciudad sencilla, amable y quieta, que lo viera nacer y morir, de un 31 de mayo de 1860 a un 3 de junio de 1938. En Mérida vivieron sus padres, el Doctor Foción y Doña Georgina, desaparecida ésta cuando él tenía sólo 13 años y aquél cuando iba a cumplir 51. Hizo en Mérida todos sus estudios, en el hogar paterno y en la escuela de la señora Almarza, en el claustro de San Buenaventura, en el Colegio de Varones y de nuevo en la Universidad: fue bachiller en ella a los 18, terminó sus estudios de Derecho a los 22 años, y sólo por presión de sus maestros aceptó el lauro doctoral en el año 1900, de manos de Caracciolo Parra, el Viejo, a quien llamó después "monumento vivo de las glorias alcanzadas por esta ilustre Universidad en el campo de las letras y del patriotismo" ¹. Fundó en Mérida, en 1883, hogar con doña Teresa Carnevali, quien le diera seis hijos y fuera complemento de su dila-

tada satisfacción espiritual, compañera en dificultades y esfuerzos y su fiel ayudante durante cuarenta años. En Mérida escribió y publicó libros y ensayos, artículos y estudios; desde allí hizo y difundió descubrimientos. Poco salió de su ciudad: según datos de Ramón Darío Suárez, el devoto Cronista de la Ciudad de Mérida, suma cuatro meses el tiempo de todos sus viajes; y a Caracas no fue sino una sola vez, a los 52 años de existencia. Llegaronle hasta Mérida reconocimientos y honores, premios y condecoraciones, de los que estimó especialmente la Medalla de Honor de la Instrucción; la Academia Nacional de la Historia y Academias de países hermanos lo honraron y se honraron trayéndolo a su seno; se le hizo el símbolo viviente a quien rindió homenaje la prensa de todo el país el Día del Periodista de 1935; y las distinciones que pudieron serle más gratas fueron el nombramiento de Cronista Oficial del Estado en aquel mismo año y el de Rector Honorario de la Universidad de Los Andes en 1936.

Todo cuanto se diga en su honor, dicho está al mismo tiempo en lustre de su solar natal. "Mérida y él habían sellado —afirma en su prosa elegante otro gran escritor merideño— un como pacto de fidelidad poética" ².

Poético, en verdad, es el relato explicativo de cómo el mancebo Horacio Viana, según *Memorias de un muchacho* (una de las narraciones autobiográficas más delicadamente sencillas que he leído) fue dejando deslizarse a su lado las oportunidades de partir; mientras el tierno amor a los libros y a su tierra lo iban clavando en aquella que llamara "ciudad sedentaria, de letrados, eclesiásticos, y agricultores, en que abundaban los misterios de romántica belleza tras las celosías, y los grupos de estudiantes andariegos, propensos siempre a la aventura", pero también encantadora, con su aire fresco y purísimo bajo un cielo diáfano en los días de diciembre y enero, "centelleante la nieve sobre los montes esmeraldinos; limpio de nubes el horizonte, rumorosas y cristalinas las aguas, variados y pintorescos los paisajes; y festiva la gente en el poblado y los campos. Todo canta y sonrío, adondequiera que se vuelvan los ojos en estos días serenos y luminosos de la montaña" ³.

¡Cuánto observaron sus ojos penetrantes en el discurrir de los hechos históricos, desde su torre de tradición, en el sismógrafo de su humana sensibilidad! Lo mismo que a Cecilio, el justo, le correspondió a él ver cómo el odio político, la intemperancia arisca hicieron correr a raudales la sangre, arruinar etapas ya logradas, para tener que volver a empezar muchas veces la construcción de los cimientos de nuestra nacionalidad. El pudo ver cómo salían tiranos desde las filas de los redentores, o cómo se

convertían en amos caudillos o pastores que habían pasado con raudas montoneras por los páramos o por las sabanas, empujados por la fuerza de las cosas. El supo decir que “sólo una nación guerrera como Roma pudo establecer que el servicio militar fuese condición indispensable para ascender a la magistratura, pues no es ciertamente el dios Marte el dispensador de las dotes que ha menester un ciudadano para desempeñar con acierto el gobierno de su patria” ‘; pero sintió también la trágica realidad venezolana de tener que reconocer como servicios dignos de la gratitud de la patria lo poco que los déspotas pudieron hacer de positivo, que en el desbarajuste de una sociedad desorientada había que agradecer como generosidad de los califas, a quienes la ley del más fuerte y la fuerza del hábito reconocía el derecho de apropiarse de todo y el soberano privilegio de no obligarse a nada.

Pasó los años en paz con su conciencia, pero en actividad febril. No hubo nada en que no buscara aplicación para su inagotable deseo de servir. Cultivó la inteligencia en la literatura y en la historia, en la enseñanza y el derecho; ocupó sus manos en oficios humildes que calificaron su múltiple aptitud, y dio rienda suelta a su ingenio en las travesuras de su imprenta, la cual solía ofrecerle al mismo tiempo, en la imagotipia o en la foliografía, en el periódico o el libro, doble oportunidad: poner los dedos del artista a expresar la creación ambiciosa del pensador y el investigador científico.

Una vida creadora

Pero volvamos a la ciudad aquella donde el 31 de mayo de 1860 comenzó su existencia. “Nos referimos —digamos con él mismo— a la silenciosa Mérida de aquellos años, con sus plazas de mullido césped, calles desigualmente empedradas, por donde corrían las acequias en cauces de bronca piedra, y con aceras tan angostas y resbaladizas que la caída era inevitable, si no se iba por ellas con los cinco sentidos en los pies; la Mérida modelada todavía por el viejo patrón colonial, con casas puramente encaladas, sin ningún color en los muros, anchas y rojas puertas de postigo, celosías de finísimos calados en madera, y patios pintorescos, de hermosos claustros, cerrados por sardineles de mampostería; la Mérida solitaria y triste por fuera, pero galante, caballeresca y profundamente romántica en la vida íntima, con serenatas de guitarra y canto al pie de las rejas, en noches serenas, como en edad de los garridos trovadores; con bailes de alto coturno y danzas de complicadas figuras; con juego de toros en la plaza mayor, vistosas cabalgatas de damas y caballeros y es-

pléndidos refrescos en las fiestas públicas; en una palabra, la Mérida concentrada en sus altas y ricas montañas, llena de recuerdos y costumbres tradicionales, siempre ansiosa en espera de algún acto cívico, religioso o académico, para vaciar los pesados cofres de cedro o de caoba y lucir en los estrados, con garbo y gentileza, ropas de gala y esplendentes joyas, de pureza insospechable, rica herencia de linajuda familia o de algún patricio o guerrero de la Patria heroica” 5.

Allí desarrolla su vida. Y desde allí es un faro con luz inextinguible que baña en claridades las altas crestas y los fecundos valles de los Andes y ayuda a difundir un templado calor de esperanza por todos los confines nacionales, capaz de inculcar la confianza en lo propio y la seguridad colectiva de ser alguien. ¡Oh, bendito milagro tuyo, provincia nuestra, tan maltratada siempre, tan menospreciada por los mismos que salieron de ti, tan continuamente generosa en tu empeño de dar sin recibir, en tu actitud de ofrecer sin condiciones y de pedir sin arrogancia! ¡Tú eres, en Mérida, Tulio Febres Cordero, como fuiste, en El Tocuyo, Egidio Montesinos o, en Maracaibo, Udón Pérez y Francisco Ochoa, o, en Cumaná, José Silverio González, o como serías más tarde, en el asoleado geocentrismo caroreño, Cecilio Zubillaga Perera! ¡Eres la entraña de la nación y por los hilos de tu pensamiento fluye la savia de lo que verdaderamente es y de lo que debe ser Venezuela!

De altura incomparable, la palabra tersa y cristalina de don Tulio tiene, por sobre todo, la actitud de darnos la patria entera, no en generalización grandilocuente sino en rosario de joyas que buscan la raíz indígena e hispánica, se exaltan en la emoción de las grandes jornadas de la Independencia y recogen la presencia de grandes valores positivos que, en época de caos, marcaron rumbos como balizas brillando en la oscuridad de la noche y nos mostraron el patrimonio que nos permite aventurarnos en nuevas y sólidas empresas.

Estudió, como Bello, a quien cantó en su conmemoración centenaria, el derecho y la lengua; quiso acercarse hasta la fuente pura de la poesía; combinó, como él, la Universidad y el periodismo; halló, como él, la profunda armonía que vincula la filosofía con las matemáticas o con el estudio de la naturaleza; amó, como él, el magisterio y lo ejerció en variados aspectos; prestó con humildad mayor y con la desventaja de no hallar una generación capaz de aprovechar el caudaloso potencial de su cultura y de su voluntad, los servicios que fueron requeridos para ayudar a funcionar mejor la vida de los entes públicos. Pero, de manera especial, fue historiador. Ciertamente que trajinó con éxito por los caminos del cuento y la novela, llena de buen humor y rica de folklore y que en su *Don Quijote en América* no se sabe qué des-

tacar en mayor grado, si su propósito moral de rescatar principios o el magistral dominio del idioma que hace del libro un verdadero alarde de conocimiento y comprensión de Cervantes, mayor y más ameno del que pudiera hacerse en cualquier trabajo de crítica. Pero en el campo histórico resalta más que en otro alguno la magnitud de su figura.

Interpretación de nuestra historia

De apariencia dispersa en el espacio y en el tiempo, su obra histórica tiene sorprendente unidad. Es la historia buscada como maestra de la vida; son los hechos analizados como interpretación de la vida de un pueblo. Es Venezuela, es Mérida el objeto constante de sus preocupaciones: la patria grande hallada, como los torrentosos ríos andinos, en los claros manantiales que van reuniendo sus aguas salidas de las peñas, y la patria chica, amable y vigorosa, afirmada continuamente en expresión de un generoso localismo nacionalista que con sus manifestaciones específicas incorpora emociones y experiencias al caudal común.

No es fácil hallar otro como él, que en la indagación de los antecedentes haya llegado a la pericia máxima tanto en el conocimiento de lo indígena como en la defensa prudente y en la valoración cabal del ancestro español. Hay hispanistas y hay indigenistas: don Tulio, como pocos, supo ser ambas cosas a la vez. Ama la geografía de sus riscos nativos: para ellos encuentra seres humanos que hablan el lenguaje que entendemos y nos dirigen el mensaje que hemos de recoger. Vive y enseña la armonía suprema entre el hombre y el suelo. Las cinco águilas blancas que montan guardia sobre la capital serrana son testigo elocuente de la presencia de Caribay, la altiva; y la leyenda hermosa de Murachí, el valiente, y de la princesa Tibisay, "el lirio más hermoso de las vegas del Mucujún" ⁶ sirve de fondo para presentar el heroísmo y la desventurada melancolía del aborigen en el nacimiento de la nueva raza.

Buscó desentrañar, con la misma pasión de un Lisandro Alvarado, el habla y costumbre de los pobladores precolombinos de la patria. Su devoción por el ancestro hispánico no envuelve, así, menosprecio ni ignorancia por la raíz estrictamente americana. El injerto español florecerá en la historia; pero sin la acogedora generosidad del tronco indígena no habría podido resultar el producto vital del mestizaje. No sucumbe la raza india en su visión, como sucumbe, por el énfasis de la tesis opuesta, en la de otro gran merideño, Julio César Salas; al primitivo poblador aborigen, él lo encuentra presente y halla que cuando

va a sumirse en la prodigiosa alquimia de este nuevo mundo, el indio no deja como único recuerdo la toponimia, que don Tulio amorosamente indaga y explica, sino también su llamado que golpeará como campana en la conciencia nacional durante los siglos de fusión:

*Corre veloz el viento;
corre veloz el agua;
corre veloz la piedra que cae de la montaña:
Corred, guerreros, volad en contra del enemigo;
corred veloces, como el viento,
como el agua,
como la piedra que cae de la montaña.*

*Fuerte es el árbol que resiste al viento
fuerte es la roca que resiste al río;
fuerte es la nieve de nuestros páramos que resiste al sol:
Pelead, guerreros pelead valientes;
mostraos fuertes, como los árboles,
como las rocas,
como las nieves de la montaña'.*

Llega, pues, a la corriente de los que niegan la leyenda negra de nuestro desarrollo colonial, con pie derecho porque no menosprecia una fuente para exaltar la otra. Como Mario Briceño Irigorry, su discípulo, que del estudio de los timoto-cuicas (cuya cultura quiso revivir con afán amoroso de coleccionista) pasa a bordear en tapices de tejido impecable su aguda interpretación morfológica de la cultura colonial, Don Tulio ha ido por su paso sobre la geografía andina, que todavía a los sesenta años frecuentaba "en pos de fuerzas físicas y de la dulce cuanto esquiva tranquilidad del espíritu", buscando sedimento criollo en el estrato indígena y en el estrato ibérico. No en balde fuera Briceño Irigorry de aquella brillante promoción que la ilustre Casa de San Buenaventura empujó a la historia y las letras para darles lustre y contribuir poderosamente a renovarlas; no en balde pudo verlo, sentirlo y oírlo, a él, artífice callado de aquella obra inmensa; y los que buscan en el fondo de la psicología individual y colectiva explicación para grandes hechos sociales y para dilatados movimientos hallarán motivo para la reflexión en el recuerdo de que los *Tapices de historia patria*, publicados en 1934 bajo el mismo patrocinio de "Parra León Hermanos, Editores", que tuvieron las obras de don Tulio —pie de imprenta que Caracciolo Parra León reservaba (en su "Editorial Suramérica") para los libros más gratos a su espíritu— iban dedicados al viejo maestro merideño, proclamado con justicia "Patriarca de las

letras nacionales”, a quien no sabemos todavía cuánto debemos por su inspiración y por su aliento en la obra de Caracciolo y Mario.

Su idea del “pancriollismo”

Fue hispanista don Tulio y a veces defendió con pasión lo español, con la misma pasión —enderezada a un fin análogo— que puso en la pureza del lenguaje. Pero su hispanismo convicto y confeso no hubo menester de negar lo que antecedió y sucedió a la aventura inmensa, a la vez misionera y pecadora, de la colonización española: porque mostró en toda su obra la convicción de que en la suma de nuestros elementos, en su valoración adecuada y en la superación de la mezcla está la fuente del aliento vital que nos puede impulsar a un gran destino.

Esta actitud se expresa en la decisión con que combate todo intento de deformar nuestro ser propio a través de ingredientes ajenos.

Lanza una clarinada hacia lo que llama “pancriollismo” que define como “la ingenua expresión del alma criolla, con su espiritualidad lozana y eminente, con su sentimentalismo apasionado y caballeresco, con su rebeldía legendaria contra toda opresión tiránica, con su entusiasmo excelso por todo lo grande y lo bello, y en una palabra, con lo genial y psicológico heredado de España, la tierra hermosa de nuestros mayores, la que aventó en nuestro fértil suelo los primeros granos de la civilización y abrió a nuestros ojos el libro santo e incomparable del Evangelio, y fundó nuestras villas y ciudades, y fue maestra e iniciadora de nuevas artes e industrias; la nación preclara y generosa que liga su sangre con la del indio autóctono y la del africano importado, preparando así, por cruzamiento étnico, la futura formación de estas nuevas nacionalidades, que hoy se desenvuelven llenas de juventud y de esperanzas bajo el sol ardiente de los trópicos”. Y sin tapujos, ante lo que pudiera ser, bajo el nombre de panamericanismo, una deformación de nuestra raza, expresa “que no parece natural ni justificable que los hispanoamericanos estemos tocando campanillas y quemando incienso como fieles devotos ante altares consagrados a una divinidad que no es de nuestro culto, por más que parezca engalanada con todos los colores nacionales del Nuevo Continente”⁸.

Polemizando con el gran Semprum aclara mejor su pensamiento. Su pancriollismo es nacionalismo verdadero, pero no agresivo. “La sabiduría no tiene patria”. Hay que buscarla en todas partes: “En ningún pasaje de nuestra conferencia hemos señalado

a España como arsenal único y exclusivo a donde debamos ocurrir por armas y pertrechos de cultura para emprender la cruzada del progreso. Por el contrario, lo mismo que dice el doctor Semprum de que debemos asimilarnos lo excelente que abunda en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en los Estados Unidos, ya lo habíamos expresado en párrafos muy explícitos de la misma conferencia". Ya antes señalaba cómo los grandes escritores habían sido patriotas: Bello le sirve por ejemplo, como testigo de ese patriotismo que se muestra en la elevación de nuestro medio físico a las alturas de la poesía: "Patriota fue el príncipe de nuestros poetas, el patricio Bello que presentó la zona tórrida iluminada con los destellos de su numen poético" ⁹. Su alegato adquiere tonos sublimes de entusiasmo cuando aclara: "Criollizarse, con respecto a Venezuela, vale tanto como venezolanizarse, esto es, hacer vida propia, poner más atención a lo nativo que a lo extranjero, y en una palabra, propender a crear y producir, antes que a copiar o imitar a secas; a fin de adquirir psicológicamente verdadero señorío nacional, una fisonomía tópica que nos distinga y caracterice, lo que no se consigue con arreboles ni galas exóticas, por brillantes que sean sino imprimiéndole a todos los actos de nuestra vida el sello de una cultura típica y original, que determine y singularice en el estrado de las naciones la personalidad de Venezuela. Tenemos ingenio y materiales de sobra para realizar con éxito una obra de tan vital importancia" ¹⁰. De donde reafirma el llamamiento que con el fin del siglo dirigía a todo el continente: "A vosotros os toca, ¡jóvenes pensadores de la época!, combatir gallárdamente por una tercera emancipación; la emancipación literaria de Hispanoamérica" ¹¹.

Saber para aprender

Intensa y constante es su incursión por los dilatados caminos de la Colonia. No se limita a engarzar nombres y fechas, a aclarar sucesos y exhumar documentos. Indaga realidades de muy diversa índole, desde el plano de la cultura —que tanto lo apasiona y que lo lleva a dejar establecidos los antecedentes históricos de su amada Universidad— hasta el de los aspectos sociales y económicos. No carece de gran actualidad aquella afirmación con que precede su investigación de las industrias y negocios desarrollados durante la colonia: "Día por día se esfuman y desvanecen, como meras nubecillas, muchas teorías económicas, que nos han tenido alucinados, ante esta verdad grande como un templo: la verdadera riqueza de un pueblo consiste en producir cuanto sea necesario para su propia subsistencia" ¹².

Es formidable ver cómo lo averigua todo. La vida eclesiástica, la historia de la imprenta, la higiene, la agricultura y la industria, las salinas, los elementos de folklore. Algunos de sus descubrimientos o de sus invenciones aparecen en el periódico que él mismo escribe e imprime, con ayuda meramente familiar, en aquel vocero *El Lápiz* que con su pequeño formato constituye, por su contenido y por la autoridad de quien lo hacía, un órgano de tanta significación en el periodismo venezolano; pero declaran quienes frecuentemente lo trataron, que sabía mucho más de lo que escribió. "Copiosa es la obra escrita que nos deja, dijo en su brillante panegírico monseñor Quintero; notables los hechos y documentos que, sacándolos a la luz de la publicidad, redimió de la tenebrosa esclavitud del olvido; pero más copiosos aún eran los conocimientos que no llegó a estampar en el papel y que nos era dado admirar en la amenidad de su cultísima conversación" ¹³.

Afirmación esta que, leyéndola, nos ha hecho recordar la del gran jurista Carnelutti en la carta a sus hijos: "Saber no quiere decir otra cosa que haber multiplicado la capacidad de aprender". Aumentar la capacidad de aprender fue, para Don Tulio en gran medida, el fin de su dilatada sabiduría.

Historiador de una civilización indohispánica podemos llamar al gran patriarca merideño, usando para esta expresión un calificativo que fue suyo. Ese carácter indohispánico lo encuentro resumado en la satisfacción con que presenta la Real Cédula de 1695 que aprobó las Instrucciones del Gobernador Berroterán sobre tributo, salario y régimen de indios ¹⁴: Con cuánto gusto anota el espíritu de aquel documento (inserto luego en el Fuero Indígena de Venezuela y comentado en la segunda edición de nuestro *Derecho del Trabajo*); con cuánta alegría vive su hallazgo, expresando que "constituye un cuerpo de leyes muy precioso y demuestra a las claras el loable y firme propósito de promover la conservación y mejoramiento de los indios, amparándolos contra todo vejamen y contra todo engaño en su trato con los españoles" ¹⁵.

No es de extrañar el fervor entusiasta con que estudia, relata y comenta los tiempos de la Independencia. Su amor por Bolívar no es de encargo. Le sigue con afecto entrañable en su paso por las crestas andinas. Recoge en la pequeña historia la huella inmensa del Libertador. Y cuando deja establecida, para recuerdo imperecedero de las generaciones, la fidelidad ejemplar del gran perro Nevado y la conducta leal del indio Tinjacá, parece como si su palabra estuviera poniendo el alma de su pueblo en aquellas figuras humildes que acompañaron a Bolívar en su fulgurante Campaña Admirable, que entraron con él en Caracas para oír

ratificado el nombre de Libertador con que lo bautizara Mérida y que, perdidos en la derrota de la Puerta, a tiempo aparecieron de ir a regar con su sangre la llanura de Carabobo el día del nacimiento definitivo de la patria.

Ni es postizo tampoco su tributo de admiración a Páez, a Sucre, a Soublette. . . Quizás, más bien, es la expresión de un viejo sentimiento partidista de origen familiar. Pero sobre todo, están llenos de colorido y devoción los recuerdos de la emancipación en Mérida, donde significó también, al mismo tiempo, la autonomía de la Provincia y la erección definitiva de la Universidad. ¡Cómo palpita la agitada emoción de aquellos días en la viveza amable de los relatos de don Tulio! ¡Cómo se crece, en la defensa apasionada de la Revolución de Independencia, la Mérida conventual y serena, a través de la frase antológica del canónigo Uzcátegui que para sostenerla recordó los calzones que había debajo de sus hábitos! La Independencia es, en el hispanista emeritense, no la negación del pasado sino la culminación de un proceso: es la aquilatación de la leyenda en los hechos que leyenda parecen; es la consagración de la historia en los sucesos legendarios que dan definitivo cuerpo a la nación venezolana.

Hay en el historiador que es don Tulio, una activa función pedagógica. Quizás sea fácil de explicar por ello el optimismo de sus concepciones y el sentido afirmativo de su obra escrita. Pasa por sobre los años oscuros sin anatematizar más que los hechos o las tendencias negativas: no blasfema jamás contra aquellos que actuaron empujados por factores diversos, en el gran drama de nuestra desventura. Ubicado hasta por motivos de herencia en las filas de quienes ganaron los últimos lauros en Coplé, no deja de enardecerse en la defensa de su tío, cuya memoria, dijo con altivez legítima, "los mismos a quienes combatió han solido honrar" y de quien destacó como mejor presea "la austeridad de sus principios" ¹⁶, pero nunca, que yo sepa, impreca o murmura de quienes militaron en el bando contrario. Llega a decir, apenas, cuando en la persona de Páez, Magistrado, trata visiblemente de defender un régimen, que "después de una lucha heroica, el pueblo, deslumbrado con el brillo de sus propias acciones, fácilmente se inclina a erigir en árbitro de sus destinos al caudillo que lo condujera a la gloria por el camino de las armas. Este ha sido el origen de muchas tiranías, porque puede irse en un instante de la tienda de campaña al Capitolio, pero es difícil pasar del mando de la guerra al gobierno de la paz, sin llevar en el carácter, en las ideas y las costumbres otros tantos gérmenes de despotismo, siendo raros los hombres que como Páez pueden ofrecer al historiador, en admirable consorcio, las hazañas del guerrero y las virtudes del magistrado" ¹⁷. Está visto que no era para el de las Queseras el recuerdo de la traición histórica;

pasaban por su mente y asoman a su pluma otros héroes de las guerras civiles, pero no se ensaña nombrándolos; ni los señala tampoco, sino que deja admonición docente, cuando afirma que Páez "entendía la política como la define la ciencia y lo aconseja el verdadero amor a la patria, como el arte de administrar con honradez y sabiduría los intereses públicos, velar por el orden y las buenas costumbres y proteger todos los derechos que nacen de la libertad" ¹⁸.

Ilustres figuras regionales se aseguraron definitivamente a través de su pluma contra el olvido cruel de las generaciones. Y mientras más se leen sus apostillas o sus relaciones biográficas más se logra la comprensión de ese hombre que se antojó vivir, como Arístides Rojas, al modo de eslabón providencial entre los venezolanos de dos siglos, a quienes el desierto de una dura etapa habría dejado sin contacto de no ser por ellos mismos y por algunos otros que, al par de ellos, como los monjes medievales salvaron en la sombra del claustro los códices de la latinidad mientras su estructura la arrasaban los bárbaros.

Mi recuerdo emocionado

Yo no podía rehusar la honrosa comisión de llevar la palabra de orden en el centenario del natalicio del insigne varón meridiano. Rendirle homenaje a don Tulio no es rendirlo tan sólo a quien se veneró ya en vida y se continúa venerando desde el mismo momento de la muerte: es rendírselo a Mérida, rendirlo al heroísmo de unos hombres que fueron maestros cuando era más fácil ser sicarios, reconocer el primado de valores supremos que han de ser guía de nuestro pueblo en días difíciles para la conquista de su verdadero destino.

Recuerdo aún la visita que tuve la fortuna de hacerle, en los días navideños de 1936, año en que comenzaba a vivirse en Venezuela una experiencia vital de incalculables proyecciones. Vine entonces en gira, predicando un ideal estudiantil mantenido en limpia y vigorosa actitud de combate. Eran los días de la Unión Nacional Estudiantil y de la Federación de Estudiantes. Aquí llegué en unión de otros compañeros de UNE, a hacer polémica de altura con los del grupo opuesto, que por entonces presidía en estos lares Alberto Carnevali. La visita a don Tulio fue para los estudiantes uneístas como un rito obligado. Iba entre nosotros, por cierto, uno que después fue su biógrafo en una colección escolar destinada a fomentar en los muchachos el culto por los grandes valores nacionales ¹⁹.

Lo tengo grabado en mi memoria, en su sillón de suela, sembrado como una semilla de bondad y de ciencia, dentro del almá-

cigo interminable de sus libros. Estaba viejo ya. Había cruzado las bodas de diamante y se preparaba a rendir cuenta serena, nutrida y clara de su vida a Aquel de quien venimos. Las blancas paredes encaladas y los rojos ladrillos recordaban su Mérida de siempre; su menuda figura, abrigada con espesa bufanda, cubierta con su sencilla gorra, los pies menudos ocultos entre las pantuflas caseras, casi no dejaban como testimonio material ante nosotros otra cosa que sus ojos, pequeños y vivaces, sus manos blancas, finas, pequeñas y expresivas, pero sobre todo, su voz; su palabra, que era el mensaje paternal y afectuoso de la patria, de la realidad de una patria que nadie como él había penetrado tan hondo y que le daba a la acción de su juventud recientemente incorporada el sentido de un deber histórico.

Ya le tenía yo por maestro, porque había sido discípulo de discípulos suyos. Y su mensaje me sonaba idéntico al que para el pueblo venezolano escribiera en los días, precursores, de 1928: "Pueblo que produce hombres, de ese fuste (como Sucre y Páez), bien puede aparecer en el rol de las naciones con una fisonomía típica, como una cultura propia, que los personifique y enaltezca, sin tener necesidad de adoptar en la materia psicologías y modalidades completamente extrañas a su vigorosa juventud y a las costumbres y tradiciones indohispánicas que guarda como valiosa herencia de sus antepasados. Ante el extranjerismo que nos asfixia, la venezolanización del país se impone en todas las fases de la vida nacional. La cordialidad en las relaciones internacionales, por ningún respecto implica la abdicación del yo étnico y sociológico. Pueden hacerse con esplendidez los honores de la hospitalidad, sin que sea menester sacrificar para ello, ni en un ápice los usos y costumbres genuinamente venezolanos, que no tienen por qué ceder ni ocultarse a la vista del gran mundo" ²⁰.

Ese recado está vigente. Y la figura de don Tulio, el patriarca, recobra actualidad en su conmemoración centenaria. No es que no exista discrepancia entre muchos de sus juicios o sus puntos de vista y los que hoy nos corresponde formular: "cada generación —él mismo dijo— conoce y juzga según el espíritu de su época". Pero un hecho innegable y de gran contenido potencial lo constituye —al rendir homenaje de admiración y de cariño al sabio insigne, al esposo y padre ejemplar, al creyente y devoto cristiano, al maestro abnegado, al señor del derecho, la historia y el idioma, al periodista y al tipógrafo, al investigador y al publicista— aprovechar toda la fuerza que el agua pura de su cascada, por la altura majestuosa de su rango, puede generar todavía. La galería de su Universidad cuenta insignes varones, pero en él tiene uno de los más preclaros ductores del pensamiento venezolano. Y Mérida, esa Mérida que tanta amó, con indisoluble

devoción y hasta la muerte, encontrará en el tesoro inagotable de sus obras nuevos argumentos para seguir siendo dinámica en medio de su serenidad arrobadora y para constituir, sin mengua del tradicionalismo que la honra, bastión de libertad, antorcha de renovación y motor infatigable de progreso.

NOTAS

1. 1908, en *Archivos de Historia y Variedades*, II, p. 349. (*Obras Completas*, III, p. 363).
2. Mariano Picón Salas, "Don Tulio Rapsoda de Mérida", en *Las nieves de antaño*, p. 88.
3. *Memorias de un muchacho*, pp. 254, 259. (O.C. VI, pp. 248, 251).
4. "Páez, magistrado", 1890, *Archivos de Historia y Variedades*, II, p. 214. (O.C. III, p. 227).
5. *Memorias de un muchacho*, pp. 1-2. (O.C. VI, p. 117).
6. *Archivos*, II, p. 49. (O.C. III, p. 52).
7. *Archivos*, I, p. 69; II, p. 45. (O.C. II, p. 70; III, p. 52).
8. "Pancriollismo", conferencia del 12 de octubre de 1917 en la Universidad de Los Andes, *Archivos*, II, p. 232. (O.C. III, p. 244).
9. "El patriotismo en la literatura", 1895, *Archivos*, II, p. 227. (O.C. III, p. 239).
10. "En pro y en contra del criollismo", 1918, *Archivos*, II, p. 237. (O.C. III, p. 249).
11. 1898, *Archivos*, II, p. 232. (O.C. III, p. 241).
12. "Sobre criollismo, Artes e industrias que fueron", 1918, *Archivos*, II, p. 238. (O.C. III, p. 250).
13. Monseñor José Humberto Quintero, *Discursos*, II, p. 61.
14. *Archivos*, t. I. pp. 143-157. (O.C. II, pp. 147, 160).
15. *Archivos*, t. I. p. 156. (O.C. II, p. 159).
16. "Después de Coplé, la verdad histórica", 1891, *Archivos*, II, p. 287. (O.C. III, p. 301).
17. *Archivos*, II, p. 215. (O.C. III, p. 227).
18. *Ibid.*, p. 217. (O.C. III, p. 229).
19. Víctor M. Giménez Landínez, *Tulio Febres Cordero*, Biblioteca Escolar, Fundación Eugenio Mendoza, Colección Biografías, Nº 21, Caracas, 1954.
20. "Venezolanización de nuestra cultura", *Archivos*, II, p. 255 (O.C. III, p. 268).

12

JULIO CESAR SALAS



La introducción de la Cátedra de Sociología en los estudios universitarios fue una de las pocas notaciones que en Venezuela indicaron la llegada del siglo veinte. El doctor Carlos León en la Universidad de Caracas y el doctor Julio César Salas en la Universidad de Los Andes fueron los primeros profesores de esta disciplina. Salas fue, además, un historiador e investigador cuyas obras han revestido importancia y cuya producción inédita se ha venido a estudiar a fondo en los últimos tiempos. Con ocasión del Sexto Congreso Latinoamericano de Sociología, que nos correspondió presidir, propusimos un homenaje a su memoria, en una oportunidad cercana al medio siglo de la instalación de la cátedra. Quisimos sumar nuestra palabra a los elogios que ha recibido esta figura y destacar el valor que sus estudios tuvieron dentro de un ambiente en que lo bucólico se une a lo académico y en que la tradición constituye un punto de partida para las concepciones inspiradas en la idea de un profundo cambio social.

Voy a tratar de referirme en esta noche, en la forma más precisa que pueda, a la personalidad de Julio César Salas, pero para ello debo comenzar por formular la observación siguiente: una biografía completa de Julio César Salas no se ha escrito. El fruto de su pensamiento es ahora cuando está abierto al estudio, quizás a la polémica; a la indagación profunda y emotiva. Las obras de Julio César Salas están impresas sólo parcialmente. Antes de sus lecciones de sociología publicó *Tierra firme*, en 1908, con el subtítulo de "Estudios sobre etnología e historia". Y ya en aquel año, cuando todavía estaba clausurada esta Universidad —cuyos antecedentes se remontan a los propios días de la Colonia y que tomó rango definitivo en aquella jornada de la Junta Patriótica en que el impulso del canónigo Uzcátegui la hizo nacer como Universidad al mismo tiempo que se consagraba Mérida como Provincia autónoma—, en momentos en que las desventuras todavía mantenían cerrado el Instituto, ya Julio César Salas hablaba de la necesidad de la Cátedra de Sociología, que seis años atrás había comenzado a funcionar en la Universidad de Caracas bajo el cuidado del doctor Carlos León.

Las otras obras publicadas de Julio César Salas: sus *Lecciones de Sociología*, que llamó "aplicadas a la América" (1914), *Civilización y barbarie* (1919), *Los indios caribes, estudio sobre el origen del mito de la antropofagia* (1921), *Orígenes americanos* (esquema del futuro diccionario, 1918) y algunas otras¹ son apenas una pequeña parte de la obra escrita de aquel pensador y, sobre todo, extraordinario y vigoroso escritor, cuya principal virtud fue la de una tremenda sinceridad.

Leí, hace años, en un artículo del profesor Jesús Leopoldo Sánchez, la información de que la familia de Julio César Salas guarda los originales de una Historia General de Venezuela, enriquecida con nueva documentación, y de un monumental diccionario comparado de lengua y dialectos americanos². Sin haber logrado la fortuna de tener en mis manos estos textos, pensé siempre que una tarea muy noble e importante de la Universidad de los Andes sería recuperar para la cultura de Mérida y de Venezuela entera esos originales valiosos y darlos a la publicidad. Esta idea se encuentra ya en camino de realización. Cus-

todiados por su hijo político, el académico José Nucete Sardi, se va a proceder a editarlos por disposición del rector Rincón Gutiérrez y del Consejo Universitario de esta institución que tanto amó³. Respecto del diccionario, preparado para aparecer con el rubro *Orígenes americanos*, decía su propio autor que comprendía "16 volúmenes, en que más de 200.000 palabras de 505 idiomas y dialectos de toda América han sido colocadas en riguroso orden alfabético y comparadas con las correspondientes de cerca de 600 idiomas de Europa, Asia, Africa y Oceanía" y representaba una labor de veinticinco años, según lo recoge en el prólogo de su *Etnografía de Venezuela*, publicada por la Universidad en 1956, el doctor José Luis Salcedo Bastardo. Inmenso esfuerzo, movido por el empeño de demostrar la unidad de las religiones y lenguas del mundo⁴.

Con los elementos con que trabajó no pudo hacer, sin duda, el doctor Salas obra definitiva. Tal vez tendría por ello en reelaboración constante aquel trabajo; pero tenemos razones fundadas para considerar que en esa parte inédita de su producción bibliográfica existe un valioso e importante material que es necesario analizar para enriquecer la historia, el conocimiento social y la documentación universitaria de nuestro país.

Fue el doctor Salas un hombre que dedicó su actividad en el campo científico a diversas empresas: historiador, bien enterado de la obra de los viejos cronistas (Pedro Simón, Castellanos) y de los historiadores de nuestra época colonial y republicana; etnógrafo, profundamente penetrado de las labores de Gaspar Marcano y de nuestros otros etnógrafos, demuestra una pasión profunda por el conocimiento de las primitivas tribus indígenas; sociólogo, expone con absoluta independencia, con la más viva repugnancia para lo que significara sectarismo de escuela, sus conceptos, sus ideas, sus conocimientos, sus impresiones y sus observaciones sobre la realidad merideña, sobre la realidad venezolana.

Pero no fue esto sólo lo que hizo Julio César Salas. Ya se ha dicho muchas veces que tuvo devoción profunda por las labores de la agricultura. En este ambiente extraordinario, con una Universidad sembrada en la cultura desde hace muchos años, los campos están atrayendo constantemente la vista y la voluntad de la gente. No fue su caso único: todavía hoy podríamos observar en los ilustres profesores de esta Universidad el gusto de buscar para el espíritu esparcimiento yendo a fundos cercanos, a las tierras fertilizadas por estos maravillosos ríos, a esas vegas que extasiaban a quienes las contemplan para depositar allí su fe en el trabajo, en el progreso, en la construcción de la nacionalidad desde sus bases más fundamentales.

Así lo hizo Julio César Salas, quien, al contrario de otros merideños, no estuvo —como ocurrió, por ejemplo, con el caso extraordinario de Tulio Febres Cordero— sembrado siempre en la Provincia. Viajó mucho. Viajó a Europa y a Estados Unidos. Publicó sus libros en España. Asistió a congresos, visitó archivos. Algunas veces tuvo que demorarse mucho tiempo afuera porque las circunstancias políticas eran amenazadoras para las ideas que había expuesto en sus publicaciones; pero siempre gravita su pensamiento alrededor de Mérida, de su ambiente, de su cultura y de su Universidad.

El mismo, alguna vez, en uno de sus libros, nos hace referencia a esta dualidad de educación merideña: “habiendo dedicado toda nuestra vida al trabajo y a la lectura”⁵. El trabajo, es decir, las faenas agrícolas, las iniciativas industriales, el deseo de realizar grandes proyectos que siempre acompañaba su espíritu. La lectura, es decir, el estudio profundo y constante y la enseñanza, para la cual esta Universidad le daba extraordinario ambiente.

Su concepción de la sociología

En su concepción de la sociología encontramos el reflejo de su época. Es una mezcla de positivismo y de idealismo. Y ¿por qué no?, si el padre del positivismo, al fin y al cabo, en gran parte de sus obras, no es sino el visionario de un mundo mejor. Si Comte, que con el positivismo fundó toda una escuela y a la sombra del positivismo creó esta ciencia que ha sufrido después tantas transformaciones, dedicaba a las divagaciones del espíritu no pocas de sus meditaciones, no es curioso encontrar en Julio César Salas esa descripción de la sociología como conocimiento para mejorar, como vinculación de un estudio que no quiere encontrar elementos más allá de los hechos positivos, pero que al mismo tiempo, busca la posibilidad de realizar, por su medio, la vida de un mundo más perfecto.

“La sociología —nos dice— estudia los fenómenos de evolución que se producen por las relaciones humanas y deduce consecuencias que deben aplicarse al perfeccionamiento moral de los hombres. Para ese complejo trabajo se auxilia con la etnología, que investiga y clasifica las costumbres, y con la historia, que da la nómina de los sucesos y las consecuencias filosóficas que de ellos se desprenden”. De allí —sigue— “la sociología está llamada a asegurar el progreso: pues dicha ciencia no sólo estudia los fenómenos sociales sino también establece las reglas como pueden provocarse y dirigirse tales fenómenos en pro de la civilización”⁶.

Sus maestros: Spencer, Letourneau, Gumpłowicz, Alberdi, Sarmiento. Sobre todo, Spencer. Pero, quizás por ello mismo de que sea el maestro que más sigue, es a él a quien hace las críticas más duras. Le critica, en especial, el sectarismo darwinista. Alguna vez dice que “si Spencer se hubiera librado de los prejuicios de la escuela biológica fundada por Haeckel y Darwin” habría completado por sí solo la investigación sociológica; “pero, desgraciadamente —agrega— el sectario no pudo prescindir de la escuela”¹. Son muchas sus afirmaciones coincidentes al respecto; sin embargo, fue aquél, quizás, el autor que por razón de época, de circunstancias, de ubicación, de coyuntura, de forma de pensamiento, haya dejado una huella más profunda en el curso de sus obras. Letourneau lo inspira también, pero modificándolo; alguna vez, censurándolo. “Sin embargo —dice— (y en esto sigue también a Letourneau, y alguna vez cita palabras suyas), no puede decirse que la última palabra de tal materia —la sociología— haya sido pronunciada”. “Después de tan grandes disquisiciones —encuentra él, y lo confiesa paladinamente— la sociología se halla aún en la infancia”².

Con Alberdi y Sarmiento hay afinidades curiosas. El “gobernar es poblar” lo quiere transformar en gobernar es “civilizar”, “cauterizar las úlceras nacionales”; “más que civilizar, es redimir”³. *Civilización y barbarie* es título que repite, no sé si voluntariamente, en una de sus obras. Y la preocupación por la educación, obsesión permanente en todos los sociólogos venezolanos, mejor dicho, en todos los observadores y pensadores sociales venezolanos del siglo XIX, constituye también motivo principal y, desde luego, vínculo extraordinario de afinidad con el pensamiento de Sarmiento en la construcción sociológica de la teoría seguida por el doctor Julio César Salas.

Interpretación de nuestra América

En medio de sus estudios de sociología se preocupa extraordinariamente por una interpretación americana. Quiere entender —y, sobre todo, defender de la terrible imprecación que contra ellos echan en nombre del objetivismo muchos representantes sociológicos— la cultura, la vida, el destino de América.

No olvidarán los que me escuchan que estamos viviendo entre los trópicos y que gran parte de la sociología, durante largas décadas, ha llenado sus páginas de pesimismo sobre la posibilidad de que en nuestros medios tropicales se desarrolle la civilización. Es lógico, por ello, que cuando Julio César Salas escribe sus *Lecciones de sociología* para “aplicarlas a la América”, piense en nuestra América que en la zona intertropical vive, y re-

cuerde y señale con ejemplos devotos de su vieja pasión de historiador, argumentos que deben convencer, ya que, como dijera Cecilio Acosta, no es fatalidad de clima lo que puede explicar las circunstancias desgraciadas de la peripecia social de los países de América intertropical.

Al hablar del problema del clima, al referirse justamente a la situación climática del trópico, Julio César Salas está hablando, sí, como observador social, pero también como patriota y civilizador. “La civilización en lo antiguo —dice— nació y se desarrolló en la India y en Ceylán, y luego pasó a las cálidas comarcas que van entre el Tigris y el Eufrates, y de los arenales de la Abisinia superior y de la Nybia se propagó hasta el bajo Nilo, y de allí a Grecia, Italia y Francia; y mientras que eran habitantes de las cavernas, cazadores y pescadores hirsutos y cubiertos de pieles los rubios germanos, sajones, anglos, normandos y celtas, Bagdad, Cartago y Alejandría tenían gran florecimiento civilizador, e imponían al mundo conocido la ciencia, las industrias y las artes”. Además —dice él, retrotrayéndonos al momento en que se inicia la colonización de América— “los indígenas tropicales eran superiores en civilización a los que vagaban por las praderas, lagos y bosques de los Estados Unidos”¹⁰. No es, pues, la fatalidad del clima la que él puede admitir como explicación de nuestras infelicidades en el desarrollo social.

Tampoco, la raza. “Ni los británicos europeos pueden denominarse raza pura después que Julio César les infiltró sangre latina y Guillermo el Conquistador, normanda, franca y gala”. Entonces, “débense buscar más justas causas del estado retardatario de la evolución social hispanoamericana, frente al rápido progreso social, político y económico de los Estados Unidos”¹¹.

Tenemos aquí planteado el drama del pensador. Tenemos aquí planteado el tema que absorbe muchas veces las energías de nuestros sociólogos. Explica esta inquietud muchas de sus imprecaciones. Explica el afán de buscar dónde está esa causa, que no es de raza ni de clima, es decir, que no es de fatalidad invencible, para que, comparando el desarrollo de Estados Unidos y el desarrollo nuestro, representemos nosotros una civilización más atrasada.

En este planteamiento Julio César Salas, a pesar de proclamar su amor a España muchas veces, es visiblemente apasionado en echar al conquistador la culpa de nuestro atraso. Se apasiona en la defensa del indio, estudia todos los elementos étnicos que puede, y sostiene una tesis —que no sé hasta dónde pueda tener validez en la interpretación de nuestra vida social—: el aniquilamiento del indio en Venezuela como resultado de la conquista. No sé si exactamente el diagnóstico del fenómeno corresponde a la realidad de los hechos. El indio en Venezuela desapareció pero no por

aniquilación, sino por mezcla, por fusión. Para 1800, en los censos recogidos por Humboldt y Depons, la mitad de la población de Venezuela estaba integrada por raza mezclada. El resto, la otra mitad, se dividía entre españoles peninsulares, españoles criollos, indígenas en estado de pureza y africanos también en estado puro. De 1810 en adelante, tal como observa Gil Fortoul, es definitivo un hecho del que nos enorgullecemos, y en el que nos pretendemos poner —con razón, creemos— a la cabeza del proceso social latinoamericano: nuestro mestizaje predomina hondamente. Somos un pueblo dentro del cual los elementos étnicos iniciales desaparecen casi totalmente, pero desaparecen subsumidos dentro de una nueva realidad mestiza que integra la vida nacional.

La explicación es fácil. El indio venezolano no tenía ni una organización política, ni un desarrollo cultural comparable al de otras parcialidades en el resto del Continente. Al español le costó mucho la conquista porque tuvo que ir luchando palmo a palmo con cada tribu, y cada conquistador tenía que acompañarse a veces con un equipo completo de intérpretes para poderse entender con los distintos grupos indígenas con los que iba a negociar o a combatir. No existía una cultura desarrollada y avanzada. Pero el conquistador, al ocupar todo el país (con un esfuerzo enorme, porque no había la capital de un imperio que le diera el control del territorio, sino una resistencia dispersa y constante) vino a admitir, como lo señalara Bolívar más tarde, que el indio se constituyera como el catalizador nacional.

De todas maneras, las páginas de Julio César Salas sobre la aniquilación del indio son sumamente interesantes, por los factores que marca y que podríamos relacionar con los procesos de tras-culturación. El someter al indio a una alimentación distinta de la que acostumbraba, mejor acomodada al medio tropical. La sujeción del indio a sistemas de vida, a formas de trabajo a las que no estaba habituado. A todas estas circunstancias y hasta a razones de carácter sanitario y médico, el doctor Julio César Salas, que no era médico sino jurista pero que tenía una profunda receptividad para estos hechos, atribuye el fenómeno de la aniquilación, de la desaparición del indígena dentro de la vida venezolana.

El revolucionario singular

Partiendo de esta interpretación, se asoma Julio César Salas a los principales aspectos de la vida social. Analiza las causas de la Independencia, y en alas de su propio espíritu decididamente combativo, temperamentalmente polémico, flotan el motivo anti-español y el motivo antirreligioso, que, no obstante, a menudo se

mezclan con la afirmación de lo español como motivo hondo de su afecto y de lo religioso como necesidad para el desarrollo y el progreso social.

Es interesante en grado sumo la posición de Julio Salas; es interesante en grado sumo su concepto de la vida política, su sentido de la revolución. Proclamó con valentía extraordinaria, en una época en que la autocracia lo había aplastado todo, el deber político de los intelectuales para conquistar la libertad¹². Llega en algún momento a decir frases que quizás ningún otro venezolano se ha atrevido a decir y que seguramente la inmensa mayoría de nosotros no comparte, pero a través de las cuales desahoga, con una sinceridad estentórea, su queja contra aquel ambiente en que le ha tocado desarrollar su existencia: ambiente de frustraciones, de negaciones, de apetitos, de excesos, de violencias. Alcanza a decir alguna vez: "nuestros defectos nacionales, falta de civismo, de solidaridad y de cooperación, poco amor a la libertad, pobre espíritu inventivo, servilismo en el poder, son vicios que se han producido por un secular despotismo y que se pueden corregir, o de otro modo, con fatalismo oriental, veríamos continuar la regresión hasta perder el principio de la nacionalidad". Alguna vez llega, incluso, a expresar algo terrible, que voy a transcribir sólo para dar muestra de la independencia de su carácter, que constituye, evidentemente, uno de los hechos más significativos y más necesarios para interpretar su personalidad. A un hombre que ha hablado como ha hablado del régimen colonial, a un hombre que ha criticado la situación de la colonia, resultaría, sin duda, sumamente difícil, escribir las siguientes frases: "pero, en verdad, no sabemos qué régimen hubiera sido preferible para los aborígenes; si el español de la conquista y de la colonia, que los sometió por la fuerza de la espada y les impuso tan duras cargas... o este régimen independiente, tan nefasto y aun más que aquél, pues a nombre de su libertad, los tomó para sacrificarlos en los campos de la guerra civil, sirviendo ellos de escabel a la ambición de mando y avaricia de riquezas de los militares, que hoy, como antes, mantienen el principio de la fuerza y a nombre de la República les obligan a pagar un tributo personal"¹³.

Es necesario entender hasta dónde se necesita una total independencia de carácter para expresar en el medio social esta idea, que nadie, que yo sepa, desde la Emancipación para acá, haya expresado nunca en nuestra patria; y que él sabía, al fin y al cabo, que no era sino un desahogo, un anatema contra los abusos, contra los excesos y las frustraciones, pero que al mismo tiempo habría podido dar motivo a adversas reacciones y terribles interpretaciones en la opinión pública venezolana.

En economía es también un hombre de contrastes. Proclama la urgencia de la industrialización, para alcanzar la soberanía económica. Defiende el *laissez faire*, en una forma clara y paladina. Se opone a los controles del Estado de modo categórico; sin embargo, reconoce, exalta y proclama la necesidad de realizar una nueva justicia distributiva y señala los grandes esfuerzos que se están realizando en países de Europa y de otras latitudes para corregir los excesos del capital frente al trabajo, del fuerte contra el débil, así como señala los aspectos positivos que al respecto se pudieron lograr en los precedentes coloniales ¹⁴.

Es un revolucionario. Un revolucionario que está en contraste con vigentes sistemas, que presenta una serie de observaciones en pugna con las que privan en su época; pero, al preconizar la idea de revolución, se pronuncia en forma categórica, de manera inequívoca, contra la violencia, no obstante que es la época en que quizás se veía la violencia como la única salida posible a la continuación del despotismo. “Ni los trabajadores —dice—, sean jornaleros o propietarios, deben de ninguna manera lanzarse por esta vía inútil de la revolución armada, pues surgiría un nuevo personalismo, como ha sucedido, por mejores programas que dichos revolucionarios invoquen, ya que tales promesas no pueden merecer crédito en vista de la experiencia obtenida. La revolución armada contra la violencia y la fuerza no ha sido camino que conduzca a la obtención de un buen gobierno y a la eliminación de los defectos nacionales y de las causas que estorban el desenvolvimiento de las instituciones en Venezuela” ¹⁵

El testimonio es sobradamente valioso por venir de quien viene. Es el mismo testimonio del civismo que invocarían Cecilio Acosta o Arévalo González: pero en Julio César Salas, la afirmación tiene un sentido mucho más hondo que avala la sinceridad de sus palabras, por venir, justamente, de un espíritu rebelde en profunda contradicción con las circunstancias del ambiente. Por eso dice (y su palabra es una admonición a las generaciones futuras): “Si algún día debemos alcanzar la dicha de tener instituciones libres, ellas se deberán a la paz, que sedimenta los malos elementos o heces sociales, inspira confianza al capital y a la inmigración extranjera y desarrolla la riqueza nacional. Por los caminos tristes de la guerra civil sólo transita la ambición personal, llevando por cortejo el crimen, el pillaje y la miseria general, ancha base sobre la que se erige la tiranía” ¹⁶.

Aspectos actuales de su pensamiento

Su pensamiento no carece de extraordinaria actualidad. La industrialización es un tema que asoma con profundo calor; no por un

deseo más o menos vago y desorientado de progreso sino con la idea de que sólo ella puede fortalecer la soberanía nacional. Tiene una compenetración profunda con su circunstancia y, en medio de la angustia en que vive, en medio de la incomprensión que le acompañó muchas veces, a pesar de que alguno de sus libros después de impreso no se pudiera distribuir porque el régimen imperante no lo permitía, conservaba, con su dramatismo de interpretación, una gran esperanza. Justa repartición de provechos y cargas sociales, aparece como un objetivo de su acción.

Le tocó, por una de esas terribles ironías de la coyuntura vital, fallecer dos años antes de la muerte del general Gómez, es decir, dos años antes de que empezara en Venezuela el movimiento activo de la colectividad hacia este proceso que hemos llamado en otras ocasiones la revolución venezolana. Nació en 1870, es decir, el año en que el general Guzmán Blanco ocupaba a Caracas, tras las acciones victoriosas de la llamada *Revolución de Abril*. Murió en 1933, es decir, dos años antes de que fuera llevado al sepulcro el Dictador que durante veintisiete años consolidó en nuestra patria la más dura y férrea autocracia que hayamos conocido. Esto explica los diversos matices de su pensamiento; pero en esos matices, que se deben ofrecer a la juventud de hoy para que los estudie sin prejuicios, para que busque en ellos todos los elementos, para que conjugue lo negativo y lo positivo, para que establezca relaciones con su circunstancia y con su época, mantiene una preocupación vigorosa por la transformación de Venezuela. Es riquísimo el campo de su pensamiento. Sería de mi parte un abuso recorrer cada uno de los aspectos en que se lanza. Pero recordemos que fue un fanático de la educación; que defendió la autonomía universitaria cuando todavía no era ni siquiera un ensayo; que mantuvo, dentro de su acendrado afecto por el medio rural, aquella vieja contradicción entre la ciudad y el campo, que hacía de la ciudad el ambiente perverso, y una especie de paraíso de "las campiñas nuestras, y que tanto amamos por haberlas cultivado"¹⁷, esa contradicción que existe en el pensamiento de Bello y de casi todos los próceres de América hasta Sarmiento, quien fue el primero que, dándose cuenta, quizás, de que el fenómeno del urbanismo es definitivo e irrevocable, al contraponer la ciudad y el campo, llegó a poner en la ciudad sus esperanzas como principio de civilización.

La posición religiosa de Julio César Salas es de las que han sido más vivamente comentadas. Tuvo, dentro de esta Mérida serena, donde los valores religiosos han conservado siempre un alto rango y profundo respeto, encuentros terribles que han dejado marcada su personalidad como la de un diablo que perturbaba la tranquila paz de este ambiente. Pero será equivocado pensar que en Julio César Salas, batallador, crítico de una serie de formas religiosas,

apasionado y negador muchas veces, hubiera una carencia de sensibilidad religiosa, una negación de lo que la religión significa dentro de la vida social. Es alguien que habla, incluso, de la creación como argumento para justificar la unidad de la raza humana. Y cuando se refiere a la sociología adquiere un rango muy sereno para decir: "En sociología se puede ser ateo, racionalista o creacionista, sin renunciar al desiderátum científico, ni estorbarlo" ¹⁸.

Es un aspecto sumamente extraño el de su posición frente al clero. Al combatirlo hasta el exceso, parece sentir la necesidad de hacer los mayores elogios a sus figuras más representativas. Al canónigo Uzcátegui lo llama "padre del pueblo", "el verdaderamente altruista sacerdote", "distinguido patriota y hombre de gran energía" ¹⁹. Le dedica muchas páginas. Recuerda sus empresas, sus extraordinarias empresas culturales, sin ocultar la arriesgada aventura de ir a buscar a Maracaibo, con una expedición, al obispo Lora que, según nos relataba don Tulio, temía venir a Mérida, su sede, por el temor a la fragosidad y a la inclemencia de los páramos andinos.

Llama "ilustre, virtuoso y sabio Arzobispo" al ecuatoriano Federico González Suárez ²⁰. Y al elogiar a otros, entre ellos su ilustre coetáneo, también personaje de su propia coyuntura, el Arzobispo Antonio Ramón Silva, lo invoca y lo encomia. Lo que es más curioso todavía para un hombre de prejuicios en esta materia, alaba a los jesuitas por su labor misionera y afirma que "al desaparecer los misioneros desapareció la última esperanza de redención para el indio". Y sin dudar expresa que corresponde el gran deber de educar al pueblo "a todos los intelectuales de América, periodistas, literatos, educadores, y a las clases dirigentes, sobre todo al clero, pues la autorizada palabra del cura de almas mejorará la condición de estos parias, inculcándoles sentimientos de honor, de virtudes y de odio al infecto aguardiente" ²¹.

★

Yo puedo decir hoy que el pensamiento y las obras de Julio César Salas merecen, francamente, devoción, análisis y estudio. No voy a construir hipérboles innecesarias. No voy a decir que sus *Lecciones de Sociología* hayan sido una obra fundamental para transformar la enseñanza de la Sociología en América; pero sí puedo afirmar que en todos sus escritos hay la presencia de una personalidad de muy alto nivel, la huella de un espíritu fuertemente representativo, el tesoro acumulado de una extraordinaria cultura, y que el desahogo de sinceridad con que escribe sus cosas trae muchos testimonios que tienen hoy vigencia y deben reco-

gerse y aprovecharse en la vida universitaria de nuestros países.

Este hombre duro, que invoca el positivismo, que combate los valores consagrados por la opinión nacional, es un hombre tierno, que se extasía cuando habla de Mérida, cuando canta a las campiñas en que trabaja como agricultor y cuando señala como el objetivo que debemos buscar, "conservar los bellos rasgos de nuestra fisonomía nacional, constituidos por viejas y nuevas costumbres, siempre que sean selectos y que estén en armonía con los ideales de la raza y con la religión y el idioma del conquistador español" ²².

Es justificado el homenaje, y en Salas se honra a Mérida, a esta Universidad que ha sido campo de estudios, de libre discusión, faro y radiación del pensamiento a toda la República. Es necesario que el estudio se imponga como un deber fundamental en esta hora de revalorización. A los noventa años de su nacimiento, a los cincuenta de la creación de la cátedra que regentó en la Universidad desde su misma reapertura, debemos buscarlo serenamente, objetivamente, científicamente; y debemos poner como norma de nuestros estudios sobre su persona y su obra, ésta que él mismo coloca en uno de sus interesantes escritos: "Es preferible sufrir por la verdad, antes que hacer sufrir a la verdad con el silencio".

NOTAS

1. Tales como la conferencia sobre Necesidad de Adaptar la Legislación de Venezuela al Medio Etnológico (1911), las Memorias presentadas a los Congresos de Americanistas de Gotemburgo (1923) y Nueva York (1928), la selección póstuma de estudios sobre lenguas y religiones indias publicada por sus deudos en el primer aniversario de su muerte, con el título *Estudios Americanistas* (1934), y sus publicaciones periódicas "Paz y trabajo" y "De Re Indica", revista de etnografía y etnología.
2. *El Heraldo*, Caracas, 15 de junio de 1947.
3. (Obsérvese que este trabajo es de 1961). Según me informó el señor Nucete Sardi, la bibliografía de lo que falta por publicar de Julio C. Salas es la siguiente: *Historia general de Venezuela*, *Papeles viejos* (colección de documentos necesarios para el estudio de la historia de Venezuela y Colombia), *Límites de Venezuela con Colombia y el Brasil*, *Biografías de conquistadores*, *Historia de la conquista y población de Mérida*, y otras ciudades de Venezuela, *Cronología histórica de Venezuela*, *Orígenes americanos* (Gran Diccionario Comparado, 16 vols.), *Los indios mucus de los Andes*, *Memorias históricas e íntimas*, *Catálogo descriptivo de mi colección etnográfica*, *Las religiones indias y el cristianismo universal*, *Reparos etimológicos al Diccionario de la Academia Española* (varios volúmenes, parte publicada en periódicos de Caracas), *Etimología americana* (voces indias e indígenas de uso en el castellano que se habla en América; esta obra es la que piensa publicar primeramente la Universidad de los Andes; tiene 765 páginas a máquina en cuartilla de carta a espacio doble), *República retrazada* (estudio sociológico sobre nuestras repúblicas americanas. El autor también le da el título de *República fracasada* a esta breve obra de doscientas cuar-

tillas a máquina). —Sobre la bibliografía de Julio C. Salas a la que he hecho referencia en este ensayo a través de citas del propio Salas, de su hijo político José Nucete Sardi y de otros autores, se ha realizado posteriormente por el señor Andrés Márquez Carrero una laboriosa investigación, publicada en un "Informe a las Autoridades Universitarias de la Universidad de los Andes sobre la edición y estudio crítico de las Obras Completas del antropólogo y lingüista merideño Julio César Salas" (mimeografiado), Mérida, 1977. Márquez Carrero es también autor de un folleto intitulado *Introducción a la vida y obra de Julio César Salas*, impreso en Mérida en 1977.

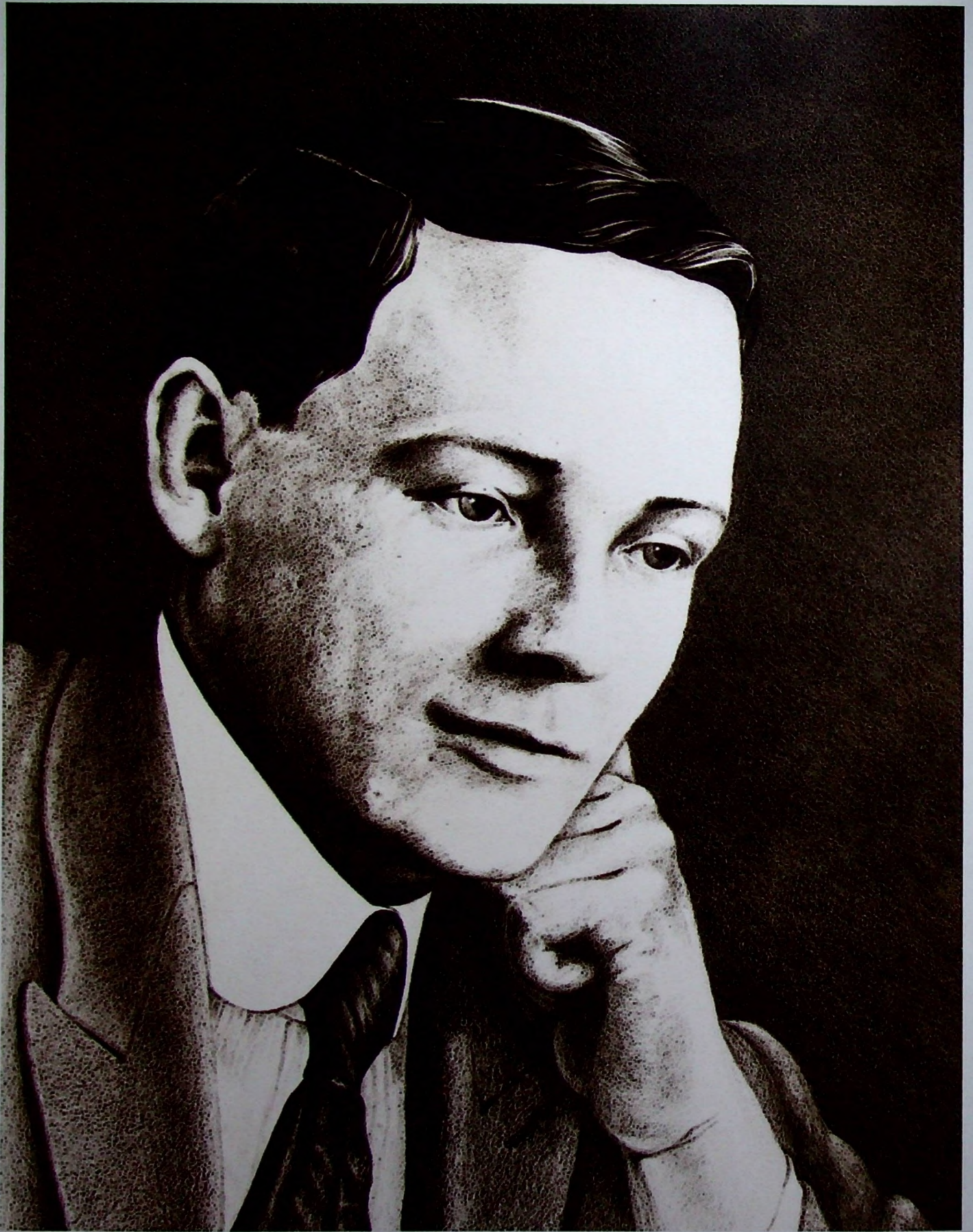
Como podrá observar el lector, el propósito fundamental de mi discurso no fue el de realizar una investigación bibliográfica, sino el de presentar un esbozo de la figura patricia y del pensamiento sociológico de Julio César Salas.

4. *Etnografía de Venezuela* (Estados Mérida, Trujillo y Táchira). "Los aborígenes de la Cordillera de los Andes", Mérida, 1956.
5. *Civilización y barbarie*, p. 110.
6. *Tierra firme*, introducción.
7. *Lecciones de sociología*, p. 7.
8. *Lecciones de sociología*, p. 14.
9. *Civilización y barbarie*, pp. 52-53.
10. *Civilización y barbarie*, pp. 10-30.
11. *Ibid.*, pp. 11-12. Al poco sentido económico de los conquistadores y de los reyes y políticos españoles atribuye gran parte de esta situación; así como a la adopción de disposiciones que están en desacuerdo con el medio "por ser meras copias serviles de las instituciones europeas y norteamericanas, y es natural que tales trasplantes no arraiguen en países de suelo y clima tan diferentes" (*Ibid.*, p. 167).
12. "Para la creación de la verdadera prensa que necesitan los países hispanoamericanos, la cual educará intensamente al pueblo en sus derechos y deberes, transformará la política en algo serio y respetable y creará verdaderos partidos, es necesario que los elementos intelectuales, trabajadores y progresistas, ajenos hoy por indiferencia y abstencionismo propio o por separación de esos elementos por los militantes del país, concurren a tomar la debida participación en el organismo social". "La indiferencia no es sólo un crimen político, porque destruye el principio de la nacionalidad, sino que también es perfecta ignorancia de la conveniencia individual de cada uno" (*Ibid.*, p. 164).
En su valiente actitud, Salas cita repetidas veces la frase de San Agustín, "pues más males causa la lengua lisonjera que la espada del tirano".
13. *Ibid.*, p. 72.
14. Sobre la industrialización, son categóricas sus frases: "es precisa condición para el desarrollo económico de un país y para obtener su eficiencia productora, de acuerdo con los elementos naturales que posee, el desarrollo completo de la industria nacional, en vista de obtener, junto con su independencia política, la económica" (*Civilización y barbarie*, p. 59). Pero también es categórico liberal económico: "Dejar hacer, dejar pasar al productor de la riqueza nacional, apotegma que debe ser pauta de una verdadera administración de la sociedad en beneficio de todos los socios" (*Ibid.*, p. 188).
Critica las ordenanzas sobre braceros indios, "quienes pasaron al estado de bestias de alquiler y por tal causa mucho más maltratados que los esclavos africanos, como lo habían sido antes de ser encomendados... porque era propiedad que, al destruirse, mermaba la riqueza de sus dueños" (*Ibid.*, p. 69).
15. *Ibid.*, p. 155. "Es necesario entender que el pacifismo que recomendamos no debe confundirse con la pasividad imbécil del que paga sin reclamar sus derechos, pues aquél es la constante y firme protesta ante la invasión autoritaria y despótica del poder, el civismo que opone a la arbitrariedad la inercia amparada por la razón y la justicia" (p. 181). "El buen ciudadano no ataca al poder constituido cuando reclama firme y serenamente sus derechos y cumple sus deberes... Los enemigos del gobierno no serán, pues, los ciudadanos pacíficos y trabajadores que se opongan a malas medidas administrativas y políticas, sino los desocupados y holgazanes que aspiran por pereza a ocupar un puesto en la administración pública cuando no son hábiles para ganarse la vida honradamente; los personalistas a quienes les importa muy poco el consumo de riquezas y de vidas, siempre que se adueñen de los destinos del país, aunque sea por la fuerza; de estos últimos no podemos esperar nada, y sería verdadera tontería creer que hiciesen mejor gobierno que el existente, por malo que fuese" (p. 58).

16. *Ibid.*, p. 156.
17. *Ibid.*, p. 132.
18. *Lecciones de Sociología*, p. 50. En otro lugar dice: "Sin apartarnos de la teoría creacionista, que tan perfectamente explica las similitudes antropológicas, etnográficas, lingüísticas y religiosas de los precolombinos americanos entre sí, y que también explicaría cualquier afinidad que se hallase con las razas del mundo antiguo, en virtud del común origen de la humanidad, no sólo bajo el concepto bíblico, sino del griego, y de las más antiguas tradiciones de los hombres, en la India como en Egipto, entre los paganos y los católicos, se debe confesar el menguado criterio de los que no armonizan las religiones con las ciencias naturales". Menciona, a título de ejemplo, el diluvio universal, enorme cataclismo de la época cuaternaria (*Los indios caribes*, p. 173).
19. *Tierra firme*, p. 247.
20. *Ibid.*, p. 87.
21. *Ibid.*, pp. 70, 75, 99.
22. *Tierra firme*, p. 293.

13

CARACCIOLO PARRA LEON



El título de este artículo podrá tal vez considerarse impropio. Pero ésa fue la impresión que nos dejó la figura de aquel maestro en las aulas de la vieja Universidad, que iba a iniciar en 1936 su recorrido tumultuoso hacia una transformación estructural completa. He revisado no sólo mis recuerdos, matizados de afectividad, sino los de otros, de ideas diferentes a las suyas, que pasaron por las aulas donde él sacudía la inquietud intelectual de sus discípulos. En Caracciolo Parra encontramos lo que esperábamos de la Universidad: una luz, un estímulo, un acicate, una admonición y un ejemplo. De él recibimos amor por la figura de Don Andrés Bello. El nos dio la capacidad de reflexionar sobre la raíz de nuestra historia y de los valores culturales que forjaron nuestra nacionalidad. El artículo que aquí incluimos está hecho a base del discurso pronunciado en el Colegio de Abogados al colocar su retrato, pero hemos querido completarlo con una pequeña introducción biográfica.

En la Venezuela de la autocracia y las guerras civiles, la cárcel y el exilio —por dolorosos que fueran— eran hechos corrientes. En el exilio se encontraba su padre, el doctor Miguel Parra Picón, cuando nació Caracciolo Parra, el 6 de agosto de 1901, en la ciudad de Pamplona, Colombia. En los primeros años de su formación, disfrutó del ambiente de paz y sosiego de aquella ciudad y de la tradición humanística que las mejores generaciones del siglo pasado habían establecido en la hermana República.

Llegó a Mérida frizando los dieciocho años, y el Cardenal Quintero en su discurso de incorporación a la Academia de la Lengua acaba de describirnos con vivas pinceladas la inquietud intelectual de aquel mozo alto y rubio, a quien conoció porque solicitaba de su biblioteca libros para su consulta y a quien vio pronto convertirse en centro de una intensa actividad intelectual de la que formaban parte el propio entonces Presbítero Quintero, Mario Briceño-Iragorry, Roberto Picón Lares, Antonio Pulido Villafañe y otros valores de la provincia merideña.

Graduado en la ilustre Universidad de Los Andes, pasó a Caracas, donde contrajo matrimonio en 1926 con la dama merideña Josefina Aranguren Lares, en quien tuvo seis hijos. Sus primeras tareas las cumplió —como gozaba relatándolo— como corrector de pruebas en el diario *El Universal*, donde lo llevó el señor Werner Heuer Lares, primo hermano de su esposa. Fundó una pequeña imprenta con la cual calzó ediciones variadas, que unas veces llevaban el pie de *Parra León Hermanos, Editores*, y otras el de *Editorial Sur América*.

Entró a la Universidad Central de Venezuela, en la cual desempeñó la cátedra de Principios Generales del Derecho, en el primer año de Ciencias Políticas, y la de Derecho Español y Público Eclesiástico en el segundo; y como Vicerrector del Instituto acompañó la gestión rectoral de mi tío el doctor Plácido Daniel Rodríguez Rivero, con el doctor Numa Quevedo como Secretario. Dio un curso sobre Etica General y Aplicada en un año preuniversitario que, por vía de experimentación, se hizo de 1931 a 1932, y durante varios años fue profesor de Filosofía en el Liceo Andrés Bello de Caracas.

Ingresó a la Academia Nacional de la Historia en 1932, con un trabajo de incorporación que es una de las obras fundamentales para el conocimiento de la cultura venezolana en general: *La Instrucción en Caracas (1567-1725)*. El discurso de contestación estuvo a cargo del doctor Mario Briceño-Iragorrry. En 1933 ingresó a la Academia Venezolana de la Lengua con otra obra fundamental, intitulada *Filosofía Universitaria Venezolana (1788-1821)*. Contestó al recipiendario el doctor José Ramón Ayala.

Editó, entre otras obras fundamentales, los *Documentos del Archivo Universitario* y, con el título de *Analectas de Historia Patria* y con un prólogo verdaderamente antológico de ciento diez páginas, la Historia de Venezuela de Oviedo y Baños, la Historia de la Nueva Andalucía de Caulín, la Historia de la Población de Mérida y San Cristóbal por Fray Pedro de Aguado y las Décadas de la Historia de Mérida de don Tulio Febres Cordero. Así mismo, editó las Obras de Juan de Castellanos con otro prólogo de indiscutible valor, y los primeros tomos de la Relación General y Testimonio íntegro de la histórica visita del Obispo Mariano Martí a los pueblos de la Diócesis de Venezuela en el siglo XVIII.

Cuando el doctor Esteban Gil Borges ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1936, lo llevó a su lado para ocupar la Dirección de Política Internacional, en la cual preparó documentos de inmenso valor, entre ellos un informe sobre la Historia de las Relaciones Limítrofes entre Colombia y Venezuela, que fue la base de nuestros alegatos en el Congreso de 1941.

En la Séptima Conferencia Panamericana, celebrada en Lima, llevó la palabra ante la Estatua del Libertador y pronunció un discurso considerado como pieza maestra.

Fue siete años Vicerrector de la Universidad y del afecto de sus discípulos da fe el haber escogido después de su muerte su nombre para una promoción, precisamente aquella a que pertenece el autor.

Falleció el 11 de febrero de 1939, a los treinta y siete años de edad: dejó una obra y un impacto tan profundo en nuestra cultura, que sobre su tumba me atreví a decir que, de haber tenido larga vida, habría sido el Andrés Bello de la nueva Venezuela. A él, precisamente, debí la inspiración para escribir mi ensayo biográfico sobre Andrés Bello, presentado a la Academia Venezolana y galardonado con el premio "Andrés Bello" en 1935; por eso, a partir de la segunda edición, aparecida después de su muerte, consideré mi deber dedicarle la obra.

Dejó huella perdurable, y la rectitud de su conducta fue pareja con la profundidad de su ciencia. Como dijo René de Sola: "fue

un sabio. Pensamiento recto, íntegramente encaminado a la verdad y al bien. La palabra puesta siempre al servicio de nobles causas y para difundir la ciencia desde la Cátedra y en los hechos, caballero sin tacha, varón ilustre en el retiro del hogar y en el estadio de la vida cívica". Vaya hacia el maestro el renovado homenaje de mi afecto y de mi admiración por su labor docente, de la cual pretende ser un desmañado eco el discurso que aquí aparece.

*

Cuando, dos años hace, fue llevado al sepulcro el cuerpo exánime de Caracciolo Parra León, ¡qué imponente manifestación de duelo! Su muerte fue dolorosamente comentada por quienes conocieron su noble personalidad. A pesar del modesto ocultamiento de su vida, una muchedumbre reverente le acompañó a la tumba. En hombros de quienes fuimos amigos y discípulos hizo la última visita al Alma Mater, y con nosotros recorrió aquellos corredores, en cuya calma retumbaron muchas veces sus pasos, cuyo silencio fue sacudido muchas veces por el aliento apostólico de su palabra.

Lo que vino después fue la justicia. La consagración de su nombre en publicaciones de diversa índole. El lamento de su deceso y la ratificación de su valía por autorizadas corporaciones extranjeras. El unánime homenaje de sus discípulos, y señaladamente el de la organización estudiantil donde militaron los que compartían su ideario. La afirmación de su obra hasta en el hecho insólito de haber servido como tema, aparte del elogio ritual, en el discurso de incorporación de su sucesor en una de nuestras más autorizadas academias.

No es necesario ni oportuno seguir paso a paso la trayectoria del maestro para demostrar su intrínseca valía como razón del homenaje que nuestro Colegio de Abogados ha querido rendirle. Lo que fue Caracciolo, lo mucho que dio en sus cortos años, su recta e incomparable formación que prometía a nuestra cultura un aporte mayor de cuanto pudiera preverse, es una verdad reconocida por quienes trataron su persona, siguieron sus lecciones o leyeron sus libros. Bien deseaba yo, y acaricio el propósito de intentarlo algún día, escribir una semblanza del maestro. Pero hoy, ¿no podría preguntarse el porqué de rendirle tributo en el seno de esta Orden Profesional?, pues que su paso por los tribunales fue fugaz y su exigua actividad profesional fue pronto desplazada por su intenso ejercicio docente.

No habrá dejado de pasar por la mente de muchos esta interrogación. Y ya que en cierto modo podría justificarse preguntar

por qué precisamente un cuerpo de abogados había de señalar como uno de sus miembros ilustres a un titular que no ejerció la abogacía, será mi preocupación central en este Elogio poner de manifiesto: la profunda vinculación existente entre la trayectoria de Caracciolo Parra y la elevada función asignada a este Cuerpo como objetivo primordial de su existencia.

La moral del abogado y la Universidad

Aludió el actual Presidente de la Junta Administradora del Colegio en el acto de toma de posesión del presente año a la influencia de la Universidad en la formación ética del futuro abogado. Llena de valor es esa influencia de la vida universitaria y bien lo sabe nuestro Presidente, que a más de buen abogado y de buen Juez ha sido Catedrático de la Universidad.

La influencia del período estudiantil sobre el futuro ejercicio profesional ha sido puesta de relieve por el primer libro que aquí se ha publicado sobre la Moral del Abogado y de la Abogacía. Negarla, sería cerrar los ojos a la más grave realidad.

¡Cuántos vicios, de los que enferman la abogacía venezolana, germinan en carne de la Universidad! La formación moral del abogado empieza en los propios bancos de las aulas: empieza con la palabra y el ejemplo del maestro, como empiezan también con la enseñanza del abogado o del juez que en el tribunal o en el bufete inician la práctica del aprendiz.

Puro y risueño como la misma adolescencia, su tesoro, se acerca tímidamente a las primeras clases el estudiante de Derecho. Blanca su toga juvenil, ¡cuántas veces está hecha jirones al cambiarla por la toga viril del doctorado! ¡Cuántas veces en la propia cátedra escapan del profesor las frases maliciosas que corrompen los resortes morales y suplantán por el de un juego de astucia, el concepto de un ejercicio profesional que el estudiante imaginaba caballeresco magisterio! ¡Cuántas veces en los propios recintos destinados a administrar justicia o a invocarla, el pasante va iniciándose en los misterios de repugnantes transacciones: y, el asco primitivo relajado, su pudor profesional ya no existe cuando jura por Dios y por la Patria defender el Derecho!

Sí, la formación del abogado empieza en la Universidad. La influencia del maestro que sabe serlo y tiene estructura moral para infundir sanas ideas en sus discípulos, es piedra angular de todos los esfuerzos de higiene de nuestra profesión.

¡He ahí por qué el Colegio de Abogados, “asociación profesional disciplinaria encargada de cuidar el honor, la dignidad y el decoro de quienes ejercen la profesión del Derecho”, según su

definición legal, cumple una deuda de justicia y gratitud al honrar la memoria de un joven abogado que dedicó su vida al magisterio y dio sus más generosos esfuerzos a la tarea de infundir en sus discípulos un elevado concepto de la Moral y del Derecho!

El maestro

Allá, sería por 1929 cuando Caracciolo Parra franqueó el umbral de la Universidad. Era un joven apuesto, un tanto rubio; había un no sé qué de extraño en su figura; su trato era hosco y seco. Dentro de la Universidad se entregaba a la empresa de dominar el ambiente hostil que le rodeaba; fuera de la Universidad, iba abstraído en la lectura o en sus reflexiones. Al saludarlo, difícil era obtener de él algo más que una cortés respuesta, mientras descendía por su mano el peculiar sombrero de anchas alas; y para medir la natural bondad de su mirada era usualmente menester penetrar unas gafas oscuras que llevaba para proteger sus fatigados ojos.

No tardó en armarse gran revuelo en torno al joven profesor. Aquél no era uno de tantos. Era un hombre de personalidad peculiar y por ello el ambiente le señaló muy pronto. Objeto de ojerizas múltiples, las venció paso a paso su definida y firme voluntad y la palmaria afirmación de su valía. A su muerte, no tuvo ya enemigos. Sus opositores en las aulas fueron enfáticos en ponderar su capacidad profesoral y lo profundamente útil de su huella de maestro.

Caracciolo Parra, diez años escasos de magisterio en nuestra Escuela de Derecho, significó una revolución en la Universidad. Una revolución auténtica que partía de la más trascendental mutación de los conceptos de Universidad y de Cátedra. El enseñó, vivió e hizo vivir, un sentido universitario de la Universidad. Sin mengua de la brillante trayectoria de otros notables profesores, no es difícil aseverar que en los últimos tiempos, la que él realizó ha sido la única revolución auténticamente universitaria que ha vivido nuestra Universidad.

Para él no fue la cátedra simple oportunidad de explicar problemas, ni de hacer escuchar conferencias más o menos brillantes, a discípulos más o menos interesados en oírlas. Al contrario, logró inculcar en las generaciones estudiantiles que recibieron su enseñanza la idea de que seguir una carrera no es lo mismo que estudiar los programas de diversas materias, sino adquirir una formación intelectual y moral para darse después a una jornada militante de cultura y de patria.

Eso hizo Caracciolo Parra, el profesor, con las generaciones de futuros abogados que oyeron sus lecciones. Eso trató de despertar

también Caracciolo Parra, el Vicerrector, en los grupos estudiantiles con los cuales pudo ponerse en contacto, y con aquellos profesores que no querían ser sordos al llamado de la función social de la cátedra.

Una revolución universitaria

De 1936 acá, justo es recordarlo, ha habido múltiples intentos de reforma en la Universidad. Los estudiantes han sido, especialmente, heraldos de esa aspiración. Pero hasta ahora los pasos realizados no han ido a la médula misma del problema, o han desviado su cauce a la realización de una revolución política dentro de la Universidad, pero no precisamente a una revolución de la idea misma de Universidad.

La revolución universitaria de Caracciolo Parra no fue revolución política. Fue todo lo contrario. Difícil es concebir una actuación más apolítica dentro del Alma Mater, que la de Caracciolo. El intentó, y en parte realizó, una revolución —inconclusa y necesariamente incompleta— pero dentro del campo específico de la cultura. De la cultura como fenómeno social y nacional, pero desligado de la militancia de corrientes e intereses políticos.

Para Caracciolo Parra, la Universidad no era una entidad alejada de la vida real, encerrada en las fronteras de estéril teorismo. Para Caracciolo Parra, la Universidad no era la fábrica de profesionales desprovistos de ideal social y contenido humano. Para él, la Universidad era otra cosa. Era el centro preparador de los hombres que irían de una manera u otra a la dirección de los destinos públicos. Era la fragua donde debía forjarse el temple moral y cultural de la patria venezolana. Era el crisol donde debía fundirse lo más noble y útil de los anhelos colectivos.

De sus libros, los dos mejores, sus dos discursos de incorporación, fueron dedicados a anudar el hilo tantas veces roto de nuestra vida cultural. *La Instrucción en Caracas*, discurso de incorporación a la Academia de la Historia, precedida de una brillante introducción que es todo un programa revisorio del método histórico tradicional entre nosotros, sigue pacientemente los peninos de las letras caraqueñas en los siglos XVI y XVII. *La Filosofía Universitaria Venezolana*, discurso de incorporación a la Academia de la Lengua, demuestra el sólido progreso de la Universidad en la conjunción de los siglos XVII y XVIII, quizás no tan raudo como muchos imaginativos desearan, pero sí tan robusto que su fruto directo fue una República repleta en contenido jurídico y savia cultural.

En este último libro, a pesar de su carácter histórico, bien nutrida se desliza la visión que Caracciolo tuvo del porvenir de la Univer-

sidad. ¡Hay veces que cuando se hace historia, se dibuja un programa de acción! Su elogio del pasado era un llamamiento del presente. Oigase, si no, este robusto párrafo con que comienza aquella obra: "Nunca fue instituto hermético ni foco de retroceso la Real y Pontificia Universidad de Caracas. En todo momento extendió sus airosas antenas espirituales para recibir, con mayor o menor actualidad, el mensaje intelectual de la cultura europea; y adecuando al medio las intrépidas corrientes venidas de ultramar, fundiéndolas con la tradición y con el estado social, vigilante el poderoso espíritu de la raza, esforzose por presentar un cuerpo de doctrina, espejo de su ser, que puesto el firme pie sobre el pasado mirase de frente al porvenir y sintiese sin pestañear en pleno rostro el aire agitado de la renovación". Y óigasele después de recorrer paso a paso la vida de la Universidad en el lapso estudiado, después de deshacer muchos prejuicios y diafanizar muchas oscuridades, concluir con este desahogo emocional, rematado con sentida frase de Andrés Bello para su nodriza la Universidad: "¿Qué mayor y más definitiva consagración para ti, matrona insigne...? Brillante e intocada permanece tu diadema inmarcesible; y si en tu marcha por los siglos ha querido salpicarte, ingrato y audaz, el fango del camino, fue y será vano su siniestro empeño, porque te asiste la secreta virtualidad de la justicia, y ante el concierto de tus huestes jóvenes en orden de batalla, se mantendrá el esplendor de tu grandeza áurea, y las gotas de fango, en cuanto caigan sobre la albura de tu veste, se convertirán en gotas de rocío, 'nuestra anciana y venerable nodriza, nuestra vieja Universidad y Seminario de Santa Rosa'".

Norte y luz, fragua y sol

Si "anciana y venerable nodriza" llamó Bello a la vieja Universidad pontificia, de la Universidad Central de Venezuela quiso hacer Caracciolo Parra, fuerza nutricia del pensamiento patrio. No son mero elogio del pasado, no, las expresiones con que califica la Universidad: "Norte y luz de aquella generación que se alimentó dentro de ti, savia de la Patria, de 1788 a 1821; fragua en donde templaron el acero de su entendimiento tantos varones ilustrísimos; sol de nuestro viejo cielo intelectual". Esas frases traducían todo el programa de su acción universitaria; y en su empeño por la Escuela de Filosofía, fracasada por culpa de quienes habrían debido darle apoyo, y en el Vicerrectorado y en la Cátedra, entre esfuerzos que la muerte tronchó, trató primeramente de inculcar la aspiración de hacer nuevamente de la Universidad: norte y luz de las nuevas generaciones, fragua donde debían templar su acero los nuevos paladines de la Verdad y el Bien, sol que debía vencer su doloroso eclipse y brillar de nuevo

en nuestro cielo para indicar a la patria un definitivo enrum-bamiento.

Sería para nunca acabar, expresar el rico conjunto de matices que la acción universitaria de Caracciolo Parra señaló en el breve lapso de su vida. Pero quienes fueron discípulos suyos pueden dar fe del inmenso contenido moral que daba a su enseñanza. Ellos podrán testimoniar cómo en su clase respiraba uno un ambiente distinto. Cómo los prejuicios que contra él militaban en el fondo de muchos corazones, se iban poco a poco disipando al oír su palabra maciza y observar esa vida sin tacha. Ellos podrán recordar con cuánto fuego desarrollaba ante la ávida curiosidad del estudiante de los primeros cursos, el concepto del Derecho como una fuerza superior, intangible ante las embestidas de la fuerza. Ellos podrán repetir el entusiasmo con que exponía todas las tesis, aun las más contrarias a sus convicciones religiosas, cuando significaban reacción contra el positivismo agobiador del siglo XIX, para el cual todo Derecho estaba en la imposición muchas veces injusta de la ley escrita y en la coacción muchas veces tiránica del Estado opresor.

Ese vivo y noble sentido del Derecho, por el cual vuelven hoy todas las escuelas jurídicas y que tan urgente lanza su llamado en el campo de las contiendas internacionales, donde la fuerza militar atropella el derecho de los pueblos débiles; y aquella constante y reiterada prédica, de palabra y de obra, por la implantación de normas morales intachables en la conducta del futuro abogado, fueron una contribución invaluable a la causa de la Moral Profesional. Y si lo corto de su vida, tronchada en plena florecencia, privó a aquella labor de la mayor amplitud que habría tenido, su ruta de maestro quedó como un ejemplo vivo, que pide imitadores para bien de la patria y dignificación de los cultores del Derecho.

Bien está en esta institución el retrato de Caracciolo Parra. En este Colegio cuya índole, extraña en nuestro medio, reivindica la dualidad del espíritu humano al proclamar una disciplina de moral para el ejercicio de una disciplina científica. Esa dualidad, inteligencia y voluntad, refleja vivamente el humanismo de Caracciolo Parra, para quien la ciencia no debía existir sin la moral y cuya vida recta fue base y guía de sólida vocación intelectual. "Extirpar —expresa Caracciolo en su discurso de grado de doctor— la corriente de materialismo malsano que aún corre por el mundo; espiritualizar la ciencia y la existencia, poner en cada uno de nuestros actos un hermoso idealismo militante; he aquí los medios de que nos valdremos para asegurar la obra de la reconstrucción. A los que empezamos, nos habla principalmente este deber". Hermoso programa, lo supo cumplir. Y hoy, cuando todos los pueblos, angustiados por el avance arrollador de la bar-

barie, vuelven los ojos hacia Dios y se reivindican los fueros del espíritu, la figura del maestro venezolano de las últimas promociones universitarias cobra aún una personalidad más definida consagrándose como una encarnación de la verdad.

Ha sido motivo para mí de especial emoción, llevar la palabra en nombre del Colegio en este acto. En un emocionado ensayo de Mario Briceño-Iragorry he leído cómo al decretar el Colegio la colocación de este retrato se quiso que él desempeñara la función que ahora me ha tocado a mí. La ausencia de quien fue muchos años íntimo colaborador de Caracciolo Parra, la ha querido suplir el Colegio mediante uno de sus numerosos discípulos, no el más calificado, aunque tampoco el menos unido por el afecto a su memoria. Por aquellas vinculaciones afectivas, debo expresar mi gratitud a quienes espontáneamente me designaron para pronunciar este elogio. Más que un deber, me han conferido un honor y una satisfacción. Al contemplar la noble figura que perpetúa ese cuadro, al recordar una de las facetas más trascendentes de su vida, infinitas emociones y recuerdos se agolpan en mi alma, pugnando vivamente por salir y expandirse. Considerad lo arduo del esfuerzo que he debido hacer para recluirlos a fin de conservar este elogio en un terreno impersonal. Tomad en cuenta este hecho; considerad cómo he tenido que sofocar la emoción, que tiende a ahogarme haciéndome revivir el momento de decir al cadáver del maestro, ¡adiós!, en la última morada, y en gracia a tales circunstancias perdonad el deslucimiento de estas frases. Pero antes de retiraros de este recinto llevad al menos la convicción de un hecho, que bastaría para consagración del que tuvo como más honda aspiración ser maestro:

Caracciolo Parra vive en el corazón de sus discípulos; y su figura, sin comenzar a borrarse con el tiempo, deja cada día más recio su perfil como una aspiración de rectitud y de bien, como un modelo de pureza, como señor de lo que tiene que ser un ciudadano, en sí, para desarrollar en el trozo y forma que le toque del múltiple camino de la acción, una obra útil a la Patria.

14

JOSE MANUEL NUÑEZ PONTE



Tuvo el sitio académico que me ha asignado la Academia Venezolana de la Lengua el privilegio de ser ocupado por personalidades de talla imponente: Aníbal Domínici, Rafael Villavicencio, Lisandro Alvarado, José Manuel Núñez Ponte. Aunque hombres múltiples, rasgos sobresalientes los definieron en la vida intelectual de Venezuela. Jurista, el primero; científico, el segundo; historiador y sociólogo, el tercero; maestro, el cuarto; todos fueron señores del idioma y figuras de gran valor humano. Podría decirse que cualquiera de ellos es objeto obligado para quien estudie la historia del pensamiento en nuestra patria, porque brillan con luz inconfundible dentro de la cultura nacional.

El señor Domínici fue, en 1883, año centenario del nacimiento de Bolívar, uno de los fundadores de la Academia. Tenía cuarenta y seis años; como Ministro le correspondió refrendar el Decreto del "Ilustre Americano" por el cual se la creó. Descolló en la política, en la docencia y en el foro. Fue Rector de la Universidad Central; Ministro de Fomento y de Instrucción Pública; participó en primer plano en comisiones codificadoras y dejó el mejor exponente de sus conocimientos en su obra *Comentarios al Código Civil*, cuyos cuatro tomos servían de texto fundamental cuando hicimos nuestros estudios de Derecho. Esos comentarios —y otros que escribió sobre el Código de Comercio— constituyen hito de referencia en la bibliografía jurídica venezolana.

El doctor Rafael Villavicencio, filósofo, médico, antropólogo, naturalista y matemático, frisaba los sesenta años cuando fue llamado a ocupar el sillón de Domínici. Colaborador de Ernst en la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, creador de la cátedra de Historia Natural y del Museo Nacional, discípulo de Agustín Avelledo y maestro de Gil Fortoul, Alvarado y Razetti, encarnó una figura singular en nuestras letras. Razetti dijo que él era "de los rarísimos hombres que han tenido sillón de número en todas las Academias porque era sabio en todas las ciencias, en todas las letras y en todas las artes... sin que nunca le faltara la claridad de su verbo persuasivo, hecho para el lenguaje de apóstol". Una síntesis biográfica referente a Villavicencio, señala que "sostuvo siempre el saludable principio de que la doctrina

Entre los maestros de generaciones venezolanas del presente siglo, no cabe duda de que el doctor José Manuel Núñez Ponte tiene asignado un puesto de honor. Al mismo tiempo, se le recuerda en la Academia Venezolana de la Lengua, de la que fue muchos años Director, por su nobleza, por su bondad, por su asiduidad en el trabajo. Fue maestro de Rómulo Gallegos y esta sola mención representa mucho de cuanto de él pudiera decirse. Al autor le cupo el alto honor de sucederlo en el sillón que ocupaba en la Academia de la Lengua. En el acto de incorporación, fue muy grato cumplir el deber reglamentario de hacer el elogio del doctor Núñez Ponte, a través de las páginas que vienen de seguida.

evolucionista jamás puede ser contraria a los principios de la filosofía espiritualista”, nota que se hace muy actual en esta época en que tanto se estudia la evolución biológica en relación con el progreso humano. Fue Ministro del Gabinete Ejecutivo, Rector de la Universidad, Magistrado de la Corte Federal y de Casación, y además “periodista notable y escritor ágil y correcto”. Murió el 28 de agosto de 1920.

El 18 de noviembre siguiente fue elegido para sucederle su discípulo Lisandro Alvarado. Don Lisandro asombró también por la multiplicidad de su genio, pero podría decirse que fue, tal vez, el sabio que más se preocupó por penetrar la entraña popular venezolana. Ejerció la medicina andando por la llanura venezolana; sus peregrinaciones fueron un manantial de rico anecdotario; la singularidad de su vida sirvió a Gallegos para caracterizar un personaje de una de sus más célebres novelas. Traductor impecable del *De la Naturaleza de las Cosas*, historiador todavía insuperado de nuestra guerra federal, investigador de las neurosis de hombres célebres de Venezuela, cultor de las ciencias sociales, era en el campo de la filología un verdadero especialista del habla común de nuestras gentes. Su *Glosario del Bajo Español en Venezuela* revela un conocimiento profundo no sólo de las fuentes castizas del idioma, sino también de las maneras peculiares de expresarse, en la riqueza de sus modismos, el alma nacional.

Desde 1931, el sillón de Aníbal Domínici, de Villavicencio y Alvarado, fue ocupado por José Manuel Núñez Ponte. ¡Cuánto me place tener esta ocasión de testimoniarle al doctor Núñez Ponte mi admiración y mi devota amistad! ¡Cuánto me honra el venir a ocupar este asiento que iluminó su prístina figura de maestro! Porque él fue uno de los hombres más pulcros, más honorables, más honestos que han existido en Venezuela en todas las etapas de su historia. Olor de santidad tuvo su vida, como creyente, como esposo, como maestro, como hombre. Al final de sus días, enteramente consagrados al servicio del prójimo, una austera pobreza orlaba sus sienes venerandas (esa franciscana pobreza a que se refirió cuando dijo que “el amor sólo podía arder en su madero seco”). Y nadie, que yo sepa, pudo atreverse en un momento de ligereza o de maledicencia, a poner siquiera en leve duda la integridad de su fe y la rectitud de su conducta.

No sabe uno por dónde empezar, para enumerar los títulos del doctor Núñez Ponte a la gratitud de sus compatriotas; pero si tuviera que recoger en apretada síntesis la significación de aquel venezolano, nacido en Caracas el 5 de mayo de 1870 y muerto a los noventa y cinco años en esta misma ciudad, me inclinaría a hacerlo en esta trilogía: el maestro sin desfallecimiento, el creyente sin vacilaciones y el escritor sin tacha.

El magisterio fue la actividad central de su vida. Quizás pensó en sí mismo cuando en la biografía de Hernández recordó “la satisfacción con que el maestro hace de la profesión un sacerdocio, contempla el elevamiento de uno, de diez, de cien discípulos mientras él, *ignotus miles*, permanece en la tranquila pero noble penumbra de su posición y continúa impávido, sin desmayar, su tarea incomparable, generadora y ductriz de hombres”¹. Era una bella estampa su patriarcal figura, quizás prematuramente envejecida, en la antigua casona del Colegio Sucre de Caracas, plantel que dirigió por cincuenta y dos años y en el que había sido alumno de los maestros Jesús María Sifontes y Rosendo Noria. De labios de muchos discípulos suyos hemos oído el testimonio de lo que debían al maestro. Estudiante aún, ya enseñaba: dictó clases de Filosofía y Literatura en la Universidad de Valencia², y en su propio carácter de alumno prestaba servicios de naturaleza pedagógica³. Durante su estada en Valencia dio, además, lecciones en casas de familia y en el Colegio Peñalver: su Directora, la señorita María Isabel Pérez Mujica, fue después la compañera de su hogar y copartícipe de su largo magisterio⁴.

Entre la pléyade de sus discípulos cabría mencionar señaladamente a don Rómulo Gallegos, quien ha ocupado el más alto sitio en la vida política y literaria del país. “Yo tuve la fortuna —dijo una vez Gallegos— de ser discípulo suyo: me enseñó Literatura y Filosofía, como ya él lo ha dicho; y además me enseñó a enseñar”⁵. Esa condición de maestro del ilustre novelista y político hubo de resonar, por cierto en el año de 1947, en un incidente en que fui parte. La noble rectificación de Gallegos, de una imputación que me había lanzado en medio de la lucha política y que él mismo calificó de “ligereza inexcusable”, lo hizo salir a la palestra. En carta pública, inspirada por su pedagógica rectitud y su paradigmático amor por la justicia, Núñez Ponte se dirigió al discípulo comunicándole su complacencia por su insólito gesto de rectificación; no pudo menos de hacerlo en forma clásica, y con el uso de la frase paulina “*superabundio gaudio*” provocó jocosos comentarios, que vinieron a dar un toque inesperado a aquel agitado combate.

Sus alumnos llenaron muchas generaciones. El anciano y virtuoso sacerdote Monseñor Manuel A. Pacheco dijo de él: “fue mi maestro en Valencia, dirigió mis pasos hacia la Santa Capilla y me recomendó a aquella lumbrera del Episcopado Venezolano que se llamó Monseñor Juan Bautista Castro”⁶. Episodios enaltecedores se refieren sobre su apostolado. El doctor Atilano Carnevali atribuyó en cierta oportunidad a la educación que le impartiera Núñez Ponte el mérito de un gesto que lo enaltecía⁷. René De Sola proclamó su desprendimiento al recordar que, en medio de las dificultades económicas del Colegio, no quiso percibir ningún emo-

lumento si la familia de algunos estudiantes estaba en mala situación *. Científicos, filósofos, escritores, artistas, figuras de resaltante actuación en la política, la diplomacia o la economía, pasaron por sus manos. En esta misma Academia se sientan hombres ilustres que han proclamado con legítimo orgullo su filiación docente de aquel varón insigne. Con razón pudo el Padre Barnola llamarlo "maestro de maestros". El homenaje de gratitud que se le rindió al cumplir noventa años constituyó un brillante testimonio de su obra. Una de las más bellas muestras de su delicadeza de educador la he visto en una compilación manuscrita por él, de la antología preparada para unos "nietos espirituales", los hijos de uno de sus alumnos predilectos *. ¡Qué regalo más tierno! ¡Qué delicadeza en los detalles! ¡Cuánta sensibilidad en la elección de temas: religiosos, patrióticos, familiares y cívicos, humanos e instructivos!

Porque el doctor Núñez Ponte se esforzaba en educar: no se conformaba con sólo enseñar. Ya para 1908 insistía en la importancia de la formación, por encima de la mera instrucción. La armonía y unidad de los venezolanos para realizar la empresa común, a un siglo de la Independencia, decía él "no se obtendrá sino mediante la instrucción y educación del pueblo. Los pueblos son ni más ni menos que niños, y es preciso estudiarlos y conocerles el carácter para saber dirigirlos, canalizando sus buenas cualidades y haciéndoles desechas sus defectos". Y añadía: "los gobiernos están pues, obligados a distribuir a los pueblos el pan de la enseñanza y de la educación; y los pueblos, obligados así mismo a dejarse instruir y educar. La nación sabia y educada es una nación grande: su sociedad y su pueblo son su orgullo y su corona, sobresalen por el esplendor de la cultura, por la magnificencia de las virtudes, por la pureza e integridad de las costumbres. Esos son los pueblos que, si se extreman en el cumplimiento de sus deberes, saben también usar y defender sus inalienables derechos. . . La educación es la formación y elevación de las almas, es la obra por excelencia que las apercibe para todas las actividades y esferas de la vida. Y, sin embargo, entre nosotros nada se ha hecho para reconocerla y acreditarla como el primer remedio humano y sí mucho para desvirtuar sus máximas e insinuaciones redentoras. No vacilamos en decir que aquí está nuestra necesidad suprema: nos ha faltado ese filtro depurador de los espíritus; mientras no hayamos depositado y cultivado con esmero la semilla de la educación en el corazón del pueblo, nuestra tierra seguirá siendo campo de Agramante, sitio erial de banderías, terreno maldito que no puede producir, por más que con otras aguas se le riegue, los frutos sazonados de la justicia, del orden y de la libertad; mientras no hayamos amasado el alma popular con el fermento de la educación, la República no adquirirá consistencia ni fortaleza *para gobernarse por sí misma y mejorar*"¹⁰. Esa con-

cepción lo inspiró cuando presidió la Unión de Profesores y Maestros Venezolanos y cuando sostuvo que el Día del Maestro debía celebrarse en el natalicio de Don Andrés Bello.

Su preocupación por la formación humana se afincaba en una acendrada convicción religiosa. A sus creencias fue fiel hasta la muerte. Como Bello, encontró en la religión consuelo para soportar hondas penas. Buscó dejar en sus alumnos un fondo de creencia capaz de renacer, incluso, en los que tomaron otros caminos filosóficos. Para fortalecer la aceptación de los valores espirituales, muchos de sus mejores ensayos se dirigieron a exaltar figuras de santos y creyentes. Quizás sus trabajos filosóficos más importantes fueron los concernientes al Obispo de Hipona ¹¹; pero ya antes había presentado, a un pueblo devoto de sus excepcionales virtudes, la biografía más autorizada que tenemos del doctor José Gregorio Hernández ¹². Produjo sobre el *Poverello* de Asís un ensayo pleno de contenido y de ternura, ternura de místico, de creyente y de artista que exalta la alegría franciscana: "La alegría en la pobreza, la alegría en el trabajo y el sufrimiento, la alegría en las contradicciones y amarguras, la alegría en la humildad y en la penitencia. La alegría le es una oración y la oración un manantial de alegría" ¹³. Recogió en ordenada relación los hechos más notables de la Madre Isabel, fundadora de las Hermanas Franciscanas ¹⁴. Escribió con veneración afectuosa la biografía del Arzobispo Castro, esa robusta personalidad de la Iglesia venezolana, cuya secretaría ejerció cuando era apenas un adolescente ¹⁵. Rememoró al "óptimo prelado" Silvestre Guevara y Lira ¹⁶; hizo el elogio del Licenciado Agustín Avelado, cuya vida compendió "en este vocablo siempre sonoro, en este concepto jamás caduco, en este ideal fresco y de actualidad en todo tiempo: la Caridad" ¹⁷; demostró ferviente devoción eucarística y mariana, como genuino creyente hispanoamericano ¹⁸; y manifestó rotunda adhesión al pontificado romano como católico integral. Cuando el hoy Cardenal Fernando Cento promovió, como Nuncio en Caracas, unos certámenes para despertar en los estudiantes interés por la historia del Papado, en el Colegio Sucre halló el primero y más destacado concursante ¹⁹.

Ese cultivo de los valores religiosos coincide con una época adversa para la manifestación de la fe. De allí que a veces sus escritos tengan aspecto de defensa y con frecuencia adquieran sabor de admonición. Esto encontramos en el elogio a su predecesor en la Academia: recuerda los días en que él, Núñez Ponte, fue su alumno de Filosofía; apunta sus alusiones entusiastas de entonces a la filosofía agustiniana; añora el que "cuando el doctor Alvarado leía nuestra cátedra de Filosofía a que aludí al principio, era profundamente religioso —hasta oía la misa

embebido en su libro de oraciones—, dirigía nuestro pensar con familiar cariño y nos regalaba con sabrosísimas lecciones de lenguaje, incitándonos al estudio y aprecio de las humanidades clásicas”, y después de dolerse de que hubiera “cambiado en ideas”, hace largo elogio de sus dotes humanas, de sus eruditos conocimientos y de su pasión por el saber, para terminar con estas palabras: “sea perpetua paz a la memoria de aquel que viendo llegar su Obispo (Monseñor Granadillo, q.g.h.) a su lecho de enfermo, solicitado por una humilde emoción prorrumpió: *unde hoc mihi? . . . non sum dignus*”²⁰.

Su posición de divulgador y defensor del pensamiento católico le mereció honrosa condecoración vaticana, y explica el que durante algunos años, al servicio de su credo, hubiera ocupado la dirección del Decano de la prensa nacional, el diario católico *La Religión*.

Su misma vocación de maestro le hizo destacar con fines de ejemplaridad las figuras de los personajes más importantes de nuestra historia y suscitar interés por los grandes objetivos nacionales. Una de sus primeras y más interesantes publicaciones, hechas en la transición de 1908, tuvo el ánimo de preparar el espíritu de las nuevas generaciones hacia la conquista de un mejor destino, con ocasión del centenario de nuestra Independencia²¹. Dio numerosas pruebas de su acendrada devoción por Bolívar²². En 1930 promovió, en el Colegio que dirigía, un digno homenaje a Sucre, con motivo del centenario de su muerte²³, y fue el primero en celebrar en Venezuela una semana de Bello²⁴.

Entre las otras figuras de nuestro siglo XIX que puso especial empeño en exaltar, de las cuales debemos recordar también a Rafael María Baralt²⁵, se destaca la de Cecilio Acosta, a quien hizo rendir homenaje en el Colegio Sucre, tanto en el centenario de su nacimiento, el 3 de febrero de 1918, como en el cincuentenario de su muerte, en julio de 1931. Con singular acierto el maestro Núñez Ponte, al destacar los méritos de Acosta, para arengar a los jóvenes, incitándolos a trabajar y a aprovechar la “odre clásica para depositar en ella el mosto nuevo”, hizo un parangón, sugerido por la similitud de fechas, entre Don Cecilio, “una de las más limpias amables figuras de letrado, noble también, modesto y valeroso, leal a toda prueba a la causa del honor y la verdad, alma plena de amor y de pureza, airoso paladín de Minerva, adorador galante de las musas” y el Abel de Colombia, “aquel varón ilustre y bizarro, encarnación de la pureza y la modestia entre los próceres, siempre adicto al honor y a la lealtad, valiente y noble siempre, encendido en amor y dulce de clemencia, y cuya gallarda prestancia le señaló en toda coyuntura como diestro estadista y el más gentil caballero de

Belona". "Permitidme decirlo, señores", exclamó: "¡Acosta es el Sucre de nuestras letras!"²⁶.

Su pluma estuvo presta y su palabra se mantuvo fluida a lo largo de su dilatada existencia. Aprovechó los temas de la cultura, del patriotismo y del bien para su perenne interés pedagógico. Fue prologuista de importantes libros²⁷. Entre las importantes compilaciones que hizo y prologó, deben citarse la antología intitulada *Venezuela literaria a Cervantes*²⁸ y el volumen de *Páginas Perdurables* del poeta y sacerdote Carlos Borges²⁹. En el periodismo, no sólo hay que acreditarle la dirección del diario *La Religión*, ejercida durante algunos años, sino también la de algunas revistas³⁰. Arduo sería incluir en este elogio una presentación y menos una exégesis, de las numerosas publicaciones, folletos y opúsculos, fruto de mi predecesor. Pero no puedo dejar de mencionar dos importantes producciones suyas. Una, el ensayo, de trascendencia histórica, acerca de la abolición de la esclavitud, presentado en un certamen que promovió el doctor Alejo Zuloaga, Rector de la Universidad de Valencia, instituto en que recibió el Doctorado en Ciencias Políticas en noviembre de 1897 y del que, creado de nuevo, se le hizo Doctor Honoris Causa en mayo de 1960. Ese estudio, del cual ya van tres ediciones³¹, fue laureado con todos los honores y realzado con el Premio del Año de la Academia de la Lengua en la fecha de su presentación: lo caracteriza el profundo humanismo de quien sabe que el pivote de todo orden social legítimo es el respeto a la dignidad de la persona. Otra, su disertación sobre la *Importancia Cultural del Castellano*, discurso de recepción en esta Academia Venezolana de la Lengua³², que al decir de Gil Borges era "una oración plena de altos pensamientos y belleza de estilo", "consagratoria de su reputación como pensador y como uno de los oradores más castizos y elocuentes de nuestra patria".

La vida de Núñez Ponte, fue por todos conceptos ejemplar. "Es un cristal sin manchas tu conciencia", le dijo en inspirado soneto Jorge Schmidke; y en un emocionado poema, Hugolino Hernández le llamó "en las jornadas de la vida diestro, en las negruras de la noche guía". Al morir, casi centenario, dejó una obra de impresionantes proporciones. Ocupar el lugar que él llenó es exultante, aunque sobrecoge saberse en la imposibilidad de suplirlo. Aquel hombre significó mucho, de manera especial, para la Academia de la Lengua. No fue un individuo de número más; durante varios años era el hombre-Academia. Fue su director durante veintitrés años, desde 1941 hasta 1964; pronunció los discursos de contestación al incorporarse ilustres individuos de número, como Mario Briceño Iragorri³³, Monseñor Nicolás Eugenio Navarro³⁴, el doctor Jesús Rafael Rísquez³⁵ y nuestro

Director actual, el Presbítero Pedro Pablo Barnola³⁶. De tal modo se identificó con esta institución que cuando, agobiado por la edad, los quebrantos y los padecimientos, dispuso dejar su dirección, fue designado Director Honorario, distinción que se le mantuvo hasta su muerte. El día 16 de junio de 1965, al bajar a la tumba, se cerraba una etapa en la vida de la Academia. El nombre de José Manuel Núñez Ponte será siempre uno de los relevantes en la lista preclara de sus altos valores.

NOTAS

1. *Estudio crítico-biográfico sobre el Dr. José Gregorio Hernández*, 2ª edición, pp. 22-23.
2. *Homenaje de Agradecimiento y Afecto al Dr. J. M. Núñez Ponte en sus Noventa Años*. Caracas, Imprenta del Ministerio de Educación, 1960, pp. 67, 104.
3. "El discípulo es quien redacta las lecciones de sus profesores, quien se encarga de sacar de los textos de consulta los ejemplos necesarios a las explicaciones de las clases. Así, por ejemplo, al emprender Tejera la preparación de sus Manuales de Literatura e Historia de la Literatura Española tiene un eficiente colaborador en aquel alumno". *Justicia al Maestro*, artículo por el Dr. René De Sola, en *El Universal*, Caracas, 4 de junio de 1938.
4. "La generosa hospitalidad y halagadores augurios con que me encariñaba tan gentilmente la gran mayoría de la sociedad valenciana, discurrían solidarizándose merced a las loas de algunas excelentes familias que iban comprometiéndose a clases en sus hogares, y a la vez, a las que hube de desempeñar en el entonces ya afamado 'Colegio Peñalver', instituto al cual pude considerar desde luego nido de amor, pues dependió de él que años más adelante, colmada mi esperanza, fundase el hogar propio en compañía de la discretísima, piadosa y sabia Directora, señorita María Isabel Pérez Mujica, discípula que había sido de aquella otra ilustre pedagoga, aquí tan conocida y aplaudida, señorita Mercedes Limardo, y quien me ayudó luego en mi prolongado laborio educativo del Colegio Sucre, siendo reconocida por la generalidad de mis alumnos que, agradecidos a la inteligente cooperación de ella, de manera espontánea no vacilaron confirmarle el glorioso título y nobilísimo renombre de Maestra" (Discurso del Dr. Núñez Ponte al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Carabobo, en Valencia, el 21 de mayo de 1960. *Homenaje*, cit., p. 68).
5. *Homenaje*, cit., p. 7
6. *Homenaje*, p. 15.
7. Según tradición oral del propio Dr. Núñez Ponte, relatada a su discípulo Andrés Hermoso Ibarra.
8. *Homenaje*, pp. 11-12.
9. Es un verdadero tesoro ese libro, escrito todo de su puño y letra, para darlo como obsequio de navidad a los hijos de su discípulo Hugolino Hernández.
10. Núñez Ponte, *A través de un siglo* (1908). Caracas. Tipografía Americana, 1946, pp. 32-33.
11. V. *La juventud de San Agustín y la juventud moderna*, conferencia en ocasión del XV Centenario de la muerte del santo, Caracas, 1930; y *San Agustín, faro gigante de la cultura*, Edime, Caracas-Madrid, 1956 (61 páginas). Promovió también un homenaje a Balmes, en el Centenario de su nacimiento. (V. Colegio Sucre, *Homenaje a Balmes*, Emp. El Cojo, Caracas, 1911).
12. *Estudio crítico-biográfico del Dr. José Gregorio Hernández*. Caracas, Tip. Vargas, 1924; 2ª edición, 1944; 3ª edición, 1958.
13. *San Francisco de Asís, Patrono Universal de la Acción Católica*. Caracas. Editorial Venezuela, 1945; 2ª edición: Buenos Aires, Ediciones Pax et Bonum, 1945; 3ª edición: Caracas, Imprenta Nacional, 1952. El párrafo citado en el texto está en la p. 4 de la 3ª edición.

14. *Homenaje de cariño a la venerada memoria de la Madre Isabel, Fundadora de la Congregación de las Hermanas Franciscanas del Corazón de Jesús* (1890-1940), Caracas, 1940.
15. *Un gran carácter*. Tributo a la memoria del Ilmo. Sr. Dr. Juan Bautista Castro en el primer aniversario de su muerte. Caracas, Emp. El Cojo, 1916. *Nuestro Gran Apóstol*. Biografía de Monseñor Juan Bautista Castro. Caracas, Editorial Bolívar, 1936. *A la memoria del Arzobispo Castro*, Tipografía La Nación, Caracas, 1947. El dato sobre el ejercicio de la secretaría de Monseñor Castro por el Dr. Núñez Ponte puede verse en su discurso al recibir el doctorado honorario en la Universidad Católica Andrés Bello, 29 de noviembre de 1960. *Homenaje*, cit., p. 105.
16. *Nuestro óptimo prelado, Guevara y Lira*. Caracas, Imp. de la Religión, 1895.
17. Discurso en el Asilo de Huérfanos, el 24 de julio de 1930 (revista *Génesis*, año II, Nº 5, Caracas, agosto de 1930).
18. *Discurso* como Secretario General del Congreso Eucarístico Internacional, primero de la América Española, en la última asamblea pública, el 31 de diciembre de 1907. Caracas, Imp. Nacional, 1908. *La Religión y el patriotismo*, discurso en la sesión de clausura del Congreso Mariano de Valencia. Caracas, Emp. El Cojo, 1910. *Cuarto Centenario de la Fundación de Coro*, reseña de las actividades del Congreso Mariano. Caracas, Tip. Vargas, 1928. *María, el mejor lazo de unión*, Tercer Congreso Mariano Nacional y coronación de la Virgen de Chiquinquirá. Maracaibo, 1942.
19. *Discursos* del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Fernando Cento, y del Dr. J. M. Núñez Ponte, el 9 de octubre de 1927, en el Templo de La Merced. Caracas, Tip. Americana, 1927. *Homenaje de Venezuela en el X Aniversario de la Coronación de S. S. Pío XI*. Caracas, Edit. Sur-América, 1932. *El Papado, administrador fiel y dispensador celoso de los beneficios de la Redención* (trabajo premiado) en "Homenaje de Amor y veneración tributado por Venezuela Católica al Sumo Pontífice Pío XI en el XII Aniversario de su coronación". Quinto Concurso de la Nunciatura promovido por S. E. Mons. Fernando Cento. Editorial Venezuela. Caracas, 1934, pp. 24-42. *El brillante disco de los Píos*. Caracas, Escuelas Gráficas Salesianas, 1943.
20. *Importancia cultural del castellano*, discurso de recepción en la Academia, 3ª edición, Caracas, Tip. Central, 1937, pp. 37-39.
21. *A través de un siglo*, cit.
22. V. p. ej.: *Ofrenda a la Patria*, Caracas, Tip. Americana, 1911. *El ideal pedagógico del Libertador* discurso en la clausura del Congreso Bolivariano. Caracas, 1940. *Discurso en el Centenario del Traslado de los Restos del Libertador*, Caracas, Tip. Lit. Offset, 1942. *El amor, base de la obra de Bolívar*, palabras radio-difundidas el 3 de diciembre de 1952. Cromotip, Caracas. *El Sol de América en su ocaso*, disertación en la Sociedad Bolivariana el 17 de diciembre de 1952, Caracas, Imprenta Nacional, 1953, publicación de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.
23. *En Honor de Sucre*, Homenaje del Colegio Sucre de Caracas, Edit. Guttenberg, 1930.
24. *V. Memoria de la Semana de Bello* ofrenda del Colegio Sucre para el año CL del nacimiento de Andrés Bello, Emp. Guttenberg, Caracas, 1931, 82 p. Entre otros trabajos suyos sobre Bello no debe olvidarse su importante *Discurso* en la Junta Pública de la Academia celebrada para coronar el certamen promovido con ocasión del Centenario de la Gramática Edit. Bolívar, 1947. V. igualmente: *Andrés Bello: Maestro del Idioma*, artículo en *El Universal*, Caracas, 10 de junio de 1931.
25. *Rafael María Baralt: celador diligente de los tesoros y ritualidad de la lengua*, Caracas, Tip. Vargas, 1958.
26. *Conferencia en el acto celebrado por el Colegio Sucre con ocasión del Centenario de Don Cecilio Acosta* (8 de febrero de 1918), Caracas, Tip. Vargas, 1920. V. Igualmente su prólogo a la obra de Virgilio Tosta, *Unidad del pensamiento de Don Cecilio Acosta a través de sus cartas*, Avila Gráfica, Caracas, 1951.
27. Entre ellos, la *Gramática y Diccionario de la Lengua Pemón*, por el P. Cesáreo de Armellada, Caracas, Artes Gráficas, 1943-1944; los *Estudios Crítico-Literarios* del P. Pedro P. Barnola, Ed. Cecilio Acosta, Caracas, Impresores Unidos, 1945; y *El Educador de Hoy frente a los Problemas Sociales*, por el Hermano Pedro Bertín, Caracas, Librería Escolar, 1951.

28. *Venezuela literaria a Cervantes*. Recopilación hecha por el Dr. J. M. Núñez Ponte, Director de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española. Caracas, Tip. La Nación, 1948.
29. *Carlos Borges - Páginas Perdurables*. Compilación y prefacio del Dr. J. M. Núñez Ponte, Director de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, Caracas, 1955.
30. Dirigió entre los años 1935 y 1943 la revista *Cultura Venezolana*, publicación que fundara el Dr. José A. Tagliaferro, aunque el nombre se cambió por el de *Cultura Nacional* (Información de su discípulo y colaborador J. A. García Osés). En el Boletín de la Academia de la Lengua hay, también, abundante material suyo y está patente su mano guiadora.
31. *Ensayo histórico de la esclavitud y su abolición en Venezuela* (laureado en el certamen que promovió el señor Dr. Alejo Zuloaga, Rector de la Universidad de Valencia, con ocasión del centenario del General José Gregorio Monagas). Valencia, Tip. Chambon, 1895. 2ª edición: Caracas, Emp. El Cojo, 1911. 3ª edición: Caracas Emp. El Cojo, 1954.
32. *Importancia cultural del castellano*. Discurso de recepción en la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española (Sesión del 21 de julio de 1931). Caracas, Tip. Universal, 1931. (3ª edición: Caracas, Tip. Central 1937). Además de los ensayos y textos citados, sin pretender una bibliografía completa del Dr. Núñez Ponte, convendría no olvidar:
La escasez de hombres y la decadencia de Venezuela. Conferencia en el Liceo Sucre, el 19 de abril de 1909. Caracas, Imp. El Cojo, 1909.
Exposición presentada por el Dr. J. Núñez Ponte, Director del Colegio Sucre, al ciudadano Ministro de Instrucción Pública. Caracas, Tip. Americana, 1909.
Dante, divulgador de conocimientos. Conferencia leída por el Dr. J. M. Núñez Ponte, Secretario del Comité del VI Centenario de Dante en Caracas, el 14 de septiembre de 1921, en la Sala Social del Diario *La Religión*, Caracas, Imp. Bolívar, 1921.
Lección sobre el QUE. Caracas, Tip. Americana, 1950.
33. *Discursos* leídos en la recepción del Dr. Mario Briceño Irigorry, Academia Venezolana Correspondiente de la Española. Caracas, Parra León Hermanos Editores, 1932.
34. *Discursos* leídos en la Academia Venezolana Correspondiente de la Española, en la recepción pública del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Don Nicolás E. Navarro, 8 de noviembre de 1939. Caracas, Editorial Taller de Artes Gráficas, 1933.
35. *Discursos* leídos en la recepción del Sr. Dr. Jesús Rafael Rísquez. Caracas, Tip. Americana, 1942.
36. *Discursos* leídos en la recepción del R. P. Pedro P. Barnola. Caracas, Tip. Americana, 1952.

15

TOMAS LISCANO



Tenía el autor dos años cuando murió su madre, Rosa Sofía Rodríguez Rivero de Caldera. El joven viudo, doctor Rafael Caldera Izaguirre, quiso mantenerlo a su lado y lo intentó durante dos años, al cabo de los cuales se convenció de que para que el hijo tuviera un hogar tenía que renunciar al suyo propio. Desde entonces pasó al cuidado de sus tíos y padrinos, el doctor Tomás Liscano y María Eva Rodríguez Rivero de Liscano, cuyos solícitos cuidados fueron todos para su formación. Electo Académico de Ciencias Políticas y Sociales en 1945, no se había incorporado aún a la muerte del padre adoptivo y la Academia tuvo la gentileza de adjudicarle el sillón que aquél tenía, lo que justificó que, en virtud de un precepto reglamentario, su discurso de incorporación comenzara por el elogio del académico a quien sustituía. El doctor Tomás Liscano nació en Quíbor, Estado Lara, el 27 de agosto de 1885, y murió en Caracas el 10 de marzo de 1951.

Si una costumbre justiciera impone y un elemental sentido de reconocimiento exige que las primeras palabras de todo Académico sean para dar gracias a la Ilustre Corporación que lo recibe, en mi caso el deber de gratitud excede cuanto pudiera decir. No hay fórmula que baste, por elocuente que ella fuere, para expresar cuánto debo a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, que me acepta en su seno, con tan escasos méritos, casi al comienzo de una carrera que bien colmada habría estado con lograr como término —al cabo de los años— esta honrosa consagración. Pero me corresponde proclamar, señores Académicos —y lo generoso de vuestra acción sobrepasa, con sólo mencionarlo, todo el énfasis que pudiera darle mi palabra—, que no queriendo agotar vuestra benevolencia en el hecho de la elección, la habéis excedido al asignarme, para sentarme entre vosotros, el sillón que hasta ayer ocupara el hombre a quien debo más en mi vida: el padre amante, el maestro de todos los días, el compañero de todas las horas, el amigo en quien se depositan las más recónditas congojas y de quien se recibe el don invaluable del consejo, de la comprensión y del consuelo.

No habéis tenido a menos elegirme para acompañaros en vuestra mesa de ciencia, en la que nada vengo a daros, ya que no es a enseñar sino a aprender a lo que vengo a esta Corporación. Sobrado motivo habría con ello para que mi gratitud quedara empeñada irrevocablemente con vosotros.

Habéis tenido paciencia para disimular mi tardanza en incorporarme, debida a circunstancias que no estaba en mi mano dominar y al deseo —que no pude lograr todavía— de presentar un trabajo acabado, digno de la significación de este Instituto. Esa bondadosa paciencia ha aumentado el motivo de mi agradecimiento.

Pero habéis ido más allá de todo límite y me habéis obligado por encima de toda medida, al acceder a que el sillón que ocupe en la Academia sea el del doctor Tomás Liscano. Permitís con ello que un motivo del más puro afecto se vincule para siempre al honor inmenso de este acto. Y me ofrecéis una impar oportunidad para expresar, con el elogio que como académico debo hacer

de mi predecesor, la pública proclamación de sus méritos —que vínculos familiares me habrían obligado a callar— y volver paladina la íntima asociación de mi vida y de lo que pueda llegar a ser mi obra (esto es, el saldo que aspira a dejar un ser humano en la memoria de los otros) con la de quien me tomó de la mano desde niño, me guió con solicitud inefable y me comprometió con su ejemplo y con su estímulo a seguir el camino del deber.

Permitidme pues que, sin olvidar que fui su hijo —su hijo por el afecto, por el espíritu y por la voluntad de Dios—, empiece mis funciones de académico cumpliendo el deber de recordar la vida y la obra del académico Tomás Liscano, cuyo ejemplo brilla con relieves innegables por sobre su modestia personal.

★

Mi predecesor en la Academia se hizo golpe de voluntad en el taller del propio esfuerzo, pero no para caer en la pedantería de ignorar que la voluntad humana nada puede sin el auxilio de la Providencia. Se abrió un camino, pero no para lanzarse por él al desenfreno, sino para mantener como brújula perenne la moral. Venció obstáculos, pero llegado el momento de verificar que tenía a su alcance la elección de ruta, no buscó como meta el medro personal sino el decoro. Y así, cuando tuvo la satisfacción de sentir que estaba en su mano escoger, escogió: en vez de la ventaja propia, el honor y la paz de la conciencia; en lugar de riquezas, el amor por la ciencia jurídica.

Fue, en verdad, un enamorado del Derecho. El, que llegó a desempeñar altas magistraturas, tuvo siempre como su galardón más estimado la incorporación a esta Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Nadie podría vencerlo en su afecto por ella. En su vida era uno como centro religioso donde, al officiar sin fatiga, encontraba su espíritu la mejor expansión.

Vino de la provincia el bachiller Tomás Liscano a empezar sus estudios universitarios. De la provincia venezolana, entonces sometida a la lejanía de una vialidad inexistente, hoy acercada pero ignorada todavía. No se sustrajo a la ley ecológica de buscar en la metrópoli nacional un centro más intenso de formación y acción. Poco tiempo pudo durar este primer acercamiento, ya que la fuerza de las cosas lo empujó de nuevo al interior para encararse con la vida. Largos años transcurrirían aún. Titánico sería su esfuerzo por volver, cabeza de familia, a coronar con fresco y bien ganado lauro doctoral su frente, ya madura. Pero había de regresar una vez más a la provincia, escuela de experiencia imborrable. De modo que fue fruto de renovada lucha y recia voluntad volver a la metrópoli, hacerse dignamente un puesto en ella, ganar limpio nombre de abogado en el ejercicio

profesional, actuar por mérito propio en el primer plano de la vida jurídica y desempeñar, con nombre ya forjado, altas funciones en los poderes públicos.

La voz de la provincia

Para quien no conozca la provincia, para quien no tenga idea de lo que ha sido a través de hombres ilustres y de momentos de esplendor, para quien ignore cómo en la vida de la Patria ella ha marcado, en medio de dolores, indelebles signos de valor, decir que de allá vino puede casi sonar como si se dijera que desde la barbarie acudía en pos de algo de civilización. Sería injusta y apresurada tal idea. Liscano vino, sí, de la provincia. Pero en la provincia había hogares para el pensamiento y ejemplos para la conducta. Trajo de allá una base, sin la cual no habría podido ganar, aun con su perseverante estudio, una dilatada cultura.

Como piedra angular se perfila, en los cimientos de su formación, una figura venerable. Se trata de alguien cuyo nombre pronuncia con respeto todo aquel que haya estado vinculado en el primer cuarto de este siglo a la vida del occidente venezolano: monseñor Alvarado, insigne obispo de Barquisimeto, cerebro claro y voluntad de acero, corazón de incansable apostolado, varón de recia santidad, verdadero padre de todos los larenses, yaracuyanos, falconianos y portugueses que formaron su grey, Aguedo Felipe Alvarado lo fue en grado eminente para con los retoños de las distintas ramas de la familia Liscano, familia de ilustres maestros como Mateo Liscano Torres y de honorables hombres de acción como don Carlos.

Monseñor Alvarado, el mismo que había sido cura de Quíbor cuando Luis Razetti comenzaba allí a ejercer su profesión de médico, el mismo que arrancó de labios del bondadoso incrédulo los más encendidos testimonios de admiración y respeto personal¹, fue el primer forjador de su vida. Bajo su amparo comenzó a levantarse el huérfano Tomás Liscano, como antes comenzó y no sin éxito a forjarse en manos del obispo la de su primo Juan, terminada prematuramente mas no sin dejar prenda de su cultura jurídica y de su talento de escritor.

Fueron del obispo Alvarado los más humanos y orientadores consejos. Fueron de aquél los recuerdos más hondamente grabados en su alma. El fue, sin duda, quien le inculcara una fe y un sentimiento religioso profundo que perduraría a través de las aulas: del Colegio, de la Universidad y de la dura lucha cotidiana. El le dio las primeras nociones humanistas, durante el

tiempo que lo tuvo a su lado, cuando alentaba la esperanza de hacerlo sacerdote; le administró la más saludable enseñanza al orientarle a la vida civil cuando manifestó no estar bien seguro de su vocación para el altar; le puso bajo la tuición del férreo varón tocuyano presbítero José Cupertino Crespo y le abrió indirectamente la puerta de un contacto fecundo con don Egidio Montesinos y con Pepe Coloma.

De Egidio Montesinos, el maestro ilustre del Colegio de "La Concordia", fue Liscano uno de sus últimos discípulos. Perteneció a una de las promociones finales del famoso Colegio² y de labios del maestro recibió, no sólo la enseñanza profunda, sino la relación emocionada que hacía de sus mejores años, cuando pasaron por sus manos de educador los hombres más ilustres de Lara: un Ezequiel Bujanda, un Ramón Pompilio Oropeza, un Lisandro Alvarado y un discípulo por quien parecía haber tenido debilidad especial, José Gil Fortoul.

De Pepe Coloma, el gran latinista que esplendía desde el modesto curato quiboreño que monseñor Alvarado había honrado con su ministerio, obtuvo inolvidables conocimientos, a través de largas pláticas en la suave quietud de la aldea. La memoria del padre Eduardo Antonio Alvarez³, que cubierta quedó en la historia de las letras larenses con la fama de su seudónimo de Pepe Coloma, fue de las últimas que Tomás Liscano tuvo consigo cuando con espíritu entero y convicción cristiana esperaba la muerte. Había comenzado a recoger sus trabajos con deseo de ofrecerlos a su región nativa en la ocasión del cuarto centenario de Barquisimeto.

Terminó Liscano sus estudios de Bachillerato en "La Concordia" y en agosto de 1910, con sus compañeros de curso del famoso plantel, rindió exámenes por ante el Colegio Federal de Barquisimeto. Su tesis filosófica había versado sobre la existencia del libre albedrío, como si presintiera la jornada de su vida, que habría de ser un canto heroico a la fuerza de la voluntad. Vino a Caracas a iniciar sus estudios universitarios, y en 1912 el cierre de la Universidad le obligó a retornar a la provincia. Era inútil pensar por entonces en continuar la carrera universitaria.

La vida se le presentaba en toda su áspera exigencia. La provincia habría de ser el aula de sus estudios más intensos, los que le enseñaron a conocer mejor el hombre y el medio. Sirvió en la política de entonces. No lo ocultó ni lo negó más tarde. Estuvo al lado de hombres de interesante trayectoria, cuyas condiciones personales dejaron balance positivo en el juicio de la opinión pública, a pesar de las circunstancias adversas en que les tocó formarse y actuar. En efecto, casi toda su actuación política de entonces se desarrolló al lado de los generales Bartolo Yépez,

primero, y Juan Victoriano Giménez, después. Colaboró con ellos y tuvo en elevado aprecio su amistad. Figuras casi legendarias por el valor y la prestancia, fueron relieves propios de su tierra larense, tan amada por el doctor Liscano, y de su segunda tierra, el Yaracuy, donde echó raíces de afecto y formó hogar. Para ellos mantuvo en todo tiempo sincera amistad y de ellos recibió después quien había sido, cuando muchacho, subalterno, el testimonio de afectuoso respeto. Desempeñó con entera lealtad las funciones que se le confiaron; y ahora, a su fallecimiento, pudo medirse el aprecio de que gozó en aquellos pueblos donde esa época le tocó servir.

Pero no había perdido la aspiración de ejercer el Derecho. En 1922 le tenemos, ya jefe de un hogar, metido con ímpetu ejemplar en las aulas recién reabiertas de la Universidad. Coronó sus estudios con calificación de sobresaliente y obtuvo el título de doctor en ciencias políticas el 31 de enero de 1925. Jamás podrá borrarse del recuerdo de mis días infantiles el cuadro deslumbrante del paraninfo universitario en el día de su grado. La majestuosa sala, presente por primera vez ante mis ojos, vibró con la elocuente oración del graduado, emocionado canto a la Universidad y amoroso tributo a su abnegada esposa, compañera inseparable de su vida ¹.

Circunstancias familiares contribuyeron a empujarlo al interior, en sus primeros esfuerzos de ajetreo profesional. Era un nuevo mandato de Dios el que su vida acabara de madurar en la provincia, en el recorrido incesante de los caminos de la patria. Para 1929, por fin, el doctor Liscano puede abrirse paso definitivamente hacia Caracas. Es ya un hombre completo. Es un abogado que ha sabido luchar con éxito en el campo profesional. Es un valor firme, dispuesto a dar su esfuerzo en la obra mancomunada que reclama la patria.

Por esos caminos provincianos, ahogados por el polvo cuando no estaban borrados por el lodo, le acompañé y con sus indicaciones comencé a penetrar en la entraña de la tierra y en el alma de nuestra gente. Una de las cosas que con mayor interés me enseñó, fue querer a Venezuela tal como ella es. Tomás Liscano nunca sintió vergüenza de su provincianismo. Sentía más bien una como íntima satisfacción en proclamarlo. En Caracas, lo mismo que en París o en Nueva York, se sentía un venezolano elemental, ingenuo, desnudo de afeites, ajeno a actitudes postizas. Circulaba vigorosamente por sus venas la savia de la realidad venezolana.

Por largo y duro que para él hubiera sido el camino, no fue tarde para empezar a producir. Su vida, su afán, su ilusión, residían en la ciencia jurídica. Sus libros le llamaban. A prepararlos dedicaba los ratos que una recia labor profesional habría justificado para un merecido descanso. Verlos, sentir la fruición de sus páginas que recogían nobles preocupaciones, oírlos recorrer tierras remotas, sentir en ellos perpetuarse lo mejor de su alma, era en su vida de luchador un fresco oasis. Cada una de sus obras era un hijo más para llenar el sitio de los muchos que habría querido tener y que la naturaleza no quiso regalarle. Porque tenía un espíritu privilegiadamente dispuesto a la paternidad. Vivía un entrañable amor por los niños. Sabía comprenderlos y mimarlos. Esa comprensión y ese mimo no le faltaron nunca para sus libros, los hijos de su actividad intelectual.

Ya su tesis de grado, sobre *El parentesco de afinidad con relación al divorcio*, le había granjeado palabras de estímulo. Gil Fortoul, a quien aprendió a admirar —más diría yo, a querer como cosa cercana— en los bancos de “La Concordia” tras los relatos de don Egidio Montesinos, le había dicho de ella lo que podría encontrarse como nota común en sus otros trabajos: “Su razonamiento jurídico es claro, preciso y convincente”.

En 1932 se lanza con *Tildes jurídicas*, su obra más extensa⁵. Recoge en ella diversos artículos de interpretación y de crítica de preceptos legales de resonancia práctica. Se enfrenta muchas veces a la opinión de juristas ilustres y no deja de acompañarle el éxito en la defensa de su propio criterio. *Tildes jurídicas* es su paso crucial. Es la prueba decisiva en el campo científico. Conoce el terreno en que se lanza, pero por ello mismo tiene conciencia de las dificultades que encara. El resultado es positivo. Gil Fortoul lo prologa. Para Grisanti, maestro apreciado, el libro del discípulo no es un simple motivo para la felicitación ritual, enviada de la Roma lejana. Es algo más. Es la ocasión para el desahogo que justifica la devoción común y que estimula la Ciudad Eterna. “Usted no sólo está dedicado al cultivo del Derecho, le dice, sino también le profesa culto. Ninguna ciencia es más digna de nuestra dedicación y de nuestro amor que el Derecho, porque nos enseña los cánones de la Justicia, uno de los más elevados conceptos que puede concebir la mente, y el más benéfico para el individuo y para el género humano, ya que realiza la perfecta unión del orden y la libertad”.

En *Tildes jurídicas* no hay la simple exégesis, ni mucho menos, la exposición de doctrina extranjera. Se siente el derecho vigente

como un fenómeno social, como una cosa viva, capaz de mejorar en sus imperfecciones, necesitado de adecuación al medio. Hay una protesta encendida contra el anquilosamiento doctrinario: “no es posible —se afirma en su ‘nota premonitoria’— que el concepto jurídico de hoy, que es producto natural de las nuevas orientaciones sociológicas, como lo es toda concretación de orden legislativo con respecto a su época de vigencia, lo pretendamos ajustar bajo golpes de rigurosa exactitud, al molde criterial de investigaciones cuya labor de observación la hicieron a vista de conglomerados sociales lejanos de nosotros por trechos de centurias”⁶. Se abarcan con decisión ramas diversas y se tiene el propósito de poner un óbolo en el acervo de una doctrina jurídica nacional.

Del exterior no falta tampoco la palabra de estímulo, que ayuda a reparar del esfuerzo de la creación intelectual. El profesor Balogh, secretario perpetuo de la Academia Internacional de Derecho Comparado, le dice: “Sus monografías son verdaderamente obras maestras, excelentes por su método, originales y bien documentadas”. Y le insinúa el estudio de la influencia del Código de Napoleón en Venezuela que habrá de constituir el tema de su trabajo de incorporación de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales.

Porque *Tildes jurídicas* y el generoso aprecio de los académicos, entre los cuales se encontraban algunos de sus maestros, le abrieron en 1933 las puertas de la Academia⁷. Antes de incorporarse, puso en circulación *La moral del abogado y de la abogacía*, que tenía en preparación y que fue editada en 1934⁸. Y al ingresar a la Academia desarrolló como afirmación temática, la de que la influencia del Código de Napoleón en la legislación venezolana había sido, en tesis general, puramente refleja o indirecta⁹.

El tema tuvo resonancia especial. Acogida con favor por el académico doctor Alejandro Urbaneja, encargado de contestar al recipiendario, dio motivo para una interesante polémica, de alto interés científico. Ejemplo de preocupación intelectual fue el debate que desde la alta tribuna de la Corporación se libró entre el recién llegado académico y el veterano colega, distinguido jurista, doctor Gustavo Manrique Pacanins. Lanzas se rompieron entonces por un tema de pura significación científica; y aunque no faltó la muestra de alguna que otra punzante ironía, la discusión cordial y elegante tuvo la virtud de sembrar inquietudes en el auditorio estudiantil y el magnífico resultado de estrechar, antes que relajar, vínculos de sincera amistad¹⁰.

Otros dos libros había de publicar, antes de que su vida se extinguiera en plena producción. *La responsabilidad civil del delincuente* versa sobre un asunto técnico, desarrollado como contribución al IV Congreso de Colegios de Abogados, reunido en Bar-

quisimeto en 1941¹¹. Lo dedicó al Colegio de Abogados de Lara, como un tributo de adhesión —no exento de la satisfacción de darle lustre— a la región nativa. Y *Libertad de prensa en Venezuela* recoge capítulos escritos sobre un tema en el cual lo jurídico se mezcla hondamente con lo político y social¹². Lo dedicó a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales y al periodismo venezolano. Sostuvo la necesidad de una buena ley de prensa, capaz de garantizar la libertad de imprenta así contra la restricción como contra el abuso; se pronunció por la garantía de libertad bajo fianza hasta sentencia definitiva, pero no por la irresponsabilidad de la imprenta; e hizo suya, enalteciendo con ella el estudio que ofrendaba a la Academia, la frase del maestro Sanojo: “La publicidad es el pulso de la libertad, y sin libertad de imprenta no cabe otra publicidad que la que permiten los mismos que tienen interés en ocultar los malos procedimientos del Gobierno”, y aquella del Papa Pío XI: “La prensa es la mayor fuerza del mundo moderno, la necesidad de nuestros tiempos, a ella está reservada la fecundación de este momento histórico e importante que se halla entre el presente y el porvenir, que cierra el pasado y abre el futuro”¹³.

De sus libros citados, es fundamental —en mi criterio— *La moral del abogado y de la abogacía*, pues traduce la esencia de su ser, refleja mejor aquellas cualidades que un jurista cubano le atribuyó (después de haberlo conocido y tratado en la Primera Conferencia Interamericana de Abogados reunida en La Habana el 3 de mayo de 1941), a saber, “la claridad de su pensamiento y la virilidad serena de su espíritu”. Yo no quiero aparecer cegado por la piedad filial, pero no sería sincero si callara mi juicio de que aquel librito —incompleto, sin duda, y con imperfecciones que no hay por qué ocultar— es una obra digna de divulgación, poseedora de verdadero mérito.

En mi sentir, lo más valioso de este libro (sobre el tema existen unos pocos aunque muy interesantes en la literatura jurídica en lengua castellana) es el sentido de equilibrio profundamente humano y sincero con que se enfrenta el problema de la deontología profesional. No hay una mera exposición de verdades abstractas. Hay, más bien, un deseo de hacer asequible a esos estudiantes de ciencias políticas de los países hispanoamericanos a quienes se dedica —y para quienes se sustenta la necesidad de establecer como asignatura de obligación, la *Ética Profesional del Abogado*—, esa aspiración de norma moral que algunos quizá juzguen a *priori* impracticable.

La moral del abogado y de la abogacía recibió, entre las obras del doctor Liscano, los más significativos elogios. “Una bella y convincente exposición de la ética jurídico-profesional” la llamó

la Revista Jurídica de la Universidad de Puerto Rico. El doctor Esteban Gil Borges, desde Washington, la calificó de "excelente trabajo. Usted ha prestado —le dijo— un gran servicio a la profesión y al país trazando las líneas de la orientación moral que debe seguir el jurista". El profesor Sánchez de Bustamante afirmó, con palabras que no pueden ser más categóricas: "Servirá de base en América a la moral profesional presente y futura", mientras otro intelectual cubano, positivo valor de promociones jóvenes, Armando M. Raggi, escribía: "Le soy totalmente sincero al felicitarlo por este trabajo magnífico, cuyas tesis merecen repetirse prolijamente por todos los ámbitos de nuestros países (tan precarios de buenos principios por lo general) para beneficio y enseñanza de esa juventud americana a quien con tanto acierto viene dedicado".

Sería detenerme demasiado en este punto, insertar siquiera los juicios más notables que recibió este libro, para honda satisfacción de su autor. Entre sus papeles he encontrado, sin embargo, tres testimonios que por expresivos no me creo con derecho a omitir. Dos emanan de abogados venezolanos, desgraciadamente ya desaparecidos, dedicado uno al ejercicio profesional en el interior de la República, otro a los ajetreos de la diplomacia: y hay una elocuente ilación en sus conceptos. Parece como si uno fuera la premisa deliberada del otro. Del doctor José María Domínguez Tinoco es la premisa, transida de doliente experiencia: "Con frecuencia he visto tan tambaleante e incierta la moral profesional —no quiero ni debo referirme a la nuestra únicamente— que muchas veces he desesperado de nuestro presente y de nuestro porvenir, tanto más cuanto que la apatía, por no darle otra clasificación, de nuestros profesionales deja muy poco que esperar. Los honrados, los buenos, los morales, se apartan, se huyen de la lid y muy escasos son los que como usted dejan ver un esfuerzo desinteresado en bien de la profesión que han abrazado como título honorable para legarlo a sus hijos y como emblema y símbolo de una conducta intachable". Y la consecuencia proviene del lamentado amigo y colega Fernando Díaz Paúl: "Tan importante obra debiera adoptarse, obligatoriamente, como catecismo de moral en el curso de ciencias políticas. Así se haría una labor efectiva de patriotismo, inculcando en cada profesional, desde las aulas universitarias, los principios básicos del derecho". El tercer juicio, en su elegante estilo, es del doctor Gregorio Marañón: "Brevario admirable —dice del libro— no ya para abogados, sino para todo hombre consciente. Por la alta y noble bondad que respira cada una de sus páginas, le agradezco, una por una, como lector y como español, hermano en el alma y en esa lengua que fluye con tanta dignidad de su pluma".

La moral del abogado y de la abogacía constituye, para mí, la mejor expresión del abogado amante de su ministerio que vivía en la persona de Liscano. Más de una vez se le parangonó con una obra insigne: *El alma de la toga* por Ossorio y Gallardo. Esto al doctor Liscano le halagaba, pues admiraba sinceramente al jurista español. Enamorado yo también de la obra famosa de don Angel, pecaría de insincero si tratara de colocarlas en un mismo plano. Coincidentes en su intención y en su base, se trata de dos puntos de vista distintos. La bella obra del jurisconsulto español proviene de un filósofo, de un profesor, de un escritor. La obra de Liscano es más la obra de un abogado. Por eso se tratan en ésta con originalidad y realismo problemas éticos de tan gran trascendencia como el secreto profesional, la obligación de conciliar o el pacto de cuota-litis. Inspirada en el mismo propósito de superación, parte de un punto más cercano a la realidad humana del interés profesional, a la experiencia vivida en el bufete.

Bien calificado el insigne prontuario de Osorio y Gallardo con el nombre de *El alma de la toga*, yo me atrevería a calificar el libro de Liscano como la presentación de *la toga con alma*. Eso es: la toga con alma. No la sola armazón de los principios que han de vitalizar el ejercicio del derecho, sino, más bien, el ejercicio del derecho que quiere penetrarse de aquéllos. En su vida, en las alternativas del ajetreo profesional, el autor fue eso mismo que pinta en su libro: una conciencia jurídica que no quería refugiarse en el frío reducto de la hermenéutica. En una palabra, una toga con alma.

“...De fe constante no excedido ejemplo”

Pero no está completa la semblanza con la narración de sus comienzos y con el recuerdo de su producción intelectual. Faltan aspectos de indispensable consideración para tener la figura del hombre. Falta recordar variados motivos dentro de los cuales actuó el trabajador infatigable, que no han podido menos de sugerirme aquella frase de Andrés Bello, al cantar “en su desolación” a la patria lejana y recordar que “a la familia de Colón dio aquella de fe constante no excedido ejemplo”.

Pudiera pensarse que en los años de su producción bibliográfica el doctor Liscano había vencido la etapa de las dificultades y obtenido un bienestar económico que le permitía dedicarse al cultivo amoroso de la ciencia. Lo cierto fue, por lo contrario, que hasta el fin de sus días se mantuvo en la diaria brega del foro y del bufete. La verdadera vocación profesional se muestra con

frecuencia en esa imposibilidad de abandonar las tareas que impone el ejercicio de una actividad. Más de una vez he encontrado abogados ilustres, colocados en la cima del éxito, a quienes se les mataría de obligárselos a abstenerse de ejercer la profesión a la que han dedicado la mayor parte de su vida. En el doctor Liscano esa necesidad emocional existía, aunque no faltaba tampoco la necesidad económica. Triunfó profesionalmente, pero no llegó a amasar una fortuna que le permitiera retirarse al descanso. Por otra parte, disposiciones de la Providencia impidieron que pudiera sustituirlo en las obligaciones del despacho jurídico el hijo a quien había formado para ello y a quien la conciencia de otra responsabilidad llamó a menesteres urgentes que le impidieron dedicarse por entonces, de lleno, al ejercicio de la profesión.

Pero estas dos últimas razones, en mi sentir, no fueron decisivas. La razón decisiva fue aquélla: la vocación firme, imposible de desatender. Hasta el postrer momento activo que la terrible enfermedad le permitió, anduvo en el Palacio de Justicia atendiendo solícito los asuntos que le confiaban, grandes o pequeños. De su lecho de enfermo, cuando ya las fuerzas físicas faltaban, salió a su escritorio. Con el pretexto de arreglar unos papeles, sin sospechar aún pero presintiendo quizá que estaban contados sus días, quiso imprimir en su retina la visión amorosa de aquel recinto donde había dedicado las más de sus horas al culto del derecho.

Como abogado actuó, con la toga y el alma, en los escaños parlamentarios. Senador por el Estado Lara, durante cuatro años puso el mismo entusiasmo y la misma vocación jurídica en la alta función de legislador. Tuvo en dos ocasiones la honra de presidir las sesiones del Congreso Nacional. Afirmó, hasta en incidentes triviales, un alto concepto de la dignidad y el decoro de la función legislativa. Y cuando le tocaba recordar los múltiples asuntos en que había actuado como parlamentario, tres le satisfacían especialmente: la defensa de la enseñanza religiosa, arduosamente debatida en el Proyecto de Ley de Educación; la promulgación del Código de Menores, que como presidente del Congreso le tocó anunciar ante la faz de la República, y la afirmación de la soberanía nacional en la tramitación de la ley de Hidrocarburos de 1938, ante la cual obró, no como proyectista ni como técnico minero, pero como un corazón auspiciador de lo que representara afirmar mayores ventajas y derechos en pro de la nación venezolana.

A través del Senado, en pleno momento nacional de transición, se reinició su actividad política, penetrado de esperanza en un destino mejor para la patria. Ya dije cómo había actuado antes, al lado de hombres que le profesaron gran aprecio, en la política

venezolana. Si algo admiré en él —y debo decirlo ahora porque lo creo fundamental para entenderlo y para entender quizá a otros muchos venezolanos— fue su actitud ante el pasado y ante el porvenir. Ni fue un tráfuga de las responsabilidades que pudo tener en el ayer, ni fue un desertor ante la responsabilidad del mañana. Es decir, no negó su parte de responsabilidad en una larga y dolorosa época nacional, pero no por ello dejó de comprender la necesidad y la urgencia de una revisión de sistemas para empezar a vivir en Venezuela una vida distinta. Cuanto al pasado, le quedaba la satisfacción de haber actuado con buena intención, de haber sido leal con sus amigos, de haberles servido sin bajezas, de haberles dicho la verdad más de una vez cuando el incienso aldeano los nublaba. Cuanto al porvenir, veía la necesidad de defender la libertad progresivamente conquistada, de no cerrar el paso a nuevas fórmulas, de alentar los ideales de la juventud hacia una Venezuela mejor.

Acostumbrado a las luchas del foro, en la política activa sintió la necesidad de debatir con ardor y constancia. No fue taimado ni voluble. Defendía el derecho de los demás a combatir por sus ideas y, como es lógico, no tuvo nunca el propósito de renunciar a luchar por las suyas. En el complejo mar de las conveniencias políticas no siempre es ello lo más útil, pero es al menos lo adecuado para mantener la paz de la conciencia.

Después de los cuatro años del Senado fue elevado a una magistratura más cónsona con su vocación: la Corte Federal y de Casación lo vio sentarse entre sus miembros, por elección hecha el 29 de abril de 1941. Allí pensó fijada la cúspide de su carrera y en el Supremo Tribunal creyó pasar sus últimos años de vida pública. Dios no lo quiso así. Sus íntimos conocen cuán grande sacrificio constituyó renunciar a aquel alto destino para incurrir en la debilidad —debilidad de amigo, de hombre activo, de soñador impenitente en posibilidades de servicio colectivo— de aceptar la gobernación de un Estado.

Pasaron dos años de lucha incesante. Su temperamento estaba habituado a la polémica y en esa polémica sus adversarios llevaban la ventaja por razones diversas, entre las cuales no escasearon maniobras y combinaciones. Largo sería analizar hechos y circunstancias de los que el público sólo podía conocer aspectos fragmentarios. Pero al menos debo proclamar que manejó el tesoro de Falcón sin que sus manos se mancharan y que en épocas de adversidad recibió testimonio abundante de aprecio y simpatía por parte de quienes habían visto de cerca su empeñosa y noble labor de gobernante.

Fue en esos breves días de mandatario cuando pude mejor medir la alteza de su espíritu. Porque en el propio tiempo en que él for-

maba parte del equipo oficial, mi voz —la de su hijo y compañero de Escritorio— emitida desde mi curul de Diputado, disonaba en aspectos fundamentales de la política imperante. De sus labios, jamás un reproche. Ni la más velada insinuación para que dejara de hacer lo que mi conciencia me indicaba. En alguna ocasión cayó sobre él la sugestión de que influyera en mi conducta. El sabía que al negarse, se jugaba su alta posición; pero no tuvo ni un momento de duda. Meses después de haber sido removido de la Presidencia de Falcón se le envió a la Aduana de Puerto Cabello. Salió también de allí sin razón aparente, pocos días después de haberme alentado desde la barra del Congreso en mi tesis de crítica a la reforma constitucional. Así cesó su última participación en el gobierno. Después, no perdió nunca oportunidad de expresarme su firme convicción de que la lucha de la juventud por sus ideas era exigencia indispensable de una patria más libre y más justa.

En medio de las actividades mencionadas no le faltó una sostenida preocupación gremial. Fue asiduo en el Colegio de Abogados y en el Montepío de Abogados. En representación del primero formó parte, con los doctores Julio Blanco Uztáriz y Luis Loreto, de la Primera Conferencia Interamericana de Abogados, reunida en La Habana en 1941. Del segundo ocupó la Presidencia en el año de 1946. Llevó la representación de la Academia en unión de los doctores G. T. Villegas Pulido y Julio Blanco Uztáriz, al 2º y al 4º Congreso de Colegios de Abogados de la República, reunidos en Maracaibo el 24 de octubre de 1939 y en Barquisimeto el 1º de setiembre de 1941.

La preocupación de escribir no le dejó tampoco. A base de unas conferencias que años atrás pronunció y de estudios renovados continuamente, estaba preparando un libro sobre un tema de su especial cariño: el de la infancia abandonada. Vecina ya la muerte, todavía hablaba de su libro. Pensaba que más adelante pudiera editarse, y hablaba de él con la misma ternura ejemplar con que recomendaba sus árboles o sus animales.

Dentro de toda esa vida (su Escritorio, su ternura por las cosas domésticas, su angustia por la patria, su pasión por sus libros, sus deberes gremiales) siempre siguió guardando puesto preferente la Academia. Pocos más constantes que él en la concurrencia a las sesiones. Ninguno más hondamente conmovido, al recibir la elección de Presidente. Estaba penetrado de ese hondo sabor de reunión creadora, que debía ser aliento y compromiso en los jardines de Academus ante la serena quietud de la tarde.

¿Qué más queréis, distinguidos y generosos colegas, que os diga en recuerdo y memoria de aquel cuya ausencia todavía constituye

herida lacerante en lo más profundo de mi alma? ¿No será bastante recordar que a la Academia dedicó su último libro publicado y que en su seno pronunció su último discurso?

Sí, señores. Desde esta misma tribuna, en un doble homenaje al amigo y escritor que se incorporaba a la Academia y al antiguo maestro Gil Fortoul se despidió de la oratoria, amada musa de sus buenos tiempos, el Académico Tomás Liscano: aquel a quien me habéis dado el privilegio de elogiar como titular precedente del Sillón N^o 2 que vuestra generosidad me ha concedido, y a quien, como hijo y amigo, compañero y discípulo, llora y no dejará de llorar mi corazón.

No es justo, honorables colegas, el que en estos momentos os obligue a padecer el duelo que su partida causó en mí, y menos, el sufrimiento que significó para mi espíritu el diálogo de sus últimas semanas de vida, cuando recogí religiosamente de sus labios el minucioso caudal de sus últimas disposiciones y el viril testimonio de su acendrada fe cristiana. Pero no podría omitir, antes de dejar este elogio y de presentar en vuestra mesa el trabajo escogido para mi incorporación académica, la mención del inolvidable momento en que de la Academia hablamos y en que como compensación a su dolor por no haberme visto incorporado surgió el propósito de suplicaros que el Sillón que me asignárais fuera, en definitiva, el mismo que con orgullosa devoción había ocupado él desde 1935.

De este modo, señores Académicos, mi compromiso es más solemne. Al privilegio de asistir a la Academia ha de sumarse como imperativo ineludible el deseo de que no se encuentre vacío el sitio de quien jamás hallaba razón válida para dejar de asistir a sus sesiones. Si mi falta de mérito pudiera cohibirme, nada podría excusarme el dejar hueco el puesto de quien militó sin desmayo y puso cuanto estuvo de su mano por el lustre de esta Corporación.

En aquel día inolvidable en que anticipábamos la visión de este instante, yo con la mía sangrante mientras él con su alma fuerte se aprestaba a partir hacia la patria que no tiene fin, me aseguraba que dondequiera que el Creador hubiera dispuesto que se hallase, éste sería un momento de supremo júbilo, si la Providencia accedía a hacerle partícipe de la emoción de este acto. Si la piedad infinita de Dios lo permite, reciba él, pues, en este instante, este homenaje que vuestra amistad ha auspiciado y que le ratifica mi acendrada lealtad y devoción filial.

Pero, ya que esta tierra del dolor no admite el puro goce de una alegría completa, perdonad que os diga que para mí este acto, lleno de honor y de satisfacción, no puede dissociarse del pesar de

esa ausencia. Y ya que él no puede estar aquí, físicamente, compartiendo con nosotros —¿qué digo?, ¿compartiendo?, ¡llevando la parte principal en el júbilo de esta celebración!—, permitidme que, en medio de esta honrosa jornada de mi vida, ofrende a la memoria, no ya del académico, sino del padre y compañero, el tributo ineludible de una lágrima.

NOTAS

1. La tradición oral que el Dr. Tomás Liscano guardaba a este respecto, la confirma en su biografía de Razetti el doctor Ricardo Archila, quien expresa: "En el laborioso pueblo de Quíbor, encontré la protección de dos amigos de quienes conservé siempre los más gratos recuerdos: el Pbro. Dr. Aguedo Felipe Alvarado, posteriormente Obispo de Barquisimeto, y don Carlos Liscano, comerciante, 'y uno de los mejores hombres que he conocido'" (Dr. Ricardo Archila, *Luis Razetti o Biografía de la Superación*, Caracas. Imprenta Nacional, 1952, pp. 36-37). Lo único que habría de añadir a la cita es que don Carlos Liscano, el General Carlos Liscano, era un jefe político de prestigio; fue figura resaltante del Nacionalismo cuando el alzamiento del General José Manuel Hernández, y ocupó la presidencia del gran Estado Lara en tiempo del General Cipriano Castro. Hijo de don Carlos fue el abogado y escritor Juan Liscano, quien murió joven todavía, y quien dejó como único descendiente al valioso poeta y folklorista Juan Liscano Velutini.
2. Carlos Felice Cardot, *Décadas de una cultura*, Editorial Avila Gráfica, Caracas, 1951, pp. 164 y 213.
3. El padre Eduardo Antonio Alvarez Torrealba nació en Quíbor el 13 de octubre de 1868 y allí mismo murió el 16 de setiembre de 1917. Fue ordenado por monseñor Díez el 1º de enero de 1891; estuvo en Cubiro hasta 1893 y pasó luego a Quíbor, primero como teniente cura y después como párroco. Asistió al Congreso Eucarístico de 1907 como secretario de monseñor Alvarado y presentó notables trabajos. Sostuvo en la prensa de Caracas una brillante polémica filosófica con el Dr. Razetti sobre el origen de las especies. Fundó varios periódicos: *El Apologista*, 1898; *El Pensamiento Católico*, 1901, en el que colaboraron monseñor Castro, monseñor Alvarado, monseñor Silva (Ant. R.) y los doctores Agustín Avelado, José G. Hernández, J. M. Núñez Ponte, Ricardo Ovidio Limardo, entre otros; *La Razón*, 1903, y *El Angel del Hogar*, 1908. Su tierra nativa le ha honrado con un monumento en el cementerio; con el nombre de un club y, recientemente, con un busto en la Plaza de la Ermita (datos biográficos que debemos a la amabilidad de Daniel Graterón).
4. Su discurso de grado fue publicado en *El Universal*, de Caracas, el 11 de febrero de 1925. Al avisarle el recibo de *Tildes jurídicas* le decía Diego Carbonell, quien había sido rector cuando se doctoró: "Ella encierra muchos gratos recuerdos de aquella época en que conmigo muchos jóvenes como usted trabajaron por el brillo de nuestra vieja casona de la ciencia".
5. Tomás Liscano, *Tildes jurídicas*, Caracas, Editorial Sur América, 1932, XVI, 278 páginas.
6. *Tildes jurídicas*, p. 15.
7. En sesión del 31 de julio de 1933 fue elegido Individuo de Número para ocupar el Sillón Nº 2, vacante por el fallecimiento del Dr. Francisco Guzmán Alfaro.
8. Tomás Liscano, miembro electo de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela, *La moral del abogado y de la abogacía*, Caracas, Tipografía La Nación, 1934, 139 páginas.
9. Estados Unidos de Venezuela, Academia de Ciencias Políticas y Sociales, *Discurso y trabajo de incorporación del Dr. Tomás Liscano como Individuo de Número de la Academia, Discurso de contestación del académico Dr. Alejandro Urbaneja*, Caracas, Lit. y Tip. Escuela de Artes y Oficios para Hombres, 1935, 40 páginas.

10. G. Manrique Pacanins, de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, *La influencia del Código Napoleón en Venezuela*, trabajo leído en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de los EE.UU. de Venezuela, en sesión del día 30 de agosto de 1935, Caracas, Tip. Americana, 1935, 31 páginas.
Doctor Tomás Liscano, de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, *Sobre la influencia del Código Napoleónico en la legislación civil venezolana* (segundo estudio), Caracas, Tip. La Nación, 1935, 49 páginas.
11. Doctor Tomás Liscano, *La responsabilidad civil del delincuente*, Caracas, Tip. La Nación, 1943, 125 páginas.
12. Doctor Tomás Liscano, *Libertad de prensa en Venezuela*, Caracas, Edit. Iveca, 1947, 175 páginas.
13. *Ob. cit.*, pp. 41 y 170.
14. *La moral del abogado y de la abogacía*, p. 7.

16

**PLACIDO DANIEL RODRIGUEZ
RIVERO**



El doctor Plácido Daniel Rodríguez Rivero nació en San Felipe el 24 de agosto de 1876 y murió en Caracas el 21 de febrero de 1939. Hijo de un médico notable, nacido en Macarao, el doctor Plácido Daniel Rodríguez Obregón, y nieto, por parte de madre, de un coriano ilustre, fundador del régimen federal en Yaracuy, Don Agustín Rivero, su definida personalidad refleja las circunstancias de la época que le tocó vivir. En la conmemoración de su centenario recibió homenajes de la Academia Nacional de la Historia, de la Academia de Medicina, de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina y de otros organismos académicos. Al agradecer en nombre de la familia uno de estos homenajes, el autor se sintió obligado a trazar unos rasgos de la personalidad de aquel hombre, que fue médico eminente, historiador de la medicina y de la tierra natal, Rector de la Universidad en circunstancias muy difíciles y hombre de una lealtad probada a sus compromisos. He aquí, pues, un rápido esbozo sobre la personalidad de Rodríguez Rivero.

Nació Plácido Daniel Rodríguez Rivero en San Felipe, la nueva ciudad que modestamente había surgido al norte del sitio que ocupara la vieja ciudad de San Felipe el Fuerte después del terremoto de 1812, el 24 de agosto de 1876. En el nuevo San Felipe, que alguna vez denominé San Felipe “el bueno”, se habían encontrado dos familias: una, que varias generaciones atrás había venido de las Islas Canarias y se había establecido en Macarao, en aldeaños rurales de Caracas, y otra, que había venido del Estado Falcón y que había jugado —tal vez por relaciones de amistad y de compromiso con el General Juan Crisóstomo Falcón— un papel importante en la Guerra Federal.

Los Rodríguez procedían, como dije, de Canarias. Un Domingo Francisco Rodríguez, campesino, último vástago de una familia de ocho hermanos que cultivaba tierra ajena en la Isla de San Miguel de La Palma, en una pequeña aldea (o “pago” como dicen allá) que conserva el mismo nombre de Velhoco, nacido en 1752 y bautizado en el santuario de Nuestra Señora de Las Nieves, al perder al padre y a la madre siguió la ruta de otros isleños que hacia Occidente buscaron alcanzar la Tierra Firme, donde había espacio, tierra para los que quisieran cultivarla, agua y fertilidad dispuesta a corresponder a todo esfuerzo. Se vino de veinte o veinticinco años de edad, estuvo en Carayaca y pasó a Macarao, donde se encontró otros isleños; se casó con una joven, María Antonia de la Luz Oropeza, y sus descendientes se relacionaron y mezclaron con ramas de otras familias canarias, como Obregón, Acosta, Requena, Lara, todos encerrados dentro de un pequeño núcleo familiar endogámico, que los obligaba —y por ello reposa abundante documentación en los archivos— a pedir a las autoridades eclesiásticas las dispensas para contraer matrimonio de acuerdo con las normas del Concilio de Trento. Un nieto de Domingo Rodríguez se llamó Plácido Rodríguez Obregón y era abuelo de Rodríguez Rivero; presumo que el nombre de Plácido fue una circunstancia debida al calendario, de acuerdo con la costumbre de esos días; pero se fue repitiendo a través de las generaciones y convirtiéndose, como ha ocurrido con otras familias, en un nombre casi característico y repetido de unas generaciones a otras. Este Plácido Rodríguez Obregón tuvo un hermano que des-

colló en la Iglesia, Gregorio; y, a juzgar por el testimonio de un editorial de *El Cojo Ilustrado*, fue bondadoso, honesto y eficiente cura de Santa Rosalía, de San Juan y de otras parroquias de la Metrópoli y del interior; luego, Rector del Seminario, Provisor del Arzobispado y finalmente —después de haber rehusado el honor de la mitra varias veces— Obispo de Barquisimeto, adonde llegó en 1895 para ejercer un apostolado muy breve porque su mala salud lo llevó a la tumba en 1900. Este Gregorio Rodríguez, tío venerado, de cuya visita pastoral a San Felipe hay tiernos recuerdos transmitidos por tradición oral de la familia, fue el fundador de la Capilla, hoy Iglesia, del Sagrado Corazón de Jesús, en Caracas, donde reposan sus restos.

Quiso Monseñor conducir a su sobrino Plácido Daniel Rodríguez Obregón al sacerdocio y lo llevó al Seminario, pero al poco tiempo éste tomó otro camino: el de la Medicina. No puedo resistir el deseo de leer el párrafo, a mi modo de ver muy hermoso, que Rodríguez Rivero historiador le dedica en su libro *Historia Médica de Venezuela hasta 1900*: “Debemos hacer mención aquí de nuestro padre, graduado de doctor en este decenio, no para escribir su elogio, aunque de justicia merece decirse que fue un incansable trabajador desde que aun siendo simple Bachiller en Medicina ejerció en la ciudad de Turmero en 1870, y después hasta su muerte en 1912 en San Felipe; sino para rendirle tributo de nuestro amor y gratitud, ya que no midió sacrificios porque coronáramos nuestra carrera, así como fue nuestro maestro práctico en el ejercicio honrado y verdaderamente altruista de la profesión. Sus bondades, conocimientos y buena suerte se apreciarán al saberse que ciego por cataratas en sus últimos años, no pudo eximirse de ver enfermos, pues así lo solicitaban y llevaban a las más apartadas regiones del Yaracuy a tratar en especial febricitantes. Fue siempre Corresponsal de la Facultad de Medicina en aquella porción del país, y Rector del Colegio de San Felipe por más de cuatro lustros”.

Plácido Daniel Rodríguez Obregón, de veinticinco años, acabando de obtener el Doctorado en Medicina, casó con Elodia Rivero Vidoza, una de las dos hijas de Don Agustín Rivero, nacido en Píritu, cerca de Cumarebo, en el Estado Falcón, hermano del General Eduviges Rivero, quien se dice fuera edecán del Mariscal Falcón, muerto en la batalla de Buchivacoa en 1862.

Don Agustín se fue al Yaracuy con otros hermanos, al parecer por circunstancias derivadas del matrimonio del ilustre prócer de la Independencia, General Francisco Carmona, con su hermana Panchita Rivero. Parece ser que el General Carmona, años atrás, había sido casado en Cumaná y que este vínculo no se había disuelto. Descubierta el hecho, los hermanos de la esposa quisieron

obrar como se acostumbraba en esos tiempos, es decir, cobrar al General Carmona con la vida lo que consideraban afrenta intolerable, pero éste, para evitar el lance, salió con su esposa e hijas hacia la Nueva Granada. Los Rivero, con Don Agustín a la cabeza, se trasladaron hacia el centro y se establecieron en el Yaracuy, porque no podían soportar la permanencia en su lugar original. Más tarde —por hechos completamente ajenos a la historia referida— el General Carmona fue asesinado y su viuda y sus hijas pasaron a vivir en San Felipe bajo la sombra de Don Agustín, que había ganado respeto y posición en el Estado, había representado al Yaracuy en la Asamblea Federal constituyente de 1873 y había sido Presidente provisional del Estado en junio de 1884, y en propiedad en diciembre del mismo año. Elodia, su hija, murió a los treinta y seis años. Su matrimonio con el doctor Plácido Daniel Rodríguez Obregón se celebró en 1874, cuando el novio tenía veinticinco y la novia dieciocho. Le dio numerosos hijos, de los cuales llegaron a edad adulta, doce: Plácido Daniel fue el segundo de ellos y escogió, como su padre, la carrera de Medicina.

En algunos ratos de charla familiar, solía contar el doctor Rodríguez Rivero una anécdota expresiva del profundo sentido de ética profesional que le supo transmitir su padre. Con el grado doctoral, había regresado a San Felipe después de coronar brillantes estudios, en 1897. Le organizaron una gran fiesta de celebración para la cual no se omitió ningún sacrificio. Estaba enamorado de una joven sanfelipeña y se sentía en el colmo de la felicidad, cuando vinieron a buscar al doctor Rodríguez para pedirle que asistiera a un enfermo en el campo. Entonces el viejo médico llamó a su hijo, que comenzaba a disfrutar de su fiesta, le hizo cambiarse el traje por otro propio para los lodazales que debía atravesar y le dijo: “Ahora le toca a usted; debe saber que para el médico no hay hora de descanso ni compromiso más sagrado que atender a un paciente”. He recordado muchas veces esta anécdota, cuando he sabido que en días de fiesta o en horas de descanso, en esta ciudad de dos millones y medio de habitantes, con varios millares de profesionales, se hace difícil encontrar atención médica inmediata para un caso urgente.

En busca de mayores horizontes, Rodríguez Rivero se trasladó a Barquisimeto, tal vez por insinuación del tío Obispo. Su prestigio le hizo ocupar para 1906 la presidencia del Concejo. Allí casó con Egilda Maggi, nacida en Valera, fiel esposa que le dio cuatro hijos: Elodia, muerta soltera en plena juventud; Egilda, casada con Genaro Legórburu; Elba, casada con el jurista y profesor universitario José Manuel Hernández Ron, y Plácido Daniel, quien heredó el nombre familiar y la vocación médica, ejerció largos años con sentido de apostolado en Yaritagua, población del Esta-

do Yaracuy y después en Caracas donde falleció de sesenta y tres años. Egilda Maggi de Rodríguez Rivero provenía de una inmigración italiana de la Isla de Elba que se situó en diversos lugares de los Andes venezolanos. En esas familias, que llevan nombres como Adriani, Mibelli, Paparoni, Provenzali, Pizani, Anselmi, Giusti, Carrazoni, Citraro, Paolini, etc., nunca falta una Elba o un Elbano, para recordar el origen geográfico de donde las habían aventado vestigios de las contiendas napoleónicas.

Participó Rodríguez Rivero en las aventuras de la Revolución Libertadora. En algunos viejos impresos lo encontramos, en 1902, como Secretario General de Gobierno del Jefe Civil y Militar del Estado Yaracuy, General Augusto O'Callaghan, designado a su vez por el General Luciano Mendoza, segundo Jefe del Ejército Libertador, para responder por el Estado Yaracuy. La aventura de la Revolución Libertadora es muy compleja. Se han hecho recientemente análisis diversos, entre los cuales no han faltado las consideraciones de tipo socio-económico y las investigaciones sobre la influencia de potencias extrañas en la guerra civil; pero es lo cierto que para los jóvenes venezolanos la Revolución Libertadora apareció como la última tentativa, como la última posibilidad de derribar un gobierno autocrático y permitir nuevamente el juego de los partidos y de las personalidades políticas. Fracuada, aun a costa de la muerte de Crespo, la Revolución Nacionalista del célebre y singular caudillo General José Manuel Hernández, "el Mocho"; vencida la Revolución Libertadora en la Batalla de La Victoria, barrida a consecuencia de las desavenencias entre sus jefes, de la falta de pericia militar de algunos, de la audacia y buena fortuna de Castro y de la tenaz persecución de Gómez, para entonces Vicepresidente, lo cierto es que la pérdida de la Libertadora trajo consigo la conversión pragmática de las brillantes generaciones intelectuales de la época, que si despertaron ilusionadas con la asunción de Gómez en diciembre de 1808, después, ante un nuevo desengaño, optaron por considerar irremediable la figura del gobernante absolutista y rodearlo para servir dentro de las posibilidades del régimen los intereses nacionales. 1902, 1908, son apenas dos hitos y no se volverán a movilizar los ánimos juveniles hacia formas de gobierno democrático, hasta el brote de la generación del 28, dos décadas después.

De Barquisimeto, Rodríguez Rivero se fue a Puerto Cabello; luego pasó a París e hizo estudios que le condujeron a obtener el título de Médico Colonial, con compañeros de tanta significación como Chacín Itriago, Pino Pou, González Lugo y otros. Desempeñó en 1912 el cargo de Cónsul en Santander, España, y cuando estaba dispuesto a venirse a trabajar con su maestro el célebre cirujano Pablo Acosta Ortiz, la muerte de éste lo impulsó a establecerse por su cuenta y a fundar en Puerto Cabello un célebre

establecimiento hospitalario con el nombre de "Casa de Salud", adonde ocurrían enfermos de toda la República Centro-Occidental y parte de la Región Central y cuya fama se hizo notoria a los ojos de Gómez en la ocasión en que, hallándose de visita en el Puerto, sufrió una enfermedad que amenazaba más adelante repetirse.

Desde 1922 entró de lleno Rodríguez Rivero al servicio público, en una actividad que tuvo de política y de científica. Fue designado entonces Director de Sanidad Nacional y publicó un libro en que apuntaba ya su vocación por una especialidad, la historia médica, a la que iba a dedicar gran parte de su vida: *Epidemias y Sanidad en Venezuela*.

Después de la Dirección de Sanidad Nacional, lo destinan a un cargo netamente político: Jefe Civil del Distrito Puerto Cabello, "Gobernador" como entonces se decía. Pero en 1926 vuelven a reclamarlo para la actividad profesional y lo envían a Europa a buscar la dotación instrumental para establecer en Maracay un Clínica del más alto nivel, que se instala entre 1926 y 1928. En el año de 1928, después de la crisis universitaria provocada por los acontecimientos que se sucedieron a la Semana del Estudiante, fue nombrado Rector de la Universidad Central de Venezuela, cargo en el cual permaneció hasta la muerte del Dictador, en diciembre de 1935.

El "gomecismo" de Rodríguez Rivero fue, como el de otros muchos venezolanos, una mezcla de amistad personal, de fidelidad al compromiso contraído, de reflexión pragmática ante las alternativas contradictorias de la vida venezolana. Se sintió comprometido con el General Gómez y mantuvo ese compromiso hasta el fin, lo que motivó incidentes demostrativos de su recia personalidad, cuando el fallecimiento del dictador provocó la natural reacción popular y los cambios consecuenciales en la vida política del país. Como Rector de la Universidad fue autoritario. Lo llegaron a denominar, en los comentarios políticos que se susurraban en la época, el "Jefe Civil de la Universidad". Pero, al mismo tiempo, fue de un natural bondadoso, reconoció a carta cabal la autonomía docente, fue muy respetuoso con el profesorado, se esforzó en todo cuanto pudo en hacer bien a los estudiantes perseguidos y muchos dirigentes anti-gomecistas se hicieron sus mejores amigos y lo defendieron después noblemente durante la época difícil.

En 1930 fue designado Individuo de Número de la Academia Nacional de Medicina, a la que presentó como trabajo de incorporación *Apuntaciones para la Historia de la Cirugía en Venezuela*. En 1931 publicó su obra fundamental *Historia Médica de Venezuela hasta 1900*, la que lo hizo una de las figuras centrales

de la historia de la medicina en nuestro país. Fue él quien reivindicó la figura de Don Lorenzo Campins y Ballester, el mallorquino fundador de los estudios médicos en Venezuela, cuyo expediente original, que viene a ser como la partida de nacimiento de la Facultad de Medicina, encontré entre sus libros después de su muerte, y entregué en fecha oportuna a la Academia de Medicina, con una reproducción facsimilar que presenté como homenaje de la Presidencia de la República a la ciencia médica venezolana.

En 1938 fue designado Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Su trabajo de incorporación era fruto de una paciente investigación y al mismo tiempo muestra de un afecto filial por su tierra nativa: *Origen y Desarrollo de San Felipe el Fuerte*. Le contestó en nombre de la Academia, con un bello discurso, Caracciolo Parra, aquel mismo que lo había acompañado en la Universidad como Vicerrector, el amigo con quien, pese a la diferencia de edades, de temperamentos y de puntos de vista, mantuvo una amistad entrañable, y quien —arcano de la Providencia— murió pocos días antes de la fecha en que él mismo iba a fallecer. La última vez que vi a mi tío fue en el entierro de Caracciolo Parra. Me hizo un breve pero emocionado comentario al discurso que pronuncié sobre la tumba de mi maestro, un gran filósofo, historiador y educador venezolano de los años 30.

El nombre de Rodríguez Rivero ha sido honrado en forma resalante. El 24 de julio de 1943 se inauguró en San Felipe el Hospital que fue distinguido con su nombre. Era Gobernador del Estado el doctor Gustavo Giménez Liscano y en aquella ocasión, como Diputado por el Yaracuy y sobrino de Rodríguez Rivero, me correspondió agradecer el homenaje en representación de la familia. Cuando llegó el momento de inaugurar otro nuevo Hospital, dijo José Policarpo Reyes Zumeta: “¿Quién se atreverá a discutir el nombre de Rodríguez Rivero en el pórtico de esta casa?” Este fue el sentir general.

La vida de Rodríguez Rivero estuvo llena de intensa actividad. No dejó un día de trabajar. Cuando descubrió (no quiso comunicarlo a su familia) que padecía de una grave cardiopatía, trasladó sus papeles y una pequeña mesa con su maquinilla de escribir a la planta baja de su casa, para no someterse al riesgo constante de tener que subir una empinada escalera. El 21 de febrero de 1939 murió en el baño, como tocado por la electricidad, cuando la aorta enferma se inhibió ante el impacto de la ducha fría. Para entonces estaba en pleno trabajo intelectual. Obras fundamentales salidas de su pluma han sobrevivido a su tiempo y cobran actualidad. Las *Eponimias Anatómicas*, diccionario de nombres propios anatómicos, es una obra que muchos han calificado de maestra. La Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina la editó después de su muerte. Su contribución al estudio de la his-

toria médica nacional, entre las cuales están la relación biográfica de los Médicos y Cirujanos que sirvieron en la Independencia, las Apuntaciones para la Historia de la Cirugía, la publicación de la revista *Archivos de Historia Médica de Venezuela*, pero, sobre todo, su gran obra *Historia Médica de Venezuela hasta 1900* bastarían para destacarlo en la historiografía y en la ciencia médica de nuestro país. Y sus hallazgos sobre la historia de San Felipe el Fuerte son de indispensable consulta para todo el que quiera conocer los antecedentes de aquella tierra yaracuyana.

En todo momento, mantuvo Rodríguez Rivero una intachable línea de competencia y de servicio en el ejercicio profesional y a este respecto no es ocioso recordar lo que decía su padre Plácido Daniel Rodríguez Obregón, al recibir el grado de doctor en Medicina en julio de 1894: "Los conocimientos que un profesional de Medicina posea, por vastos que ellos sean, de nada le servirían, a nada le conducirían si no estuviesen cimentados en la moral médica. El médico sin moralidad es un ser inútil, pernicioso a la sociedad que confiada en su buena conducta deposita en él lo más sagrado: la vida, el honor. Sobrepondrá casi siempre el sórdido interés personal a los sagrados intereses de la humanidad... Mas, por fortuna, no es éste el carácter del médico venezolano, sino que por el contrario, trilla impasible el sendero de la moral y de la razón".

Me siento profundamente emocionado, pero a la vez sumamente complacido, por haber tenido esta oportunidad de rendir yo también mi modesto tributo en homenaje a la figura de ese hombre singular. Más que como a un familiar cercano, quiero verlo como a un hombre que, perteneciendo a una generación que vivió los días terribles de la guerra civil y la noche oscura de la tiranía, logró dejar un brillante testimonio de ciencia, de preocupación por la cultura y de servicio a la humanidad.

17

**FELIX SATURNINO ANGULO
ARIZA**



Cuando lo visité en su lecho de muerte, poco antes de concluir su larga y meritoria existencia, mi querido Profesor y noble amigo el doctor Félix Saturnino Angulo Ariza me pidió le escribiera un prólogo para este libro. Una discípula y colaboradora suya, la doctora Sonia Sgambatti Araujo, atendía a la tarea de completar, revisar y ordenar las lecciones de que se compone. “Ya sea que para entonces viva, o si, lo más probable, hubiera muerto, cuento con que me harás el prólogo”. Físicamente demacrado, hasta el final estuvo lúcido. Estimé aquel encargo como la última y más delicada manifestación de un viejo afecto. No podía rehusarlo y heme aquí dispuesto a cumplirlo.

No soy especialista, ni tengo autoridad doctrinaria en materia tan importante como el Derecho Procesal Penal. Mis conocimientos se limitan a los adquiridos en la Universidad, bajo el magisterio del Profesor Angulo Ariza, y a los que pudo añadir un discreto ejercicio profesional, comenzado, por cierto, en caso propio, cuando era estudiante todavía y en circunstancias en las cuales el maestro ejerció desinteresadamente también función de defensor. Pero, si bien carezco de la requerida idoneidad para juzgar acerca de las nuevas corrientes científicas y de las nuevas orientaciones legislativas en un ramo que tanto interesa a la sociedad (requerida de mecanismos y de formas aptas para administrar la justicia, restablecer el equilibrio jurídico y fortalecer las condiciones de una pacífica convivencia, y de asegurar, por otra parte, a los asociados las necesarias garantías de rectitud, celeridad, imparcialidad y respeto a los derechos de la persona humana), sí puedo ufanarme de haber conocido mucho, íntimamente, al autor de este libro. Ligado por nexos entrañables con el doctor Tomás Liscano, mi padre adoptivo, tuvo con él lo que denominó “una amistad perdurable en la fusión de dos almas”. Conmigo, en situaciones muy variadas, mostró su caudaloso afecto, y en todas ellas pude apreciar su fidelidad a los valores que desde la adolescencia orientaron su vida y su disposición generosa para servir a los demás.

Hablaré, pues, más del autor que de la obra, más del tratadista que del tratado, más del hombre que de lo escrito. Pero no por ello debo dejar de señalar que este libro, “su libro”, el más querido

El doctor Félix Saturnino Angulo Ariza fue un jurista entregado con devoción al estudio del Derecho, a su divulgación desde la cátedra y a su aplicación desde la magistratura judicial. Lo unió al autor, no sólo la relación indestructible de maestro y discípulo, sino una vinculación casi familiar, porque amigo y contemporáneo de su padre adoptivo, mantuvo relación permanente y fecunda con él, no obstante que en alguna ocasión hayan podido diferir y aun discrepar en aspectos de la política venezolana. Murió el doctor Angulo Ariza rodeado del afecto de sus alumnos, entre ellos el autor, a quien comprometió a escribirle un prólogo para la edición póstuma del libro que contiene sus lecciones de enjuiciamiento criminal. Vayan estas líneas como expresión de cariño, de respeto y de admiración por aquel ilustre hijo de Guanare.

por él dentro de su producción bibliográfica, será recibido como indispensable en la formación de los futuros abogados. Es resultado de largos años de estudio y de docencia. Es la culminación de una experiencia de varios decenios consagrados a la enseñanza. Es una conjugación feliz de la teoría y de la práctica, porque quien lo escribió había pasado como litigante y como juez por todos los escalones tribunalicios, conocía hasta el menor detalle de los intrínquilis que tratan de oscurecer la verdad procesal y alejarla de la verdad real, preparaba todos los días su cátedra como si estuviera comenzando a ejercerla, enriquecía constantemente sus conocimientos con estudios sobre las nuevas obras que iban apareciendo, procuraba mantenerse al día en la información positiva y teórica y guardaba un metódico rigor expositivo, lo que es para el estudiante inestimable. Como alumno y como profesor, me consta cuánto se aprecia en el aula la exposición clara y sistemática; cuánto pesa, por lo contrario, el esfuerzo farragoso de algunos que, con la mejor intención, recargan sus textos con datos y citas o se empeñan en presentar confusas teorías que nada dejan en la mente del aprendiz. Las lecciones del Profesor Angulo Ariza podrán, en algún caso, aparentemente pecar de sencillez; pero esa cualidad será estimada favorablemente por quienes, después de aprenderlas, estarán en mejor situación de ampliar y perfeccionar sus nociones y hasta orientarse por caminos distintos, con la seguridad de quien aprendió a andar con los pies asentados en la tierra y le es más fácil, por ello, correr y hasta volar sin temor a perderse.

Yo era todavía muy niño cuando conocí al doctor Angulo Ariza y en una circunstancia singular. Tanto mi padre adoptivo, el entonces bachiller Tomás Liscano, como él, habían sido víctimas del cierre indefinido de la Universidad a raíz de los acontecimientos de 1912. Liscano le llevaba casi cinco años de edad: había comenzado antes a estudiar Medicina y tuvo que pasar a Derecho por causa de un choque anafiláctico que se le producía cada vez que debía trabajar con cadáveres. Angulo Ariza fue uno de los líderes de la protesta estudiantil contra el sistema imperante. Ambos provenían de la Región Centro-Occidental y aun cuando Liscano era de Quíbor y Angulo de Guanare, poblaciones entonces distantes la una de la otra, ambos habían comenzado estudios como seminaristas en Barquisimeto, bajo la sombra tutelar del Obispo Alvarado, quien personalmente se ocupó de orientarlos en la vida civil cuando se dieron cuenta de que no tenían vocación eclesiástica. “Ciertamente —cuenta el Dr. Angulo— ya había entre nosotros un vínculo espiritual propicio a nuestra comunión de ideas y de sentimientos. Ese vínculo era la prestigiosa personalidad de Monseñor Aguedo Felipe Alvarado, Obispo de Barquisimeto, que se interponía entre nosotros como un símbolo de

bondad y de fe y como el rayo de luz que habría de iluminar nuestras vidas” El cierre de la Universidad los puso más duramente en contacto con la realidad. Había que ganarse el sustento. Había que aceptar, de buen o de mal grado, la situación imperante. Estaban dentro de Venezuela y no tenían recursos para salir de ella ni voluntad para dejarla. Uno y otro fundaron hogar. Actuaron dentro de la realidad provinciana (Liscano en Yaracuy, Angulo en el Llano), pero ya desde entonces el futuro profesor universitario mostraría inclinación por la docencia. Y cuando se reabre oficialmente la Universidad —tal vez para preparar la normal conmemoración de su segundo centenario— se encuentran en Caracas, entregados a la culminación de sus estudios: Angulo Ariza para presentar examen integral y recibir el grado a fines de 1924, porque había ido preparando las materias en las Escuelas parcialmente autorizadas, entre 1916 y 1918; Liscano, para completar todo el p^énsu, lo que hizo con frenesí de escolar, hasta obtener el grado en enero de 1925.

Hacia 1927 encontramos al Dr. Angulo presidiendo la para entonces existente Corte Suprema del Distrito Federal. Pero sus estadas en la capital se alternan con retornos a sus Llanos de Portuguesa o de Barinas, o con actividad profesional en Apure. En 1929 lo vemos Secretario General de Gobierno del Estado Barinas, que para entonces llevaba todavía el nombre de Zamora; en 1931, de nuevo en Caracas, alterna sus ocupaciones entre el ejercicio de la magistratura judicial y la labor profesional. En 1934, cuando iniciábamos el tercer año de la carrera de Derecho, nos dio clases de Economía Política en la Universidad Central. No era materia de su especialidad, pero hay que reconocer el notable esfuerzo que hizo para cumplir con éxito aquella encomienda. Buscó autores modernos para que nos sirvieran de orientación en el estudio y fue de sus labios de donde por primera vez obtuvimos noticia de la existencia de una Ley del Trabajo. En los planteos de la enseñanza defendió la especialidad de aquella norma. Nuestro Profesor de Derecho Civil sostenía que el orden de beneficiarios establecido por dicha Ley para la indemnización por riesgos del trabajo en caso de muerte del trabajador no era aplicable, pues se trataba del orden sucesoral y éste era materia propia del Código Civil. El Dr. Angulo Ariza, a quien le hicimos conocer esa opinión, sostuvo, con criterio ajustado y moderno, que se trataba de un beneficio creado por la ley, que no había entrado en el patrimonio del difunto, cuya regulación escapaba del Derecho común y que por tanto debía regirse por la legislación especial.

Vuelve a Portuguesa en 1936 y 1937, cuando una nueva situación abre para el país distintas perspectivas; actúa como Secretario General de Gobierno y en varias ocasiones como Encargado del

Poder Ejecutivo; pero es a su regreso cuando definitivamente se establece en la Capital de la República, sin dejar de suspirar por sus Llanos y de evocar la presencia emotiva de su tierra. Desde 1937 hasta su jubilación desempeñó en la UCV la Cátedra de Enjuiciamiento Criminal.

Como Diputado por Portuguesa asiste al Congreso Nacional en 1941. En el hemiciclo me encontré —flamante y novel parlamentario— con mi viejo maestro. Compartimos numerosas jornadas, especialmente en la discusión del nuevo Código Civil. Disentimos en otras; pero el disentimiento no pudo destruir mi agradecido afecto hacia el maestro ni su afectuosa predilección por el discípulo.

Su papel, una y otra vez, estuvo vinculado preferentemente al cultivo del Derecho, a la enseñanza y a la magistratura. En la judicatura, llegó a la cúspide, la Corte Federal y de Casación o Corte Suprema de Justicia. Actuó en las tres salas de la misma; se caracterizó por su laboriosidad y buen criterio, y el alto Tribunal lo mantuvo vinculado a sí, como Conjuez, hasta su muerte.

En la Universidad, llegó a ocupar el importante cargo de Vicerector y estuvo encargado del Rectorado del máximo Instituto. Su actividad docente se orientó definitivamente hacia el Derecho Procesal Penal. Además de su conocimiento, cada vez más profundo de esta materia, tenía, como ancho basamento para el dominio de la Cátedra, su experiencia como Profesor de Derecho Civil, Derecho Mercantil, Derecho Constitucional, Derecho Romano y Economía Política, además del ejercicio del profesorado de enseñanza media en Latín y otras ramas de las humanidades.

El prestigio que ganó como maestro hizo que aprovecharan sus servicios, no sólo la Universidad Central, sino también la Universidad Católica Andrés Bello y la Universidad Santa María. Diversas promociones de graduandos le escogieron como padrino. En muchas ocasiones se solicitaban sus dictámenes como asesor sobre problemas de carácter jurídico. Y su relevante mérito científico fue consagrado por la Academia de Ciencias Políticas y Sociales al hacerlo su Individuo de Número.

Puede decirse con plena propiedad que los 81 años de vida del Dr. Félix Saturnino Angulo Ariza fueron de constante labor y ampliamente fructíferos: fructíferos para la enseñanza y para el bien, no para el enriquecimiento personal, pues fue siempre un hombre modesto y no dejó a sus familiares más patrimonio que la estimación general de sus ejecutorias y la sencilla casa en que vivía.

Recibió en vida numerosos honores. Fue condecorado con la Orden del Libertador y bien la merecía, no sólo por el testimonio de

su obra sino por sus arraigados sentimientos bolivarianos y su participación en la Sociedad Bolivariana de Venezuela, de la que fuera Vicepresidente. Recibió la Orden de Andrés Bello, como jurista y hombre de pensamiento. La Orden 27 de Junio, que como maestro le tocaba y otras numerosas distinciones, públicas y privadas, nacionales y extranjeras, le fueron siendo otorgadas a un paso y otro de su acción. Después de su muerte, lo que para él constituiría la mayor de las satisfacciones, se dio su nombre a un establecimiento de enseñanza en Guanare, para perennizar su recuerdo ante la juventud estudiosa de su ciudad nativa.

A todo lo largo de su existencia hay tres toques humanos que fueron decantando su alma: su profunda religiosidad, su gran apertura a la amistad y su entrañable vida familiar. Esta última le reservaba, por designio inescrutable del destino, el duro golpe que laceró su espíritu en sus últimos años: la trágica muerte de su hija en el terremoto de 1967. Hundido en el dolor, de sus labios sólo emanaba, por toda respuesta, una plegaria. Tal vez aquel tremendo impacto vino en definitiva a colocarlo en óptima disposición para el tránsito y a llevarlo más cerca aún de la Divinidad. Murió, como lo había querido, "como buen cristiano viejo".

Del balance completo de su vida, él sabía que el mejor monumento a su memoria sería el que ahora se le erige: la publicación de este libro. Aquí se recogen interminables horas de trabajo. Aquí se muestra, sobre todo, su responsabilidad de maestro. Por eso dice, en sus escuetas palabras de introducción: "Hemos mantenido el sabor a la Cátedra sin pretender hacer un tratado, sino dejando cada tesis como si fuera una lección en aula".

Como si fuese una lección en aula, cada capítulo de esta obra, a través de millares de ojos de nuevas promociones de futuros juristas venezolanos, mantendrán vivo el recuerdo y la enseñanza del maestro Félix Saturnino Angulo Ariza.

